



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA

teatro:

PR LOS CAMINOS
VAN
LOS CAMPESINOS

cuentos:

i VUELTA
GÜEGÜENCE!

Agosto





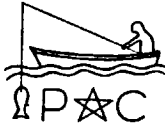
PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA



Serie Literaria

PABLO ANTONIO CUADRA
Obra poética completa

Vol.		TITULOS DE LIBROS
I.	1	CANCIONES DE PAJARO Y SEÑORA
	2	POEMAS NICARAGUENSES
II.	3	CUADERNO DEL SUR
	4	CANTO TEMPORAL
	5	LIBRO DE HORAS
III.	6	POEMAS CON UN CREPUSCULO A CUESTAS
	7	EPIGRAMAS
	8	EL JAGUAR Y LA LUNA
IV.	9	CANTOS DE CIFAR
V.	10	ESOS ROSTROS QUE ASOMAN EN LA MULTITUD
	11	HOMENAJES
VI.	12	SIETE ARBOLES CONTRA EL ATARDECER
	13	EL INDIO Y EL VIOLIN
VII.	14	TUN – LA RONDA DEL AÑO – (POEMAS PARA UN CALENDARIO)
VIII.	15	TEATRO Y CUENTOS



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA POETICA COMPLETA

teatro:

**POR LOS CAMINOS
VAN
LOS CAMPESINOS**

cuentos:

**¡ VUELVA
GÜEGÜENCE !**

Agosto

San José, Costa Rica 1986



Digitalizado por: **ENRIQUE BOLAÑOS**
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

861.6

C961-o Cuadra, Pablo Antonio, 1912

Obra poética / Pablo Antonio Cuadra.-

San José: Asociación Libro Libre, 1986.

v.8

**Contenido: v. 8. Por los caminos van
los campesinos.-Vuelva, güegüense!-Agosto**

ISBN 9977-901-36-8

1. Literatura nicaragüense.

I. Título.

© Libro Libre

Apartado 391, San Pedro de Montes de Oca

San José, Costa Rica, C.A.

Reservados todos los derechos



INDICE DE VOLUMEN VIII

Teatro

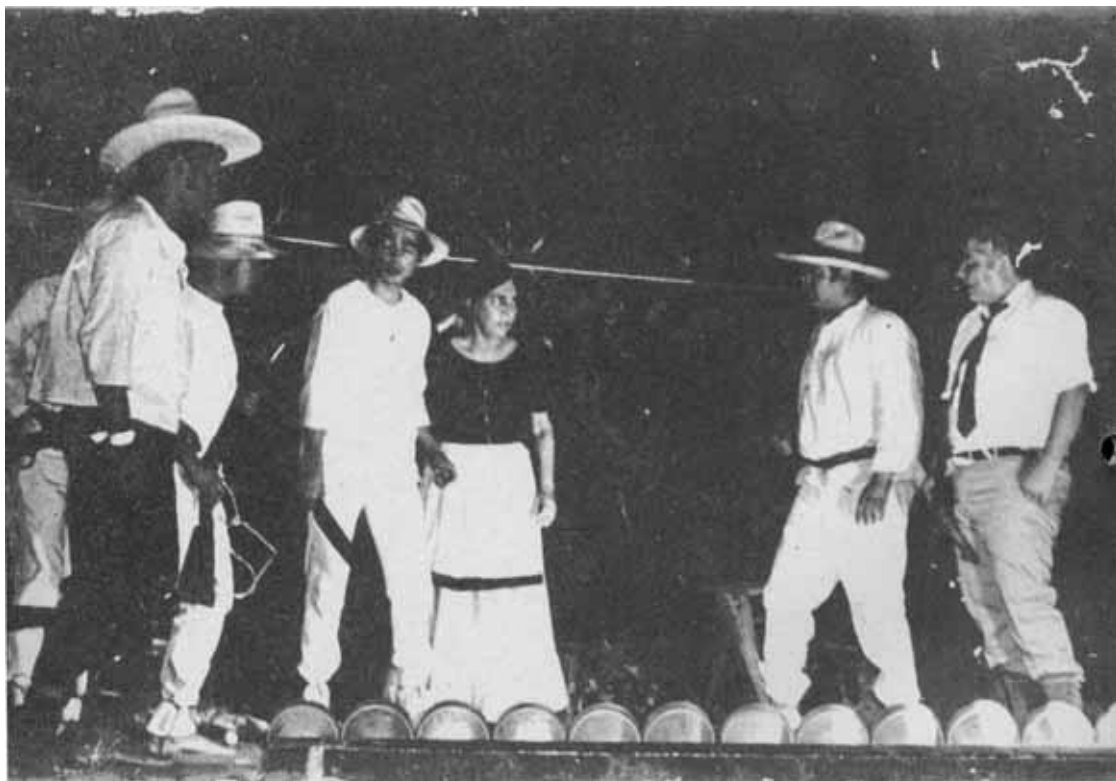
Por los caminos van los campesinos.13

Cuento

¡ Vuelva, Güegüence !.109

Agosto.153

teatro



Representación de "Por los Caminos van los Campesinos" en 1964

Por los caminos van los campesinos



La primera edición de esta obra trae la siguiente presentación:

“Por los Caminos van los Campesinos” de Pablo Antonio Cuadra fue escrita con la intención de hacerse representar como “teatro callejero” en los atrios y en las esquinas de las ciudades y aldeas, para llevar al pueblo un mensaje de rebeldía contra la rutina política que imponía, en ciclos devastadores, revoluciones y gobiernos, gobiernos y revoluciones, sin otra consecuencia humana y nacional que el cambio de personas arriba y la matanza, la miseria y la destrucción abajo. No se pudo darle este tipo de representación popular, y la obra subió a las tablas en febrero de 1937 obteniendo fulminante éxito y logrando representaciones en todo el país y aun en otras capitales de Centro América. El actor nacional Adán Castillo convirtió al “Sebastiano” en un personaje popular que recorrió la república como un mensaje de paz y de esperanza, pero también de rebeldía.

Sin embargo, el verdadero protagonista de *“Por los Caminos van los Campesinos. . .”* es el rancho. Ese rancho nómada, obligado a trasladarse, a moverse hacia la lejanía y el abandono como un “buey manso”; el rancho del campesino que va quedando vacío por las guerras, por las intervenciones, por las revoluciones y la miseria y se va poniendo cenizo de vejez y muerte — simbolizando la tragedia y la angustia de miles de familias de las aldeas y campos nicaragüenses.

El doctorcito leguleyo cuyo nombre tiene una resonancia de pacto con el diablo —el doctor Fausto Montes— queda en la obra como El Mal, con mayúscula, encarnación de lo que el pueblo llama “la Tuerce”, y muere. Sobre él cae el filo del machete, pero su semilla no perece en la sangre, el Mal persiste y la obra sólo pa-

rece presagiar una parcial victoria en la esperanza que el autor deja entrever al final, al iniciarse la luz del alba, con el “nacimiento de un niño” . . . de “un hombre nuevo” y “limpio” . . .

El autor fue corrigiendo su obra a medida que se representaba hasta lograr esta versión definitiva: “Traté, dice, de mantener la lengua humedecida en el sabor vernáculo, pero sacándola siempre hacia lo universal para la inteligencia de un problema que deja de ser local en cuanto toca al hombre y resuena su dolor”.

“*Por los Caminos van los Campesinos*” , ha tenido hasta la fecha cuatro ediciones nacionales y otras tantas internacionales en la “*Antología del Teatro Hispanoamericano*” reunida por Carlos Solórzano y publicada por la Editorial “Fondo de Cultura Económica” de México. También ha sido adaptada para radio y televisión.

Otras obras teatrales de Pablo Antonio Cuadra son: *El Arbol Seco* —drama en 5 cuadros— estrenado en Granada en 1938. *Satanás entra en Escena* —misterio en 4 cuadros— estrenado en Granada, en Noviembre de 1938. *Pastorela* —paseo de navidad en verso y 3 cuadros— estrenada en Granada en 1941. *El que parpadea pierde* —comedia en un acto y un intermedio— (trastorno y aclimatación de la obra de Max Aub: “*Espejo de Avaricia*”) estrenada en Octubre de 1942. *La Cegua*, inédita y sobre la cual basó luego un guión cinematográfico del mismo nombre, premiado en España, que fue llevado luego a la radio, y *Máscaras exige la vida* —comedia dramática en 3 actos— estrenada en Managua en 1952”.



PERSONAJES

EL RANCHO, que es como una persona muda, que vive en todos

EL SEBASTIANO, con toda la tradición del campesino sufridor, cuidadoso de sus raíces, franco, pero receloso y pensativo. Sencillo, fatalista y de religiosidad medular.

LA JUANA, su mujer. Mestiza: fantaseosa. Deseando más. Con pájaros en la cabeza pero ingenua y fiel. Palabarrera y optimista.

PANCHO, el hijo mayor, soltero. Silencioso y reflexivo como el padre.

MARGARITO, el hijo menor, casado con la Rosa. Con el carácter de la madre.

LA ROSA, indita joven: mujer de Margarito, todavía un poco indefinida.

SOLEDAD: la hija menor (16 ó 17 años) temperamental. Nerviosa. Ingenua. Impulsiva. Trigueña. Muy bella en su tipo.

EL DOCTOR FAUSTO MONTES: abogadito del pueblo que se hace personaje con malas artes. Es el poder —el Poder— de la malicia contra la inocencia.

EL COMANDANTE: Teniente Comfort, USMC.— Oficial de la Marina de la Intervención.

TELEGRAFISTA (gordo); y

SOLDADOS CONSERVADORES Y LIBERALES

EPOCA: De las guerras civiles y de la Intervención yanqui en Nicaragua (alrededor de 192. .)

VESTUARIO: Tipico del campesino nicaragüense.

CUADRO PRIMERO

Una huerta nicaragüense.

Al fondo, lomas y serranías verdes y azules.

Un árbol alto. Quizás pájaros.

*Al pie del árbol —como debajo de un ángel verde—
está el RANCHO de paja de Sebastiano.*

Su presencia, según las horas y su luz, es como la presencia de la pobreza: humilde a veces, peinado por la paz y sus brisas; dolorosa otras. Rasgado por cóleras encendidas: cárdeno.

A veces cenizo, macilento, como el templo de la miseria bajo la luna.

El rancho es un personaje que se alegra o llora, que encierra el odio o deja escapar la queja como un viejo animal famélico.

Alrededor del RANCHO: taburetes, “patas de gallina”, enseres campesinos. El molejón, la piedra de moler, etc.

Ultimas horas de la mañana. Mayo. (Se levanta el telón oyéndose la gente que vuelve al RANCHO en habladeras. Primero aparece la perrita negra, agitada, la lengua de fuera, pero feliz de llegar. Luego Margarito, con su mujer: la Rosa, en risas. Detrás la Juana con su mecaval cargado. Después Sebastiano, con su machete al brazo. Un tiempo después Pancho, sudoroso. Entran por la derecha donde se supone pasa el camino al pueblo).

MARGARITO.— *Entrando en risa con la Rosa. Lleva una guitarra en la mano. —Yo creo que es buena la guitarra! ¡Tiene buena voz!... ¡Me hacía ilusión tenerla!... Y como me dijo el viejo Chano: aprendé a tocar a tu mujer tocando guitarra... ja! (risa ingenua).*

ROSA.— *que trae una alforja y la pone en un taburete. Riendo.— ¡Alguna maldad tenía que decir el viejo guanaco!... (ríe).*

MARGARITO.— *Estuvo chistoso el viejo!... Lo re-meda cantando y dándole a la guitarra como en broma:*

El pobre es un desgraciado
por causa de su pobreza.
Si al pobre lo ven postrado
ya dicen que es por pereza.
Si toma un trago, es picado
y si no toma, torpeza.
Si lleva pisto es robado
pero si pide prestado
le dicen que es sinvergüenza!

Se ríen.



ROSA.— *Después de reír con ganas mientras saca cosas de la alforja.*— ¿Y qué fué lo que te contó de un viejo calvo? No lo oí bien por ponerle cuidado a la señora Justa...!

MARGARITO.— Una conseja... Es que estaban diciendo que ya estalló la guerra. Que van a empezar a reclutar. ¡Sonseras de los liberales! Y ñor Chano salió con su cuento... ¿Así no es él?... Para todo tiene un cuento!

ROSA.— *con risa boba.*— ¿Y qué contó?

MARGARITO.— *se ríe*— ...que había un hombre entrecano que tenía malos enredos con dos mujeres; pero resulta que las dos lo querían a su modo. La una, como era más muchacha, lo quería con el pelo negro. La otra, como era más maciza, lo quería con el pelo blanco. Y todos los días, la una le quitaba un pelito blanco, la otra le quitaba un pelito negro. La una, un pelito blanco. La otra, un pelito negro. ¡Hasta que lo dejaron calvo!

ROSA.— *riéndose.*— ¡Qué viejo sonso!

MARGARITO.— ¡Pues encajó bien el cuento, porque dijo que así estaban dejando a Nicaragua los liberales y los conservadores. ¡Cada uno le arranca su pelo!...

ROSA.— ¿No te digo que es ocurrente? *Se ríe.*

Entra Juana

JUANA.— *entrando cargada con su mecapal*— ¡Se ve que están estrenando amores! *(Descarga a la puerta del*



rancho) ¡No han hecho más que reirse en todo el camino!

ROSA.— ¡Es que el viejo del mercado estuvo chistoso! *Se ríe sola*.— ¿Verdad, Margaritó?... ¡Con su modo guanaco! *Se ríe*.

JUANA.— ¡Y nosotros que fuimos donde el abogado sólo a traer cólera!... ¡Las cosas del Sebastiano!... ¡Ahora nos ha hecho un enredo...!

Entra Sebastiano

SEBASTIANO.— *Entrando.* *Suspira.*— ¡Bueno!
¡Ya volvimos!

JUANA.— Le digo a los muchachos que ese Doctor Fausto, que yo no sé para qué lo buscastes, nos está enredando con el asunto!

SEBASTIANO.— ¿Y a qué otro iba a buscar? ¡Vea qué cosas! ¡Me lo recomendó don Federico porque era correligionario! ¡No me echés a mí la culpa!

JUANA.— ¡Pero nos está enredando! ¿Cómo vas a creer que nos cobre otra vez, otros veinte pesos, cuando nos dijo que sólo era la “incrición”?... ¡Ah!... y ahora nos sale con que tal vez tengamos que pagar un impuesto.

Rosa, que ha estado atareada, entra al RANCHO.

SEBASTIANO.— *Rebajando un poco y con voz inocente.*— ¡No...! Pero el impuesto dijo que tal vez nos lo capeaba...



JUANA.— Así dijo con aquellos timbres; ¿y cuánto nos cobró? ¡Ya le vamos a deber más al abogado que lo que cuesta la tierrita...!

Margarito está componiendo las cuerdas de la guitarra.

SEBASTIANO.— Yo no desconfié la primera vez ¿para qué mentir? Pero ya hoy sí le ví ganas de morder. (*Sentencioso:*) ¡por eso estás hablando vos, porque yo te dije: el abogado está sacando las uñas! ¡Y ahora te hacés la prevenida!... Hasta te pusistes a reír, de pura creída, la primera vez cuando te dijo que le dieras a la Soledad. ¡Vos si sos inocente: creyéndole las intenciones! Porque sos ambiciosa. ¡no me vengás con cuentos!

JUANA.— ¿Y qué tiene de menos mi hija para que no le guste a un abogado? ¡Vaya, pues!

SEBASTIANO.— Tiene de menos que es pobre. Es del rancho; eso tiene.

JUANA.— Pero el rancho tiene sus tierras. ¡No te pobretíés, sonso!

Entra Pancho, despacio, limpiándose el sudor, con su alforja al hombro y su machete al brazo.

SEBASTIANO.— *Irónico; a Pancho—:* ¡Oí a tu máma! ¡Se le olvidan sus sudores!... Vé, Juaná: tu rancho es como un bucy manso. Trabaja con nosotros y se echa en la noche. Pero apenas ladra la desgracia, el bucy se espanta. Pensá en las deudas, en las enfermedades; hasta en la muerte pensá,



porque eso es lo que arrea al rancho del campesino y lo espanta de la tierra! ¿Dónde vivía mi tata? ¿No tuvo su rancho en la calle del pueblo? ¿Y yo? ¿No viví allá, en las lomas?... Y éstos (*señala a sus hijos*) ¿decime dónde?... ¿Decime a qué pobre le dura la tierra? Los ranchos de los pobres van caminando cada vez más lejos...!

JUANA.— ¡Toda la vida salís con tus cosas! Bastantes espinas tiene la piñuela para que le pongás agujas. ¡Está como el cuento ése, de la revolución, que me venías contando! ¡Todo lo ves negro!... Lo que debés hacer es quitarle tus papeles al abogado y buscar otro.

MARGARITO.— *que ha estado oyendo con la guitarra en la mano, irrumpe de pronto con una canción arrastrada, volviendo a remedar la voz del viejo Chano:*

El pobre es un desgraciado
por causa de su pobreza,
no le vale la listeza
si se mete en el Juzgado,
pues aunque tenga razón,
lo dejan sin pantalón
entre el Juez y el Abogado.

Se oye la risa de Rosa dentro del rancho.

JUANA .— *a gritos—:* ¡Dejate de cantos! ¡Hay que arreglar ésto! Lo que deben hacer ustedes los hombres es quitarle los papeles al abogado y buscarse otro!

PANCHO.— ¡La vaina es lo que va a cobrar!

Sale Rosa del Rancho



JUANA.— : Pues vendemos los dos chanchitos negros que están bien gordos.

SEBASTIANO.— Yo no digo que no. Desde que salí del pueblo he venido pensando en éso.

MARGARITO.— La Soledad quería uno de esos chanchitos para el rezo de San Sebastiano.

JUANA.— *repentinamente*—: ¡Bueno, y la Soledad, Panchó?

PANCHO.— *mirando hacia el camino*—: Venía conmigo, pero se entretuvo con la Vicenta y la Teresa allí en el ceibo viejo.

JUANA.— ¡Qué muchacha!

SEBASTIANO.— Seguro que venía con ese Pedro Rojas. ¡Ya anda muy despierta la Soledad!...

ROSA.— *un poco aparte, pero interviniendo en la conversación, mientras alista unas alforjas*.— ¡El Pedro no bajó al pueblo, creo yo! ¿Le viste vos, Margaritó?

MARGARITO.— ¡Y si estaba, qué hay? ¡Ya se puso mujer la Soledad; todos lo sabemos!

SEBASTIANO.— Está muy moderna entoavía para cargar hijos. Que aprenda a vivir primero!

MARGARITO.— *poniéndose en pie*—: ¡Bueno, Rosa: tenemos que irnos ya! ¡Meneáte! ¡Ve el sol por dónde está!



JUANA.— ¿Y no piensan volver a almorzar?

MARGARITO.— Como la Rosa va a ayudarle a la comadre Jacinta en lo del bautizo, allí vamos a merendar. Volvemos con la tarde.— *A Pancho.*— Panchó: dámele una vistada a la milpa.

PANCHO.— ¡Es la que va mejor! ¡Está eloteando que da gusto!

MARGARITO.— *a Rosa, que se acerca y le dá las alforjas—*: ¿Ya estás lista?

ROSA.— ¿Llevaré los elotes?

MARGARITO.— *Impaciente.* — ¡Vamonós, vamonós! ¡Otro día se los llevás!... ¡Nos vemos, pues!

Salen los dos por la izquierda.

SEBASTIANO.— Le ha salido hacendosa la mujer a Margarito.

JUANA.— ¡Y te acordás de aquella Petrona que le gustaba? ¡Esa era una mándría!

PANCHO.— ¡Buena es la Rosa!

SEBASTIANO.— *a la Juana, malicioso.*— ¡Pero nada entoavía!... ¡Vos fuiste friendo y comiendo, Juaná! *Se ríe.*

JUANA.— *medio apenada.* *Riendo.*— ¡Con lo que sale el viejo!

SEBASTIANO.— Es que en mi tiempo los hombres éramos más hombres! ¡Yo me cargaba un saco de maíz al golpe! ¿Te acordás...? Y cuando me picaba... era un toro balando. *(Se ríe solo)*. ¡No había hombre en todo esto para mí!..... ¡Claro..... ahora estoy arruinado! ¡Los años!

Voz dentro de Soledad: — ¡Panchoooó— *(Se oye lejana)*.

SEBASTIANO.— ¡Ay viene la mariposa!

JUANA.— ¡Seguro que en carrera porque no tiene cabida!

Entra Soledad a prisa, agitada.

SOLEDAD.— ¡Táta! ¡Pancho! ¡Vienen reclutando por el camino!

JUANA.— ¡Alguna cosa debía inventar! ¿Dónde te quedaste?

SOLEDAD.— ¡no máma! ¡Vienen! ¡Todos los hombres de los ranchos iban corriendo al monte a esconderse! Me vine a avisarles. ¡Que se escondan!

Sebastiano, agitado va hacia la derecha, mira, vuelve.

PANCHO.— ¿Ven? ¡Si yo ví que había movimiento en el cabildo!

JUANA.— ¿No será el resguardo el que venía... por algún bochinche?

SOLEDAD.— No! ¡Les digo que no! ¡Era la recluta! ¡Venían agarrando gente!

SEBASTIANO.— ¡Pues andate, Pancho: andate al cha-güite, por si acaso!

Pancho se mueve, indeciso.

JUANA.— ¡Corré! ¡Antes que vengan! ¿Venían cerca?

SOLEDAD.— ¡Sí! ¡Que se vaya ya! ¡Eran un montón de soldados!

Pancho va a salir por la izquierda.

SEBASTIANO.— ¡Ve, Pancho! ¡Metete mejor en el charrial del Espino Negro. Allí estate. Donde matamos el mapachin la otra tarde. Allí no te encuentran!

JUANA.— ¡Y que no se mueva!

SEBASTIANO.— Si no hay nada, la Soledad te va a avisar. ¡Llévate el machete!

JUANA.— ¡Pero corré!

Ya Pancho ha salido a prisa con su machete.

SOLEDAD.— ¡Al pobre Juan Centeno ya lo traían amarrado! ¡Yo desde que ví que era la recluta salí en carrera!

SEBASTIANO.— ¿Y dónde estabas?

SOLEDADE.— Allí en el Ceibo viejo platicando con la Vicenta.

JUANA.— ¡Pues era cierto lo que te dijeron de la revolución!

SEBASTIANO.— ¡Pero vos nunca me querés creer! ¡Yo te lo dije! ¡Te lo dije!... ¡Qué vaina son estas cosas!

SOLEDADE.— ¿Y vos, tata? ¿No te dá miedo que te agarren?

SEBASTIANO.— ¿A mí? ¿Pa qué van a ocupar un viejo cholenco?

(*Voces dentro:*) ¡Agarren a ése! ¡Por aquí! ¡Malespín! Vaya por aquel lado! ¡No me deje a nadie!

Expectación en todos los del rancho.

Entra un grupo de soldados al mando de uno que parece ser el Jefe. Todos son soldados de caite, con salbeques, rifles máuseres y divisas verdes en los sombreros de palma. (Se supone que quedan más soldados y reclutas, hacia el camino, a la derecha).

SARGENTO.— ¡A ver! ¿Quién vive aquí?

SEBASTIANO.— *que se ha sentado y toma un aire de víctima, haciéndose más viejo de lo que es:* ¡El Sebastiano, un pobre viejo con el lomo pelado de trabajar para estas mujeres!...



SARGENTO.— ¿Y los muchachos?

SEBASTIANO.— ¡Sepa Dios dellos! Trabajan ajuera.
Cada uno coge su camino apenas despunta el día.

SARGENTO.— ¡Indio solapado! ¡Negando sus hijos
a la Patria! (*Se vuelve y grita hacia el lado derecho*). ¡Margarito López!

Aparece por la derecha un soldado empujando a Margarito, el cual viene amarrado de los codos. Rosa entra detrás, silenciosa y angustiada, y se queda cerca de él.

SOLDADO 1o.— ¡Aquí está!

SARGENTO.— ¿No lo conoce?

Susto y consternación de las mujeres.

SEBASTIANO.— ¡Ah, muchacho baboso! ¿Dónde te agarraron?

MARGARITO.— *Molesto y avergonzado.*— ¡Ahí no más!... ¡Yo qué sabía!

JUANA.— ¿Se van a llevar al muchacho? ¿No vé que tiene mujer?

SARGENTO.— *Burlándose, a los soldados:*— ¡Oigan! ¡Sólo él tiene mujer! (*A Juan:*) Todos éstos tienen, pero la guerra no pregunta.

SEBASTIANO.— El muchacho es mi ayuda. De sus

brazos comemos.

SARGENTO.— El gobierno necesita soldados. ¡Que le ayuden las mujeres!

SOLDADO 2o.— ¿Nos llevamos un chanco para la tropa, Sargento? Ahí tiene uno, gordo!

SARGENTO.— *Muy solemne*:— ¡Ya oyó las órdenes de que se respete la propiedad!

SOLDADO 2o.— Pero, veía, mi Sargento... usted le quita lo bonito a la guerra. Nos quiere dejar sólo las balas.

SARGENTO.— *más débil*: — ¡Son órdenes del Gobierno! (*mirando tentado*). ¿Cuál es el chanco?

SOLDADO 2o.— El gordito que estaba allí, a la entrada!

SOLDADO 1o.— ¡Para los nacatamales, sargento!

SARGENTO.— *con gran solemnidad legal*.— ¡Raso Sequeira! ¡Requise el chanco y que el infrascrito pase su recibo a la Comandancia! ¡El Gobierno respeta la propiedad!

JUANA.— *furiosa*: — ¡También se llevan el chanco! ¡Qué ladrones! ¡No pueden coger un rifle sin que comience la robadera!

El Soldado 2o. ha salido disparado a la captura del chanco, por la derecha.



SARGENTO.— *siempre solemne.*— ¡No es robo, es requisa! Respetamos la Constitución!

JUANA.— ¡Lo que no respetan es el sudor del pobre!

Entran dos soldados, por la izquierda.

SOLDADO 3o.— *Entrando por la izquierda:* - ¡Allí no hay nadie! ¡Ya registramos!

SARGENTO.— ¡Bueno! ¡Vámonos! ¡Los reclutas adelante!

MARGARITO.— *comenzando a salir.*— ¡Adiós, tata!

SEBASTIANO.— *en voz baja a Margarito:*— ¡No te lerdíes! ¡Volvete al primer descuido!

MARGARITO.— *dándose valor con una broma.*— ¡Quien quita vuelva Coronel!

SEBASTIANO.— ¡Dejá de carajadas! ¡Volvete! ¡La guerra no es broma!

Un soldado lo empuja.

MARGARITO.— ¡Adiós, máma!

Va saliendo, y al pasar por donde Rosa —que le mira llorosa— le hace un medio cariño con la mano.

(FUERA:)— *Salen todos. Se oyen los gruñidos del chanco capturado. Gritos. “¡Viva el Partido Conservador!*



¡Viva el Gobierno!”

JUANA.— *a Rosa, que está de pie mirando y secándose una y otra lágrima.*— ¿Qué hacés ahí pasmada? ¿No ves que se te llevan al hombre? ¡Cogé tu motete y seguilo! ¡La mujer va detrás del hombre. Le va haciendo las tortillas, le va dando la vida! Y si cae... ¡Ni quiera Dios! ¡Toco madera, no vaya a traer mal agüero al muchacho!

ROSA.— *llorosa.*— ¿Si cae... qué?

SEBASTIANO.— ¿Pues, qué? ¿Qué no sabés lo que es la guerra para la mujer del pobre?

ROSA.— No... no sé... (*Llora desconsoladamente.*)

Soledad llora también.

JUANA.— *emocionada:* — ¡No me saqués la ternura, muchacha! ¡Andá! ¡Cogé tus cosas y seguilo por los caminos! ¡Es tu hombre!

ROSA.— *Recoge, llorando en silencio, sus alforjas. Sale despacio y ya para hacer mutis por la derecha, se vuelve y con gesto ingenuo y amplio dice entre lágrimas:*

— ¡Adiós, pues, toditos!

SEBASTIANO.— *sacándose unos pesos del bolsillo, a prisa, al ver que Rosa ha salido.*— ¡Rosa! (*La alcanza y le dá el dinero.*) ¡Tomá! ¡Llevá para la porrosca!..... ¡Pobre muchacha!...

Sale Rosa, por la derecha. Juana suelta el llanto.



SEBASTIANO.— *con la voz anudada*— ¡Juana! ¡Ahora
sos vos!

JUANA.— Pero si soy su madre y me lo arrancan! (*Llo-
ra de espaldas*).

SEBASTIANO.— *Se sienta. Habla lento, como para con-
sigo mismo*: — ¡pobre mijo!... ¿A qué va?... A aguantar
mando, a gastarse matando... a mal dormir... a mal comer...
A volver con una herida... si es que vuelve!...

JUANA.— *reaccionando, brava*: — ¡A mí se me raja el
corazón por mijo... pero no voy a pensar tus presentimien-
tos!... ¿Qué estás diciendo? ¿Por qué no puede volver Coro-
nel como él dijo? ¡Margarito es hombre! ¡Dejate de estar
trayendo aves negras sobre el muchacho!

SEBASTIANO.— ¡Aves negras...! ¡Ah, qué Juana!...
Ahora voy a ser yo el que trae la tuerce!... ¡Si hablo es por-
que yo sé de éso!...

JUANA.— *revolviendo contra él su inquietud*: — ¡Lo
decís por medroso!

SEBASTIANO.— *indignándose gradualmente*: — ¿Yo?...
¿Medroso el Sebastiano?... (*levantándose la cotona y seña-
lándose el costado*). ¿No tengo aquí en el costillar una hue-
lla honda como pisada de mula?... Ahí me entró una bala
peleando. Porque yo pelié. Yo creí que con pelear iba a
componer la vida. Me hice ilusiones por baboso... Porque
así es uno muchacho: sale a saludar al sol con sombrero
de cera!... ¿Y todo para qué?... ¿Qué cambió en la tie-
rra?..... ¡El mismo Sebastiano de siempre... el mismo su-



dor para comer!... y los que no sudan, los que nos echaron a la muerte... los mismos siempre... los mismísimos de antes! ¡Sebastiano en el rancho, ellos en la Capital!

Telón



CUADRO SEGUNDO

ESCENARIO: Está dividido por la mitad; la mitad izquierda representa el teléfono público de "Catarina" y la mitad derecha que al comienzo tiene bajado un pequeño telón de boca que la cubre— el teléfono público de "La Paz Centro". Son pues, dos salas o cuartos, divididos por una pared central. Los teléfonos de ambas salas públicas están colocados en el anverso y reverso de esa pared central, de tal modo que el público mire a los dos que se comunican desde esos dos distantes pueblos, como que si estuvieran frente a frente. Para mejor simbolizar la separación, puede colocarse un poste esquemático de teléfono al centro, coincidiendo con la pared divisora central, con los alambres telefónicos distribuidos a ambos lados. La sala del teléfono público de la izquierda tiene un rótulo: "CATARINA", en letra grande; y abajo: "CENTRAL DE TELEFONOS", La de la derecha tiene también su rótulo: "LA PAZ CENTRO.—TELEFONOS". En la sala izquierda, la de "Catarina", hay una ventana con barrotes en la pared de fondo. En el centro, también al fondo, una mesa con su silla donde está la Central con su tablero y su auricular. Al lado, un escaño para el público. En la sala derecha de "La Paz Centro", una puerta asequible a la derecha y la pared del fondo, lisa y blanca. Sólo hay un escaño contra la pared. No se ve a la Central. Y como se dijo anteriormente, esta sala de la derecha tiene su propio telón que se levanta ya comenzado el acto.

— Si se quiere evitar el pequeño telón de boca para la sala del teléfono público de LA PAZ CENTRO— de la derecha—úsese LUZ y SOMBRA, dejándola en tiniebla al comienzo y al fin del cuadro conforme lo indica el texto.

*Se levanta el telón y sólo está visible e iluminada la Central de Teléfonos de la izquierda, del pueblo de Catari-
na. Soledad, en primer término, de pie, recostada en la pa-
red de la izquierda, mirando hacia el proscenio donde se su-
pone es la calle. Sentado al fondo, de cara o de perfil al pú-
blico (según donde se coloque la mesa) está la Central; un
hombre del pueblo gordo, con el auricular puesto, metien-
do y sacando clavijas en un pequeño tablero telefónico que
tiene frente a sí, sobre la mesa. Un poco hacia la derecha
están sentados en el escaño de espera, la Juana y Sebastiano.
De pie, recostado, al fondo, en la pared divisoria, está Pancho
conversando con ellos. (La otra mitad del escenario está
oscura completamente o bien oculta por un telón parcial).*

TELEFONISTA.— *Que es un hombre muy gordo, mo-
reno y con una voz fuerte y sonora—*a Juana:— ¡Sí, señora!
¡Ya sé! ¡Ya sé! ¡Estoy pidiendo! *(Hablando a la bocina).*
¡Aló, Managua! ¡Aló! ¿Managua? Conseguime la Paz. —La
Paz Centro. ¡Sí hombre! ¡La Paz! ¡Tengo rato de estarla
pidiendo!

PANCHO.— *con sonrisa vaga.*— ¡No me imagino a Mar-
garito Teniente! —Porque era medio inocente!... *Se ríe.*

JUANA.— ¡Andá con inocente!... ¡Malo era! ¿No te
acordás las mañas que tenía para enamorar a las muchachas?
— ¡Sí era hasta medio atrevido! *(Pasando de pronto a otro te-
ma...)* Y haciendo cuentas, Sebastianó: Ya la mujer de Mar-
garito debe estar próxima! ¡Contá: de la luna de Mayo a la
de Junio, a Julio, a Agosto, a Setiembre, a Octubre. *Sebas-
tiano asiente.* —Juana le dá un codazo en las costillas.— ¡Ya
vas a ser agüelo!— *Ríe.*



SEBASTIANO.— *moviendo la cabeza.*— ¡Cómo atropella el tiempo! ¡Qué hace que lo andabas al Margarito prendido de la teta... y agora táta!!!

PANCHO.— *sentencioso.*— Margarito todo se lo ha comido celeque. ¡Yo no!

SEBASTIANO.— *sonriendo.* *A Juana:* — ¡este es más desconfiado! ¿Verdad, Panchó!. . . Al que come verde se le quema la boca. . . ¡Pancho va con tiento!

JUANA.— *a la defensiva.* — ¡Indeciso es! ¡Como vos!... Por eso nos está arruinando el abogado. ¡porque se dejan!... El otro muchacho salió más hombre!

PANCHO.— ¡Más hombre...! ¡Oiga, táta! ¡Mi máma siempre está con sus hombridades! Cree que hacer las cosas al empujón eso es ser hombre! ¿A lo toro, pues?... Yo lo pienso. ¡El hombre es pensativo!

SEBASTIANO.— ¡Claro! ¡Eso es! ¡Pero...tu mama!

JUANA.— ¡Pero tu mama qué?... ¡Si no fuera por mí!

SEBASTIANO.— *repitiendo, burlesco.*— ¡Si no fuera por mí! *Se ríe.*

PANCHO.— *con más burla. Riéndose.*— ¡Si no fuera por mí! *(gran risa).*

JUANA.— *haciéndose la brava.*— ¡Ya se unieron los dos hombres! ¿Y qué son, pues?... ¿Qué harían?...



TELEFONISTA.— *callándola.*— ¡Phsss! ¡No deja oír!—
Aló. Sí hombre. Dame línea. Poneme el dos — cuatro.

JUANA.— *peleando al telefonista.*— ¡Qué dos — cuatro!
¡La Paz pedimos!

SEBASTIANO.— *apoyándola.*— ¡Nosotros queremos la
Paz!

TELEFONISTA.— ¡Ya lo sé! ¡Me lo han dicho mil ve-
ces! —Aló!... Sí! ¡Dame línea!...

JUANA.— ¡De eso nos quejamos! ¡Tenemos un siglo
de estar pidiendo la Paz! ¡Nos llamó mi hijo, que es Te-
niente!

SEBASTIANO.— ¡Es mucha dilación! ¡El muchacho
tiene sus obligaciones!... ¡Es teniente!

TELEFONISTA.— *atendiendo al teléfono y al diálogo
con dos tonos de voz.*— ¡Teniente...! ¡Aló!... ¡Teniente de
caite!... ¿Cómo?... Con la Paz, sí. Dame línea!... ¡Si Mar-
garito es Teniente yo soy General!... *Se ríe burlesco.*

JUANA.— *picada.* — ¡Pues lo es! ¡Y manda más que
usted aunque tenga esos tacos en los oídos!

El telefonista se ríe.

SEBASTIANO.— *despreciativo y orgulloso.*— ¡De-
jalo que se burle!

El está sentado en su silla, pero el muchacho anda vo-
lando bala como hombre.



TELEFONISTA.— *riéndose y sin hacerles caso.*— ...
¡Aló!... Poneme la Paz... Apurate!... Conseguí la línea de
campana que aquí me están comiendo...

PANCHO.— *en voz baja a Sebastiano:*— Tata ¿le meto su
pijazo a ese gordo? Ya me está cayendo mal!

SEBASTIANO.— *calmándolo con un gesto.*— ¡No, hom-
bre! ¡arruinás la comunicación! ¡Ahí dejalo! ¡Todo gordo es
rión!

*Aparece por la derecha, el doctor Fausto Montes. Aboga-
dito de pueblo, regordete, de saco ajustado, color azul os-
curo y pantalón blanco pasado de moda. La corbata muy vie-
ja y anudada al cuelllo como un suplicio. Es un hombre que
da la impresión, inmediata, de insinceridad.*

*Se acerca rápidamente, reconoce a Soledad que está re-
costada a la pared de la entrada de la sala de teléfonos, y le
habla con un modo inseguro que no se sabe si ya va a retirar-
se o si va a seguir conversando.*

DR. FAUSTO.— ¿Ideay, Cholita? ¿Por aquí vos?

SOLEDAD.— *displicente* —Sí, doctor Fausto. Esperando
una hablada.

DR. FAUSTO.— *mira hacia el interior de la sala.* — ¡Ah!
¡Andás con los viejos?

SOLEDAD.— Con ellos!

DR. FAUSTO.— *(Siempre con gesto de pasar adelante).*



... y cada día más bonita...!

SOLEDAD.— ¡Favor suyo, doctor!

DR. FAUSTO.— Ya me dijeron que estás jalando con...
¡Qué derecha que sos, Cholita! ¡Teniéndome a mí, te metes
con un pobre diablo!

SOLEDAD.— *se encoge de hombros*.— ¡No se meta
en lo que no le importa!

DR. FAUSTO.— Voy a pedir una comunicación... Pero
me gustaría verte y platicar un rato. ¿No te parece, Cho-
lita?

Soledad se encoge de hombros.

*Entra el Dr. Fausto, directamente hacia el telefonista,
fingiendo una actividad llena de urgencia y de importancia.*

DR. FAUSTO.— *al telefonista*.— Macario, conseguime
con el Juzgado de Masaya. (*A Sebastiano y familia*.) ¡Bue-
nos días! (*E inmediatamente al telefonista*.) Ve, quiero ha-
certe una recomendación... *Se inclina y le habla en voz baja.*

JUANA.— *A Sebastiano*.— ¡Ahí está el Abogado! ¡Ha-
blale!

SEBASTIANO.— *Molesto*.— Ya sé que esta. ¡Esperate!

JUANA.— *Empujándolo con el codo*.— ¡No seas entu-
mido! ¡Decile las claridades!



SEBASTIANO.— ¡Pero esperate que acabe!

DR. FAUSTO.— *Deja de hablar inclinado en voz baja y dice al telefonista:*— ¡Yo vengo dentro de un cuarto de hora! ¡pero, no te olvidés ! (*Hace ademán de retirarse*).

SEBASTIANO.— ¡Doctor! (*Se pone de pie*).

FAUSTO.— *haciéndose el sorprendido* — ¡Ah! ¿Qué tal, Sebastián? ¡Tenía días de no verlo!

JUANA.— *poniéndose también de pie.*— Varias veces hemos llegado a buscarlo, pero yo creo que lo niegan.

DR. FAUSTO.— No, señora. No puede ser. Es que vivo muy ocupado. Lleguen por allá.

Trata de retirarse

SEBASTIANO.— *cerrándole tímidamente el paso.*— Es que nosotros queremos acabar con el asunto aquél. Ya lo tiene muy entretenido...

FAUSTO.— *siempre tratando de salir de ellos.*— ¡Así son todas las cosas legales! Van despacio.

JUANA.— Pues, tal vez, doctor. Pero, para hablar claro, no estamos conformes!

DR. FAUSTO.— *molesto:* —Y qué quieren que haga yo?

SEBASTIANO.— *con calma irritante. Reteniéndolo del brazo.*— ¡Eso ya lo hemos pensado... Primero le dimos tiem-



po al tiempo. Tal vez, le decía yo a la Juana, al Doctor le gusta llevar las cosas con calma. Pero ya son... *(a Juana)* ¿cuántos meses digiste que tenía la barriga de la Rosa?

JUANA.— Seis. *Pancho se acerca y Soledad pone su atención en el diálogo.*

SEBASTIANO.— Más dos, ocho. Ocho meses! ¡Ni que fuera la eternidad!... Por eso ya resolvimos. Nos devuelve los papeles, doctor. Nada le obliga!

DR. FAUSTO.— *Sulfurándose.*— ¡Pues están muy equivocados! ¡porque yo no he puesto mi trabajo para que otro se lleve la ganancia! ¡Esa es una injusticia!

JUANA .— *calmosamente.* —Le pagamos, Doctor. ¡Nadie se está negando!

SEBASTIANO.— ¡Bien dice la Juana! ¡Le pagamos! Somos pobres, pero honrados!

DR. FAUSTO.— *Con furia y buscando de nuevo salirse de ellos.*— ¡No acepto! ¡De ningún modo acepto! ¡Ustedes me han buscado a mí!

JUANA.— *Brava.* —Pues no somos ríos y podemos volvernos! y ¿quiere que le diga? Ya nos han dicho que usted nos está enredando!

DR. FAUSTO.— ¡Se siguen de las malas lenguas!...



Diálogo rápido in crescendo.

JUANA.— ¡No son malas lenguas!

DR. FAUSTO.— Y yo defendiendo sus intereses! ¡allí tienen: yo nunca he querido cobrarles los recibos que usted me firmó, pero si ustedes...

SEBASTIANO.— ¡Qué recibos! ¡yo no he firmado recibos!

DR. FAUSTO.— ¡Sí, señor!

SEBASTIANO.— Le firmé los papeles para la “in-crición”!

DR. FAUSTO.— Pues yo no sé! ¡Por allí salen unos papeles suyos con una deuda que le van a comprometer la tierra!

Simul-
tánea-
mente. { SEBASTIANO.— ¿Deuda? ¡Pero qué deuda, si yo
he pagado todo!
JUANA.— Lo mismo que salen papeles, pueden salir
muertos!

DR. FAUSTO.— Esa es la honradez de ustedes! ¡No quieren reconocer lo que deben!

SEBASTIANO.— ¡Pues somos honrados, pero usted es un mentiroso!



Suena el timbre del teléfono.

JUANA.— ¡Usted es un ladrón!

DR. FAUSTO.— ¡Vea, Señora!

Suena el timbre.

TELEFONISTA.— *gritando.*— ¡Oiga, usted! ¡Al teléfono!

SEBASTIANO.— No queremos que nos siga el asunto!

JUANA.— Ahora mismo vamos a ir a traer los papeles. Vos, Pancho, vos vas con nosotros!

TELEFONISTA.— ¡Oiga! ¡La Paz! ¡Allí está La Paz!

PANCHO.— Y si no los entrega, se las ve conmigo!

FAUSTO.— *Buscando irse, retrocediendo más; pero amenazante*— ¡eso lo veremos!

SEBASTIANO.— ¿Cómo que lo veremos? ¿Piensa despojarnos? ¡Para eso tenemos un hijo Teniente peleando por el gobierno!

PANCHO.— *amenazando*— ¡Vamos a ver si no entrega los papeles!



Suena el teléfono.

FAUSTO.— *retrocediendo y gritando*— ¡Si usted se atreve a hacerme algo, lo llevo a los tribunales!

JUANA.— ¿Cree que le dimos un hijo al gobierno para que usted nos despoje?

TELEFONISTA.— *a gritos*: — ¡Llama la Paz! ¿Van a oír o no? ¡Usted!

Sebastiano oye y se vuelve. El Doctor Fausto aprovecha para salir—por la izquierda— y al pasar por donde Soledad, esta le vuelve la cara haciendo mal gesto.

SEBASTIANO.— ¿conmigo?

TELEFONISTA.— ¿Y con quién ?... Van a cortar la comunicación!... ¡Dése prisa!

SEBASTIANO.— *Corriendo al teléfono, pero sin abandonar el pleito*— ¡Ahora mismo le vamos a quitar los papeles!

JUANA.— *Acercándose al teléfono, pero todavía furiosa*— ¡Es un bandido! ¡Ahora sale con que le debemos!

SEBASTIANO.— *Hablando en el teléfono y siempre con la atención en lo otro* — ¡Aló! ¡Aló!... ¿Ah?...

PANCHO.— ¡Y conmigo no juega ese doctorcito!

SEBASTIANO.— *A Pancho; mientras da vuelta al manubrio del timbre del teléfono*— ¡Pero vos no te vayás a

comprometer! (*luego habla al teléfono*) ¡Aló! ¿Qué?

JUANA.— ¿Ya está allí?

SEBASTIANO.— ¡Shssss!...

TELEFONISTA.— *En su aparato*— ¡Aver! ¡La Paz!
¿Cómo? (*A Sebastiano:*) ¡Hable duro!... (*En su aparato*)
¡Aló! ¡Aló!

SEBASTIANO.— *Escuchando al teléfono con impaciencia...* — ¿Cómo?

JUANA.— ¿Se oye?

SEBASTIANO.— *señalando al telefonista*— ¡Lo que se oye es a ese carajo con el aló!

TELEFONISTA.— *a Sebastiano*— ¡Ahí está! ¡Póngase bien el escuchador!

SEBASTIANO.— ¿Y cómo quiere que lo agarre?... Aló?... ¡Aquí no se oye ni juco!

TELEFONISTA.— *da vuelta al timbre*— ¡Aló! ¡Aló!... ¡A lo mejor cortaron por estar ustedes en el bochinche!

SEBASTIANO.— ¡Pero no ve que nos quiere robar ese desgraciado?

JUANA.— ¡Lo que pasa es que esos chunches no sirven! (*señala el teléfono*)



TELEFONISTA.— ¡Aló!... Sí. Sí. Aquí está la persona. Sí; con Catarina... (*A Sebastiano*) ¡Ya comunican!

SEBASTIANO.— ¡Hola!... ya, ya! ¡ya oigo! (*contento*).

JUANA.— *Iluminándose el rostro*— ¿Es él?

Todos se apretujan alrededor del teléfono. Soledad se acerca un poco, a la expectativa. Se ilumina o sube el telón lentamente, en la sala de la derecha. Aparece Margarito hablando en el teléfono. Lleva una gran faja con tiros y una respetable pistola. Pantalón azul y cotona y en el sombrero —que ahora es de paño— lleva la divisa verde. Con cueras y caites.

En la banca del fondo está un soldado: pantalón azul, cotona blanca, sombrero de palma con su divisa verde, una chamarra roja terciada al hombro, salbeque y caites. El rifle lo tiene acostado sobre sus piernas. Cuando Margarito comienza a hablar, el Soldado POTOY enciende un puro. POTOY tiene cara y quietud de ídolo.

MARGARITO.— ¡Hola, hola! ¿Con quién hablo?

SEBASTIANO.— ¡Alooó Margaritoooó! (*A los demás, feliz*) ¡Es él! (*Por teléfono*) ¡Ya te oigo!... ¿Me oís vos a mí?... ¿Sos vos, muchachó?

MARGARITO.— Sí, yo, ¿Y quién, pues?... ¡El Teniente Margarito López!

SEBASTIANO.— *deseando que le repitan*— ¿El qué?

MARGARITO.— *con orgullo*— ¡El Teniente Margarito López!

SEBASTIANO.— *A Juana, riéndose de gozo*— ¡El Teniente! *(Por teléfono)* ¿Es verdad, pues, que te hicieron Teniente?

MARGARITO.— ¡Me ascendieron, tata!... ¡Soy ayudante del Coronel Delgado!

SEBASTIANO.— *En gritos al telefonista*— ¡Ahí está, usted! ¡Teniente y ayudante del Coronel Delgado! ¡Y estaba de baboso!

Todos asienten orgullosos.

MARGARITO.— ¿Qué decís?

SEBASTIANO.— Es que el Central no quería creer! *(Se ríe complacido)*. Bueno, decime... *(Vuelve a reírse en baba)*. ¡Así es que sos vos, mijo!... Pues aquí está tu máma. Estoy yo! Está Pancho! *(Llama con la mano a Soledad)* y la Soledad también!... Trajimos hasta la Coscolina! *(Siempre riéndose busca con los ojos a la perra)*. *(Se pone serio y en voz distinta pregunta, rápido, a los suyos:)* ¿Qué se hizo la perra? *(Sigue al teléfono)*. ¡Toditos! ¡Casi nos traemos el rancho. *(Vuelve a reírse ingenuamente)*.

MARGARITO.— *que sonríe a la voz de su padre, dice nostálgico*: — ¿Y cómo está el Rancho?

SEBASTIANO.— ¿Y cómo querés?... Con los primeros aguajes se puso alegre... Y ya tuvo chanchitos la chan-



cha overa. ¡Todos se pegaron!

MARGARITO.— ¿Y mi mamá?

SEBASTIANO.— *A Juana— ¡Pregunta por vos! (al teléfono, riendo). ¡Si la vieras! ¡Se dejó venir con la cadena de oro! (a Juana:) ¡Enseñásela! (Juana, riendo, se empina y enseña la cadena a la bocina del teléfono. Mientras tanto Sebastiano dice, ingenuo y contento:) ¡Está hermosa la vieja!*

MARGARITO.— Decile que me hace falta. ¿Y Pancho?

SEBASTIANO.— *señalando a Pancho* —Aquí está...! Todavía suelto!... No lo agarran las mujeres!

MARGARITO.— *Que ha mirado hacia el fondo y ve al soldado de la banca echando nubes de humo con su puro. Con voz arrogante: — ¡Raso Potoy! ¡No se fuma delante del superior! ¡bote ese cabo!*

El soldado Potoy tira por la puerta el puro con gesto de inconformidad.

SEBASTIANO.— ¿Ah?... ¿Qué decís, muchachó? ¡No te entiendo!

MARGARITO.— *fachendoso*— ¡Estoy dando una orden! ¡Tengo que poner respeto en las filas!

SEBASTIANO.— *a Juana, en voz baja y llena de compiacencia*— ¡Está regañando a los soldados! ¡Lo oyeras!

JUANA.— ¡Mijo es de ñeque!

SEBASTIANO.— Decime, pues ¿estás bien?

MARGARITO.— Si, tata, con el favor de Dios! Siempre llevo la Magnífica (*se toca el cuello*).

JUANA.— Preguntale por la Rosa.

SEBASTIANO.— ¡Ya se me olvidaba por el contento!... Oíme! ¡No me has dicho nada de la Rosa! ¿Qué tal está?

MARGARITO.— ¿La Rosa?... La gran bandida yo creo que se me huyó con otro hombre!

SEBASTIANO.— ¿La Rosa?... ¡No me digás!... ¡Pero si parecía una mosca muerta!

MARGARITO.— ¡Yo no sé si se huyó o si me la avanzaron! ¡Pero me las va a pagar!

SEBASTIANO.— Pero cómo fué?

MARGARITO.— Si eso es lo que está oscuro! Venía conmigo cuando nos hicieron correr en Nagarote. ¡Fué un revoltijo! Yo creí que la habían matado. Pero después me dijeron que la habían visto de mujer de un leonés, con los liberales!

JUANA.— *impaciente*— ¿Qué es lo que dice de la Rosa?



SEBASTIANO.— *rápido*— Que se fué con otro carajo!

JUANA.— *indignada*— ¡Pues que la deje!... ¡Qué ingrata!... Decíme vos, ¡qué mujer!... yo siempre le ví mala cara. Dejame decirle...

SEBASTIANO.— Dice tu mama...

JUANA.— *arreatándole el escuchador que Sebastiano no quiere soltar. Indignada:* — ¡Digo que la dejés! ¡Esa mujer es una ingrata!. . . Pero, decime ¿no te venía muchacho?

MARGARITO.— ¡Sí, mama! Pero aunque así se la levantaron!

JUANA.— Pues dejala. ¡Dejala! ¡No te merece esa mujer!

Sebastiano le quita el escuchador.

MARGARITO.— ¿Dejarla? ¡No, máma! En cuanto ataquemos la levanto de donde la encuentre! ¿Que se cree que me voy a dejar requisar la mujer por el enemigo? ¡Se vuelve! ¡Y la mecateo! ¡Ah, le pego porque le pego! ¡Va a saber quién es el teniente Margarito López!

PANCHO.— *a Soledad*— Oí lo de Margarito! ¡y mi mama queriendo que me case! ¡no me friegue! (*escupe*).

SEBASTIANO.— *a Juana*— ¿Qué decís vos? Dice que la recoge pero que la malmata. Si le va a pegar que la re-



coja ¿no te parece?

JUANA.— *aceptando, no muy conforme*— ¡Pero que le dé una buena!

MARGARITO.— ¿Cómo?

SEBASTIANO.— Leñateala!... Pero ve, encajale bien los palos. Acordate que está aliñada...y no vaya a ser un mal suceso!

MARGARITO.— ¡Déjemela a mí, táta! ¡yo le conozco el lomo!

PANCHO.— Pregúntele, táta, cómo es el cuento de que penquearon a los liberales. Acuérdense que yo tengo una apuesta con el compadre Moncho!

SEBASTIANO.— Oí. Oí: dice Pancho que cómo es la cosa de la penqueada que le diste a los liberales...?

MARGARITO.— ¿Ah? ¿No le estoy diciendo que nosotros fuimos los penqueados?

SEBASTIANO.— *incrédulo*— ¿Vos?

MARGARITO.— Nos picaron la retaguardia y nos corrimos! ¡Nos cocinaron con las máquinas, táta!

SEBASTIANO.— ¡Vea qué pendejo!... Y aquí estuvieron repicando el triunfo! ¡Engañándolo a uno!

MARGARITO.— Yo no tuve la culpa! Le voy a contar



cómo fué. Fué que... (*Mira al soldado que está en la banca y le ordena de pronto:*) ¡Raso Potoy: Váyase afuera que voy a hablar un secreto militar! (*Sale el Raso sumisamente*) (*Al teléfono:*)—Pues fué así: en lo que el enemigo nos estaba atacando, el General se fué a ver con su queridita a la hacienda Santa Clara. ¡Claro! ¡Nos metieron la gran mecateada!

SEBASTIANO.— ¡Decime vos! ¡Ese General no sirve ni para...

Escena muy rápida hasta el final: se oyen balazos y ruidos al lado derecho en "La Paz". Diversas voces.

GRITOS.— "Vienen por la calle!" "¡Corran aquí!" "¡Vuelen bala!" "¡No se dejen!" "¡Adentro!"

MARGARITO.— *con el escuchador en la mano, gritando hacia la puerta*— ¿Qué pasa, Potoy?

SEBASTIANO.— ¿Cómo? ¿Qué decís?

Siguen los balazos, más cercanos. Se oyen carreras. Cuerpos que caen. Nuevos gritos.

GRITOS.— ¡Tiren, Jodido! ¡Tiren! *Un rostro que se asoma a la puerta.— (Pálido, agitado)* ¡Teniente, nos atacan! (*Se retira precipitadamente*).

MARGARITO.— *nervioso, indeciso*— ¿Cómo?

SEBASTIANO.— ¡Aló! ¿Qué pasa? ¿Qué es el ruido? ¡No se oye!

MARGARITO.— ¡No sé, táta ¡Están tirando!

Siguen los balazos.

Entra el raso Potoy, tambaleante, cogiéndose con una mano el brazo que lleva herido en el hombro, manando sangre. Se deja caer en la banca, con el rostro lleno de dolor.

Balazos—Gritos.

GRITOS.— *Por la derecha! ¡Echense al suelo! ¡Vuelen balas!*

Otro rostro que se asoma a la puerta.

(Aterrado) ¡Corra, Teniente! ¡Están atacando!

Margarito vuela el teléfono. (Queda el escuchador como un péndulo meciéndose).

Desenfunda su revólver. Siguen los tiros.

Gritos. Ayes de Potoy.

GRITOS.— *¡Adentro! ¡Viva León, Jodido! Alaridos de guerra. ¡Viva el Partido Liberal!*

Oscuridad o telón en la sala de la derecha, de la Paz Centro.

Simultáneamente Sebastiano ha estado, lleno de inquietud, llamando, golpeando el contacto, dándole al timbre.



Todos agrupados a su alrededor se preguntan: “¿Que será?”... “Alguna avería en la línea”...

SEBASTIANO.— ¡Aló! ¡Aló!... ¡Hijo!... ¿Qué pasa?...
¡Margarito!... ¡Margarito!... (*volviéndose al telefonista*)
¡Central ¿qué pasa? ¡Cortaron el habla!

TELEFONISTA.— *a gritos en su aparato*— ¡Aló!
¡Aló la Paz! ¡La Paz!... ¿Qué pasa con la Paz?... ¿Qué pa-
sa con la Paz?...

cae el Telón.

CUADRO TERCERO

El mismo escenario del Cuadro Primero. Ha pasado un mes. Últimas horas de la tarde. Al final del cuadro la luz es ya roja y luego violeta, y cae el telón con el sol.

Juana está terminando de moler las tortillas. Sebastiano, sentado, rasguea perezosamente la guitarra.

JUANA.— No se hace con canciones el mundo!

SEBASTIANO.— *que, distraídamente, con su puro en la boca, ha estado tocando la guitarra se encoge de hombros—* ¡No se hace!... ¡yo estoy mejorándolo! *(se ríe burlesco. Pausa..)* ¿Sabés vos que yo no sueño nada? No soy como vos! Le paso la mano a la música como soba la Soledad a la perrita. Para suavisar un rato el tiempo. Pero no pretendo...!

JUANA.— ¿Me querés decir que yo soy pretensiosa?

SEBASTIANO.— ¡Huy! *(Puja y luego escupe).* ¡Eso es! No querés que cante porque querés estar hablando de lo que podemos hacer, de lo que podemos hacer, de lo que podemos hacer... *(hace la mímica de “dale-que-dale” con las manos, burlesco..)* con esa angina tuya por arreglar todo el año desde la víspera. ¡Nadie te alcanza!

JUANA.— ¡Pues yo, sí! ¡Así me hizo Dios! ¡Y lo que pienso lo digo! Para eso bebo agua bendita el Sábado de Gloria para hablar sin tropiezo!

SEBASTIANO.— *Se arrecuesta un poco, con dejadez*



y hace un gesto amplio— ¿Vos ves que la sombra de los árboles se va alargando con la tarde? ¿Lo ves? Pues los pensamientos de los viejos así se alargan. Porque los campesinos somos como los árboles. Cuando tenemos el sol temprano, soñamos más de nuestro tamaño. Después, cuando ya podemos, no soñamos; porque el sol nos mata la sombra. Pero cuando ya es tarde volvemos a soñar. Entonces sí. Cuando ya la sombra está para atrás... ¡Qué quisiera yo el sol de mis buenos años, con lo que la vida me ha enseñado!

JUANA.— ¡Serías el mismo!

SEBASTIANO.— Pues, claro! ¡El mismo! Pero hubiera sido pobre sin engañarme. Lo malo son las ganas.

JUANA.— ¿Cómo las ganas?

SEBASTIANO.— *Apasionándose con sus ideas*— ¡Las ganas que te sacan de tu pobreza para hacerte más pobre! Las ganas de ser Alcalde cuando sos vecino. Las ganas de tener un caballo de cien pesos cuando tenés un caballito de veinte. Las ganas de tener la mujer de la revista que pegás en la pared, cuando tenés la tuya en el tapesco! Las ganas de beber... ¿Vos sabés por qué bebía yo? ¡Por las puras ganas!... Esas ganas... ¡Bueno...! Vos no entendés porque no sos hombre!... ganas no se sabe de qué. Ganas de ser muy hombre... ganas... ganas de ser Dios... ¡carajo!

JUANA.— Y me decís a mí que soy pretensiosa!

SEBASTIANO.— Porque seguís con tu sombra sin fijarte que ya es tarde. ¿Qué no entendés?... Estás soñando con Margarito Coronel, con los vientos mejores que nos van

a soplar, con la plata que va a traer el muchacho... ya te creés con la tienda del güegüence!... y yo que sólo pienso en saber algo del Margarito... (*Triste*) ¡Que por lo menos vuelva!

JUANA.— *llora hasta estallar en llanto al final*— ¿Y vos creés que no llevo esa espina dentro? Vos creés que en la noche no me despierta la angustia pensando si estará muerto mi hijo; si no me estará necesitando herido en algún monte?... Lo que pasa es que yo me hago mis sueños y hablo y hablo para... (*llora*).

SEBASTIANO.— *poniéndose de pie*— ¡Mejor no me lo hubieras dicho! yo sólo me detenía en pensarlo pero porque estabas vos con tus cosas, con tu seguridad. “Si ella es la madre”... pensaba yo. Porque las madres tienen el oído puesto en la sangre. ¡Y ahora me decís...!

JUANA.— *secándose las lágrimas. Cortante y supersticiosa*— ¡No he dicho nada! ¡No he dejado que se metan los agujeros ni las apariencias! ¡Ni un soplo he dejado que se me entre al corazón! ¡Aquí tengo a mi hijo... y toco madera! (*golpea el taburete*)

SEBASTIANO.— Pero ¿no decís...?

JUANA.— No. Y no sigás hablando. Ninguna señal tengo! (*Reanuda su molienda*). ¿No viste ahora que maté la víbora dentro del rancho?... Cuando se mata bajo el techo ya no entra la tuerce...

SEBASTIANO.— *afirmativo e ingenuo*— Era “Castellana”; mala víbora.



JUANA.— Pero la quebranté!

SEBASTIANO.— ¿Y dónde estaba?

JUANA.— ¿Y dónde, pues?... En tu guitarra!

SEBASTIANO.— *alarmado*— ¿Haciendo nido en la boca de la guitarra? ¿y cómo no me lo avisaste? ¿No ves que no debe tocarse el día en que la calentó la víbora porque la música...

JUANA.— *suspensa*. *Supersticiosa*— ¿Qué trae?

SEBASTIANO.— *desconsolado*— ¡Invoca el mal, mujer! *Pausa*. *Desconcierto*. *Se Miran*.

JUANA.— ¡Andá colgala en el clavo! Por dicha sólo la estuviste travesando!

SEBASTIANO.— *Va al rancho a guardar la guitarra. Mientras va, reza en voz baja —aunque no se le entiende bien— y rápido, la oración “contra la sierpe”. Todavía dentro del rancho se oye el ron-roneo de su voz mientras Juana, afuera, muele— “Maldita sea la serpiente que se arrastra recogiendo la saliva de los que nombran a Dios sin respeto. El pie de la Virgen quebrante su mal y recoja su veneno en el cáliz del apóstol San Juan para el corazón de los perdidos y me libre a mí de daño. Amén. Jesús”.*

Entra Pancho por la derecha, con sus alforjas. Las pone en un cajón, cerca del rancho y de Juana, medio de espaldas al público y a Sebastiano.



Diálogo lento y lleno de pausas.

JUANA.— Aquí está el muchacho!

SEBASTIANO.— *Sale del rancho. Lo mira y dice como saludo: — ¿Ydiay?*

PANCHO.— *Abre la alforja sin volver a verlo— ¡ya fui!*

SEBASTIANO.— ¿Hablaste?

PANCHO.— *sacando un paquetito de la alforja— ¡Ujú! (afirmación como un quejido).*

SEBASTIANO.— ¿Malo el asunto?

PANCHO.— *afirma con la cabeza— Malo! (sigue sacando cosas de la alforja).*

SEBASTIANO.— *escupe— ¡También el Juez está de espalda!*

PANCHO.— *¡Ujú! (Pausa)... Ese juez ya está comprado.*

JUANA.— *impaciente— ¿Y qué dijo?*

PANCHO.— Que el abogado tiene los papeles y que eso nos pierde.

JUANA.— ¿Va a dejar que nos roben? ¡Qué gente sin bautismo!



PANCHO.— Dice que él no puede hacer nada. Que mejor arreglemos porque el Doctor Fausto tiene poder.

SEBASTIANO.— Y don Federico? ¿No te aconsejó nada?

PANCHO.— *siempre arreglando sus alforjas*— Sí... Que podemos pedir amparo.

SEBASTIANO.— Pero el amparo cuesta!

PANCHO.— *con furia*— ¿Quién ampara al pobre?

JUANA.— De valde dá uno su hijo! ¡Eso no lo toman en cuenta...!

SEBASTIANO.— ¡Como ellos mandan!

PANCHO.— Sí. Pero ya eso se va a acabar! (*se vuelve con furia*) ¡ya se anda levantando el pueblo por las sierras. Ahora me lo dijeron. Y lo que voy a hacer es agarrar mi rifle para cobrarme! (*Pausa*).

SEBASTIANO.— Si te diera eso el amparo yo te diría: “andá cogelo”!

JUANA.— Cualquiera piensa como Pancho!

SEBASTIANO.— Lo que no rinde un hijo, no lo rinde el otro, Juana!

PANCHO.— Se llevaron a mi hermano y ahora quieren arrollar también con la tierra. Hasta el animal tiene su

medida cuando lo cargan!

Queda un silencio espeso.

Pausa.

SEBASTIANO.— ¿Y la Soledad?... No me gusta que la coja la sombra en el camino...!

JUANA.— *poniendo atención a algo—...* ya debe de venir... ¿No oís pasos?

Silencio atento.

Aparecen, por la derecha e izquierda tres o cuatro soldados, mientras quedan otros que aún no se ven y que van llegando por la derecha, cuyas voces se oyen a veces. Son soldados por el nombre y por los rifles y las divisas rojas que llevan en los sombreros, pero tienen un aspecto más montaraz y sus trajes están más raídos y sucios que los de los soldados del cuadro 1o. Apuntan con sus rifles a los tres del rancho.

PRIMER SOLDADO.— *Apuntando—* ¡No se muevan!

SEGUNDO SOLDADO.— *Que ha entrado por la derecha. Hace señas con la mano, llamando a los otros soldados que vienen detrás y que aún no aparecen en escena—* ¡Aquí hay hombres! *Un soldado tercero se encamina cautelosamente a registrar el rancho.*

PRIMER SOLDADO.— *A Sebastiano—* ¿Usted qué es?



SEBASTIANO.— ¿Y qué voy a ser?

PRIMER SOLDADO.— ¿Es rojo o verde?

SEBASTIANO.— A mis años los colores se despintan!

PRIMER SOLDADO.— ¡Queremos gente para la Revolución!

JUANA.— Sólo este hijo tenemos que es el que nos mantiene. Somos pobres. Pero les podemos dar las tortillas de la cena para que se ayuden.

SEBASTIANO.— Del chagüite les cortarí unos guineios, pero ya va siendo noche.

SEGUNDO SOLDADO.— ¡Ya la tropa los anda cortando; no se preocupe, viejo!

PRIMER SOLDADO.— Queremos hombres para caerle al Gobierno. Vamos a botar a los Conservadores!

TERCER SOLDADO.— *saliendo del rancho*— Me gusta la guitarra que tiene el viejo ahí!

JUANA.— ¿Cómo me gusta? ¿Qué se está creyendo?

CUARTO SOLDADO.— *Entrando. Señala a Pancho y a Sebastiano*— ¿Son liberales éstos?

PRIMER SOLDADO.— ¡No dicen!

PANCHO.— Si buscan gente contra el Gobierno yo me



engancho!

SEBASTIANO.— *Sorprendido y molesto*— ¿Vas a pelear por lo que no es tuyo?

SEGUNDO SOLDADO.— Déjelo, viejo! La guerra la llevamos ganada!

PANCHO.— ¡Si, tata! Me voy con ellos. ¡Ya es mucho aguantar!

CUARTO SOLDADO.— Hay que avisarle al Jefe que aquí hay un voluntario!

TERCER SOLDADO.— ¡El Jefe anda medio rascado!

SEGUNDO SOLDADO.— *Dirigiéndose a alguien que aún no ha aparecido en escena; por la derecha*— ¡Oí! ¡Petronio! ¡Que venga el Jefe! ¡Aquí hay un voluntario!

PRIMER SOLDADO.— ¡No grites, jodido! ¡Somos clandestinos!

Voz dentro: “¡Vamos!” (Se oyen risas y voces de gente que viene acercándose).

CUARTO SOLDADO.— *a Pancho*— ¿Tiene rifle?

PANCHO.— *niega con la cabeza*— ¡Sólo machete!

TERCER SOLDADO.— ¡Otro de machete!

SOLDADO PRIMERO.— ¡En cuanto le caigamos al



resguardo del pueblo nos equipamos!

PANCHO.— Voy a traer mi chamarra y mi alforja!

PRIMER SOLDADO.— ¡Vaya!

Va Pancho al rancho.

TERCER SOLDADO.— ¡Tráigase la guitarra, compañero!

JUANA.— ¡Nada de eso!... ¡Bonita guerra van a hacer con guitarras y sin rifles!

TERCER SOLDADO.— No la pelee, Señora! Es para alegrar las noches!

JUANA.— Bastante me arrancan con el Pancho! Si no fuera porque ese Gobierno nos está robando la tierra, no se los diera!

SEGUNDO SOLDADO.— *riéndose*— ¡Ya se lo traemos! ¿No ve que vamos ganando por todos lados? ya el Gobierno está en temblores!

Voces que se acercan.

Voz que ya está muy cerca: “¿Qué se tienen allí?”

CUARTO SOLDADO.— *Hacia la voz*— Aquí hay un voluntario liberal, Jefe!

Sale a escena el Doctor Fausto Montes, algo borracho,



con pistola al cinto, sobre-botas y un sombrero tejano con cinta roja.

DOCTOR FAUSTO.— ¿Un liberal? ¿Quién es?

Asombro de Sebastiano y Juana.

Pancho, que en ese momento sale del rancho con su chamarra terciada al hombro y su machete en la mano, se queda de pronto detenido, como una estatua.

JUANA.— *Llena de furia—* ¿Usted?

Sale un sargento aguardentoso, de gran vocerrón y otro soldado que se colocan junto al Doctor.

DOCTOR FAUSTO.— ¿Qué hay conmigo?

SEBASTIANO.— *decidido, bronco—* Déjame hablar, Juana!

JUANA.— *como una fiera—* ¿Con qué cara viene a pedirme el hijo después que nos está robando la tierra?

DR. FAUSTO.— *haciendo un gesto displicente y burlesco con la mano* ¡Yo no le estoy pidiendo nada, vieja!

SEBASTIANO.— *Seco y autoritario—* ¡Juana! ¡Yo soy el hombre, déjame a mí! *(Al Doctor)* A ella le guarda respeto o se mata con este viejo que algo le queda de sangre! *(Pancho da un paso adelante amenazante).* ¡Y sépalo de una vez: aquí no hay voluntarios ni para verdes ni para rojos, porque donde está el muerto ahí está la zopilotería!



SARGENTO.— *Con voz altanera y estentórea— ¡A callarse el mundo entero! ¡Amarren a ese jodido! (Volviéndose al Doctor Fausto). ¡No debe dejarse vocear de ningún carajo, Jefe!*

Dos soldados caen sobre Sebastiano y dos se acercan, un poco temerosos a Pancho, quien, cerca de la puerta del rancho está, machete en mano, amenazante.

SOLDADO TERCERO.— *¡Bote ese machete! (Apunta con el rifle).*

Pancho lo baja muy lentamente, pero no lo suelta. Mira con rabia impotente .

SARGENTO.— *Montando el rifle y apuntando— ¡Bótelo al suelo o me lo acuesto!*

Los soldados segundo y cuarto están amarrando a Sebastiano.

Pancho tira con furia impotente al suelo su machete. Lo recoge el soldado tercero y lo tira lejos.

JUANA.— *Que ya no puede contenerse— (Al Doctor) ¡Se ceba en los pobres, cobarde!... ¡Con un pobre viejo! Y estos ciegos que están engordando al que les chupa la sangre....!*

SEBASTIANO.— *Queriendo callarla— ¡Juana!*

JUANA.— *Indetenible— ¡Pues, sí! ¡Que lo oiga de boca de mujer! ¡Que se rebaje a tocarme! ¡Después de ro-*

bar con los Conservadores va a robar con los Liberales!

SARGENTO.— ¡Cállese!

JUANA.— ¡No me callo! ¡Usted sabe que este hombre es un vividor: come de los pobres y bebe del gobierno!

DR. FAUSTO.— *Con risa falsa*— ¡Está dolida porque lleva perdido un pleito! ¡Estos indios caitados quieren siempre medrar! Pero los Liberales vamos a traer la justicia!

SOLDADO CUARTO.— *Chillándole a Juana*— ¡Claro, Jodido!

SOLDADO SEGUNDO.— ¡Ahora vamos a mandar!

SEBASTIANO.— *rogándole se calle*— ¡Juana!

SOLDADO TERCERO.— ¿Y qué se hace con éste?
(*Señala a Pancho con el rifle*).

SARGENTO.— Hay que juzgarlo!

DR. FAUSTO.— No! ¡Va de rehén!

SARGENTO.— ¡Eso es! ¡Para que no hable la vieja!

DR. FAUSTO.— *A Sebastiano*— Aquí no ha estado nadie. ¿Sabe? Guárdese la boca en el pueblo o no respondo del muchacho!

SARGENTO.— ¡Vamos! ¡Adelante con el recluta!



Empiezan a salir.

SOLDADO PRIMERO.— *Gritando—* ¡Buscando el monte, muchachos! ¡Desperdíguense!

SARGENTO.— ¡Callando todos! (*autoritario*).

DR. FAUSTO.— *a Juana ya retirándose—* ¡nunca ha hecho mejor negocio! Si anda conmigo el muchacho le va a volver con plata! (*se ríe burlescamente*).

SOLDADO SEGUNDO.— *burlón—* ¡Cayetano la bocina, vieja...!

SOLDADO TERCERO.— *Que ha salido por la derecha, se vuelve a escena y dice, apenas visible, al Doctor Fausto:—* ¡Jefe: nos llevamos ese chancho? ¡Vamos sin porrosca!

DOCTOR FAUSTO.— ¡Arreen con todo!

SOLDADO PRIMERO.— *Alegre, saliendo—* ¡júuuú! (*grita*). ¡Viva el Partido Liberal!

FAUSTO.— A callar se ha dicho! ¡Imbécil! (*Salen*). *Se oyen los gruñidos desesperados del cerdo, a la derecha.*

Risas... Exclamaciones.

“¡Agarralo bien! ¡Tapale el hocico! ¡Amarralo!”

Todos han salido.

Juana, en jarras, furiosa y callada, los ve irse. Des-



pués de una pausa, cuando ya no se oyen voces y queda el silencio, ella se acerca a Sebastiano, buscando como desamarrarlo.

JUANA.— ¡Todos son iguales! ¡Todos son bandidos!

SEBASTIANO.— ¡Te ponés a jochar los perros sueltos! ¿No ves que cuando esos se sienten con un rifle en la mano creen que tienen el poder de Dios? ¡Como nunca han mandado ni a un perro!... ¡Soledad!! ¿De dónde salís?

Entra Soledad: pálida, rápida, nerviosa, por la derecha.

SOLEDAD.— *dirigiéndose a Sebastiano, cariñosa, inquieta. A medida que habla desplaza a Juana para desamarrar a su padre—* ¡Táta!... Estaba reprimiéndome allá, bajo el ceibo, muriéndome de miedo! ¿Qué le hicieron? (*Se arro-dilla*). ¡Me lo amarraron sin respetarle sus canas! ¡Ya venía sintiendo algo malo en la tarde! ¡No sé qué! Le dije a la Vicenta: me voy porque estoy inquieta. Y cuando llegué... ¡Dios mío!... ¡Qué nudo el que le hicieron! ¡Tráigame el machete, máma, para cortar!

SEBASTIANO.— ¡Ya ves cómo nos van dejando! Amarrado como San Sebastiano... Y desnudo sin un hijo.

JUANA.— *Pasando el machete que está en el suelo. Habla a torrentes, llena de furia, mientras Soledad desata a Sebastiano. (Mímica dramática y voz alta)—* ¡Me quieren callar con el hijo. Me ponen su muerte sobre la boca, pero hablo y aunque esté bajo tierra sigo hablando porque esto clama al cielo. ¡Virgen Bendita! ¿Qué no hay mal-



dición para los perversos?... ¡Infelices viejos que nos caen los quebrantos como las pulgas al perro flaco! ¿Cuándo se acabará esta tuerce? ¡Allí está mi Margarito, el inocente, la tuerce le dobló la vida cuando mejor camino llevaba! ¿Dónde está ahora mi hijo? ¿Dónde está su Rosa en la que él se veía?... y allí está mi pobre Pancho, queriendo salir de su tuerce y la va a buscar! ¡Maldito el hombre que trajo la tuerce al rancho! Pero yo te lo digo: ese hombre me cargará con mi lengua! ya me arrancaron un hijo y me quedé callada, creyendo en promesas. Este no me lo roban. ¡No me cierran la boca! Voy a ir a vender a ese bandido al Cuartel. Voy a hacer que lo busquen con el resguardo. Voy a gritárselo a todos los hombres del pueblo para que vayan a sacar de su cueva al coyote! ¡Me hierbe el pecho por verlo con cuatro rifles en frente, amarrado el vividor!, el ladrón de pobres!, el cobarde!...

SEBASTIANO.— *que ha estado oyéndola atento y torbo, mientras lo desamarra Soledad, la detiene con un gesto y en voz honda y despectiva*— ¡Calmate que con los gritos sólo se levantan los ecos! ¿A qué pueblo vas a recurrir? ¿Dónde está el pueblo? ¿Que no viste a Petronio, a Juan Zedón, a Ruperto poniéndome el fusil contra el pecho?... ¡Somos enemigos los que debíamos ser amigos... por eso hay siempre quien nos ponga el yugo y nos haga bueyes!!

Telón.

CUADRO CUARTO

*El mismo escenario. Han pasado muchos meses.
Media tarde.*

Al final del cuadro se enciende un crepúsculo cárdeno.

Nota: —Del rancho hacia un arbolito del fondo (o algún poste de cerca) colóquese en este cuadro un alambre para tender ropa.

(Sebastiano está sólo, sentado a la puerta del rancho, bebiendo tiste en una jícara).

Se oye lejano el canto del pájaro “Guás”. Guás, guaaás, guaaaás.....!

SEBASTIANO.— *Poniendo atención al canto...— ¡Canta el guás! ¡Parece que va a cambiar el tiempo!... (Bebe un trago. Agita la jícara. Bebe otro trago. Mira hacia el camino, hacia la derecha y se alegra la cara:) ¡Ahí viene la Juana! (Se bebe de un envión lo que queda, golpea la jícara para tragarse hasta el chingaste. Se limpia la boca con la manga de la cotona. Pone la jícara. Y se adelanta a recibir a Juana. Comienza a hablarle desde antes que ella aparezca en escena)... ¿Ideay? ¿Venís cansada?... Siempre que vas al pueblo le echás más carga a la alforja que la que podés aguantar..... ¿Te fué bien?*

Entra Juana.

JUANA.— *Resopla— Ya estoy sintiendo los años! (Descarga). Pues hice todo!...*



SEBASTIANO.— *siguiéndola*— Yo también! Le pasé un fierro con el arado a la milpa. Me ayudó Josesito, el de Juan Malespín. Ahora tenemos que ir a sembrar... ¡Buen muchachito ése! ¡ya pudiéramos tener nietos así nosotros!... ¡Bueno, pero contame!

JUANA.— *Que ya puso las alforjas y su contenido dentro del rancho, se sopla y se sienta, fuera, en una "pata de gallina"*— Primero fuí al mercado. ¡Vieras qué cara está la manta! ¡todo está por las nubes!... Después fuí donde don Federico. ¡Bien me recibió!... Ahora sí, dice, que la cosa se ha compuesto! ya llegó el yanqui a la Comandancia y está metiendo todo en cintura!

SEBASTIANO.— *sentándose, sediento de noticias*— Contámelo todo desde el principio. Todo lo que él te dijo.

JUANA.— Pues, llegué. ¿Ydeay, comadré, —me dijo—, qué cara tan perdida!... y yo, claro, le dije cómo estábamos, trabajando como bueyes, sin los hijos... haciéndonos ilusiones de que volvieran porque ya terminó la guerra. Y ahí nomás le hablé del asunto del rancho y de la tierrita porque estábamos muy alentados con las noticias que él nos había dado. ¿Y qué crees que me dijo?

SEBASTIANO.— ¿Ajá?

JUANA.— Que ya está en el pueblo el Doctor Montes.

SEBASTIANO.— ¿Ya volvió ese carajo?

JUANA.— Pero, poné cuidado: me dijo que él le pre-



sentó el asunto al yanqui y que se puso de paro con nosotros. ¿Sabés lo que le dijo el yanqui? ¡Que es un robo! y que él lo va a arreglar.

SEBASTIANO.— *cabeceándose y dándose con las palmas de las manos en las piernas*— ¡Lo que nosotros decíamos!

JUANA.— ¡Si es que eso clamaba al cielo!... Pero por fin va a haber justicia!

SEBASTIANO.— Pero no me gusta que haya vuelto ese hombre. Es intrigante, enredista. Es malo!

JUANA.— Pero don Federico dice que con la venida de los yanquis todo esto se va a componer. Dice que la “intervención” va a acabar con las zanganadas... Te cuento que lo ví al yanqui cuando pasé por el cuartel. Es un hombre colorado, pelo de chilote... blanco... ¿cómo decirte?... parece crudo de tan blanco.

SEBASTIANO.— Ah! ¿Lo viste?

JUANA.— Si lo ví. Son tres los yanquis que están en el pueblo. Yo creo que son hermanos. El mismo pelo, la misma ropa. Y están haciendo marchar a los del resguardo que da risa: tiesos, tiesos, como muñecos de palo!

SEBASTIANO.— ¡Ah, pero son soldados!

JUANA.— ¿No te digo que están en el cuartel?

SEBASTIANO.— Pero el pleito de nosotros es en el



juzgado!

JUANA.— Pero los yanquis van a meterse también con lo del Juez. Son marinos. Ahora que me acuerdo así me dijeron: que son marinos!

SEBASTIANO.— ¿Marinos también?... ¡Jodido, pues son de todo tiro!...

JUANA.— Pues dice mi compadre don Federico que ellos van a arreglar todo. Fijate que me contó que les quitaron los rifles a los liberales y a los conservadores y que de aquí pa delante ya nadie más pelea!

SEBASTIANO.— Sí! Eso ya me lo contó la otra tarde Benito, el barbero. Y hasta me leyó el periódico donde decían que iban a devolver a todos los soldados a sus pueblos. ¿No te conté?

JUANA.— ¡Ay! ¡Ojalá! ¡Si por lo menos uno de los muchachos volviera...! ¡Al menos Pancho!

SEBASTIANO.— *Entristecido*— Sí; porque aquello que nos dijo Juan Aguirre de Margarito... En ese encuentro los mataron a casi todos... ¡Yo ya no me hago ilusiones con él!... Pero ¡Pancho!... ¿A dónde habrá cogido Pancho?

JUANA.— Ese doctor Montes debe saber!

SEBASTIANO.— ¡Pero yo no le hablo!

JUANA.— *Pensando*. . . — ¡Tal vez por medio de otro!. . . ¡Tal vez si le pregunta la Vicenta, la amiga de Sole-



dad!

SEBASTIANO.— ¡Es buena idea!... Se lo vamos a decir ahora que bajemos por el agua. (*Se levanta*).

JUANA.— *deteniéndolo*— Oíme. Se me quedaba contarte lo último. El yanqui le dijo a don Federico que iba a venir a ver la tierra con el Juez.

SEBASTIANO.— ¿A ver la tierra?

JUANA.— Sí. Eso le dijo!

SEBASTIANO.— *levántándose*— ¡Si la tierra allí está! ¡Nadie se la ha llevado! ¡Lo que debe verle es las uñas al mañoso del Doctor Montes! (*Se sienta*). ¿Sabés una cosa, Juaná? ¿Vos creés que esos yanquis pueden arreglarlo todo?

JUANA.— Don Federico dice que a eso vienen! ¿Por que no van a poder?

SEBASTIANO.— *Encogiéndose de hombros*— Porque son hombres!

JUANA.— ¡Claro que son! ¡Qué sonso que estás!

SEBASTIANO.— No es sonsera. Yo soy viejo y pienso. ¿Le podrías arreglar vos su rancho y su pleito al vecino Pedro Potosme, que es borracho y garrotea a su mujer?

JUANA.— Yo no! ¡Yo no me meto en enredos ajenos!



SEBASTIANO.— ¿Ves? ¿Ves? y ellos se están metiendo en enredos ajenos! ¿Qué saben los yanquis de las mañas del doctor Montes y de las pobreza del Sebastiano? Fijate que ni saben hablar como nosotros! ¿Y por dónde sale el entendimiento? ¡por la lengua! (*levantándose*). ¡Pero ojalá sea cierto lo que vos decís! ¡Qué más quisiera yo! (*interrumpiendo y mirando al cielo*). ¡Bueno! ¡Andá tomate tu pinol para que nos vayamos a sembrar antes que nos coja la tarde!

JUANA.— *levantándose*— ¡No! ¡Mejor me lo tomo allá! Ahorita estoy muy agitada. Vamonós!

Saca unas jícaras. Arregla alguna otra cosa. Sebastiano mete los taburetes en el rancho y coge su sombrero y su machete. Entre tanto sostienen el siguiente diálogo hasta que salen:

SEBASTIANO.— Si nos dá bien la milpa podemos comprar el otro buey. Ya con otro buey, puedo montar la carreta y ganarme mi buena plata.

JUANA.— ¡Ah! ¡Si estuvieran los muchachos hubiéramos podido sembrar hasta el campito de Pedro Potosme! Lo alquila barato!

SEBASTIANO.— ¡Con sólo Pancho pudiéramos sembrar el doble! ¡Pancho era arrecho... pero gracias a Dios yo entoavía tengo juego!

JUANA.— ¡Ah! ¡Si estuviera Pancho!... ¡Pero somos torcidos!

Cuando ya van a salir hacia la izquierda se oye de

nuevo cantar el guás:

“Guás, guaaás, guaaaaaás!!”

SEBASTIANO.— *poniendo oído al canto— ¡Oí el guás! ¡Sigue cantando! ¡Cambia el tiempo!*

Sale.

JUANA.— *¡Ojalá cambiara la vida!*

Salen por la izquierda.

Vacío el escenario, vuelve a escucharse el canto del.
guás:

“—Guás, guaaás, guaaaaaás!...”

(Después... pasa la sombra de un pájaro, lento, llenando de rumor el cielo vacío).

Pausa.

Se oyen voces por la derecha.

(Dos personas que vienen conversando con cierta violencia).

YANQUI (TENIENTE COMFORT).— *Habla bastante bien el castellano pero con acento yanqui, muy cargado y conjugando mal los verbos... comienza a hablar antes de aparecer en escena:— ... ¡No, doctor Montes! ¡Usted tiene que cumplir la ley!*



Entra a escena.

DR. FAUSTO.— *Habla despacio para hacerse entender del teniente—* ¿Pero qué ley, Teniente Comfort? Yo tengo la ley a mi favor. Ya le he enseñado a usted mis escrituras y el fallo del Juez, pero usted quiere hacer justicia a su modo. ¡Eso es arbitrario!... ¡Ese viejo, Don Federico, se le pone a llorar a usted, lágrimas de cocodrilo por “los pobres indios”, y usted se ablanda! Pero con lástima no se hace justicia. Yo no conozco ningún artículo del Código que hable de lástima.

YANQUI.— *Pretensioso—* ¡Oh, no! ¡Nada de lástima! ¡Yo sé mi deber!

Dicho esto avanza hacia el rancho a buscar a sus moradores.

El Dr. Fausto se queda donde está —alejado— inquieto y no muy seguro de ser bien recibido.

YANQUI.— *Mirando si hay alguien pero sin atreverse a entrar en el rancho. Golpea discretamente. —En voz alta:—* ¡Eh! ¡Señor! *(interrogando al Dr. Fausto)* ¿Cómo se llama?

DR. FAUSTO.— ¡Sebastián!

YANQUI.— ¡Oh, yes! *(Vuelve a llamar en voz alta:)* ¡Señor Sebastián!... ¡Buenos días! *(nadie contesta)* ... ¡parece no haber nadie!

DR. FAUSTO.— *Se acerca un poco más confiado. Se*



asoma en la puerta y como no hay nadie dice:— ¡Es lo mismo que esté o no esté! ¿Qué puede decir a usted un indio de éstos?

YANQUI.— ¡Usted no quiere dar oportunidad al Señor Sebastián!

DR. FAUSTO.— Yo sé lo que le va a decir: Que esta tierra es suya. Pero ¿dónde están sus títulos? Sus escrituras son nulas y usted tiene que tomar en cuenta todos esos puntos legales.

YANQUI.— Yo quiero proteger a los nativos.

DR. FAUSTO.— Pero nosotros tenemos una ley.

YANQUI.— Ustedes no conocen la justicia!

DR. FAUSTO.— Pero si usted no respeta la ley, comete también una injusticia.

YANQUI.— ¿Yo? *(hace un gesto despreciativo con la mano y luego, golpeándose el pecho, exclama soberbio:)*
¡Yo soy la ley aquí, doctor!

DR. FAUSTO.— *le mira perplejo, pero inmediatamente cambia, se ríe con mueca falsa y se le acerca al te-niente con meloso servilismo:—* Naturalmente que usted es la Ley, querido Comandante. Pero para hacer justicia usted debe conocer, a esta gente. ¿No vé cómo viven?... No les importa la miseria. Si ganan cuatro reales se los beben. Pero viven quejándose. ¡Si usted supiera lo que uno lucha por hacerlos gentes, por ayudarlos, pero no



agradecen! ¡No les importa!

YANQUI.— *Irónico*— Y por eso usted les coge la tierra, eh? (*Se ríe*).

DR. FAUSTO.— *Exagerando su respetabilidad*— ¡No, mi Teniente! Ellos la pierden porque todo lo gastan en borracheras. Hipotecan sus tierras. No pagan. Y después se quejan cuando pierden lo que tienen. ¡Figúrese usted el daño que le haría a este país si en vez de proteger a la gente que trabaja, a la gente decente, le da la razón a los haraganes y a los borrachos! ¿Quién va a querer entonces progresar?... Vea, Comandante... nosotros sabemos que los Estados Unidos son un gran país y quieren ayudar a la paz y al progreso de Nicaragua...

YANQUI.— Exacto, doctor. Nosotros queremos civilizarlos.

DR. FAUSTO.— ¿Ya ve usted?... Lo mismo quiero yo con esta pobre gente. Nosotros podemos entendernos, Comandante. Lo que pasa es que usted ha prestado oídos a ese Don Federico que es un caudillo reaccionario. (*Se le acerca insinuante:*) Vea, Comandante: Si usted se entiende con las personas decentes del pueblo... en fin... yo no sé sus planes... pero también nosotros tenemos deseos de ayudarle... Aquí hay muy buenos negocios que se pueden explotar... Lo que hacen falta son hombres con iniciativa, hombres enérgicos como usted...

YANQUI.— *Lo mira de arriba abajo irónicamente, sueña la lengua con un ruido burlesco, despectivo y haciendo ademán con la mano dice:* — ¡Oh! ¡No se molesten por

mí!... Gracias!!! (*se ríe secamente*). ¡Me pagan muy bien, doctor!

DR. FAUSTO.— *cínicamente*.— ¿Usted cree que yo quiero?... (*hace gesto disimulado insinuando soborno, dinero*) ... ¡No mi amigo! Yo sé que usted es justo. ¡No me interprete mal! ¡Yo soy un amigo de los Estados Unidos y.....

Entra Soledad por la derecha, canturreando con una batea pequeña en la cabeza y su rebozo. Al verlos, se detiene un momento extrañada, mira a ambos, y se dirige al rancho un poco inquieta, creyendo encontrar a alguno de los suyos dentro.

YANQUI.— *sonriendo. Inclinandose con una cortesía postiza*— ¡Buenos días, señorita!

SOLEDAD.— *seca, huraña*— ¡Buenos días!

YANQUI.— ¿Usted vive aquí, señorita?

SOLEDAD.— Sí, señor! (*Está ya en la puerta del rancho*).

YANQUI.— ¿Usted hija del señor Sebastián?... Busco al señor Sebastián!

SOLEDAD.— ¿A mi tata? (*Mira hacia dentro del rancho*). No sé dónde está. Tal vez anda en la milpa... Si quiere se lo voy a llamar.

YANQUI.— *que no le aparta los ojos, sonríe afectuoso*— ¡Oh, no se moleste!



SOLEDAD.— *Entrando al rancho— ¡Espéreme un tantito!*

YANQUI.— *Se aparta un poco del rancho acercándose al Dr. Fausto y saca afuera un entusiasmo picaresco que no había mostrado. Con un gesto de marino:— ¡Bella muchacha nativa, eh?*

DR. FAUSTO.— *Le mira sonriendo y se encoge de hombros.*

YANQUI.— *Já! ¿Está acostumbrado a ellas, no?... (Entusiasta) Yo mirarla en el pueblo. Muy simpática! (cierra el ojo). ¿Se dice así: sim-pá-ti-ca?*

DR. FAUSTO.— *Lo mira un momento, estudiándolo. De pronto cambia y tomándolo del brazo le pregunta en el mismo tono de malicia:— ¿Le gusta?... Puedo dejarlo solo.*

YANQUI.— *Agradado pero algo asustado— ¡No...no! (ríe) ¡Muy niña!*

DR. FAUSTO.— *sabiendo lo que dice— ¿Muy niña?... Aquí con el trópico las frutas maduran temprano! (le da con el codo riendo). ¡Sabe más que usted de amor!*

YANQUI.— *aumentando su entusiasmo— ¿Oh, sí?*

Fausto va a hablar cuando sale de nuevo Soledad del rancho. Con disimulo se aparta un poco, pero Soledad después de hablarle al yanqui, se dirige a él.

SOLEDAD.— *saliendo. —Trae en la pequeña batea va-*



rias prendas de ropa lavada, hechas un bollo, que después colgará del alambre a asolear: —Al yanqui:— ¡Pues si quiere voy a llamar a mi táta!

YANQUI.— *que no disimula la atracción de Soledad sobre él— ¡No, no, señorita! ¡Puedo esperar aquí, contento! ¿Le molesta?*

SOLEDAD.— *arrecostada a la pared del rancho, con la batea apretada a su vientre, sonrío y responde con mucha naturalidad— ¡Me molesta que esté aquí ése! (Señala a Fausto con la boca).*

DR. FAUSTO.— *Que estaba apartándose disimuladamente, le vuelve el rostro— ¿Yo?*

SOLEDAD.— *¡Usted amarró a mi tata! ¡No sé a qué vuelve aquí!*

Todo este diálogo entre Soledad y el Dr. Fausto es muy rápido y en voz grave, sin alteraciones. El yanqui parece, por su expresión no entender bien, o querer seguir —sin poderlo— lo que ellos dicen.

DR. FAUSTO.— *aproximándose lentamente— Eso fué cosa de la guerra, Cholita! Yo siempre te he mostrado cariño. ¡Decí que no! Pero tu máma me ha echado a todos encima por el pleito de la tierra. ¡Yo ni interés tengo en eso, te advierto! Pero tu máma no sabe de leyes y cree que les estoy robando.*

SOLEDAD.— *sin inmutarse— Yo tampoco sé de leyes pero sé que nos está robando.*



DR. FAUSTO.— No digás eso, Cholita! El señor decía que sos muy simpática y yo te estaba alabando pero me vas a hacer quedar mal.

YANQUI.— ¿Cómo?... ¿Cómo?

FAUSTO.— *hablando lentamente*— Que usted decía que ella es muy simpática ¿no es así?

YANQUI.— *con gran gesto*— ¡Oh, yes! ¡Muy linda!

SOLEDAD.— *sonriendo, baja los ojos. De pronto dice contra el doctor*:— ¡Pero usted amarró a mi táta!

FAUSTO.— ¡Yo no Cholita! El Sargento Malespín que es un bruto!

YANQUI.— *Creyendo dar en el clavo, pero usando tono de broma*— ¡Oh, ella no querer al dóctor!... ¡Doctor muy malo, eh? *(le dá al doctor una palmada en el hombro, riéndose estrepitosamente)*.

SOLEDAD.— *Lo mira con curiosidad y sonríe*...— ¿De dónde es usted?

YANQUI.— ¿Mí?... De América. A-me-ri-ca-no!

SOLEDAD.— *Ingenuamente, mientras mira el suelo*— ¡Ah! ¡Yo creí que era Yanqui!

YANQUI.— *riéndose mucho*— ¡Oh, si, si! ¡Mi, yanqui!

SOLEDAD.— *guarda silencio y raya el suelo con el de-*

do del pie. Mira al yanqui inocentemente y pregunta:—
¿Cantan de otra manera los pájaros en su tierra?

YANQUI.— *desconcertado*— ¿Los pájaros?

SOLEDAD.— ¡Ujú!

YANQUI.— ¿Por qué?

SOLEDAD.— ¡Me imagino! (*sonríe*).

YANQUI.— *tartamudea*— No, no sé. Yo consultarlo, sabe? (*se ríe*). ...Y usted, usted vive aquí, eh?... Yo mirarla en el pueblo.

SOLEDAD.— *mirando el suelo, afirma con la cabeza*— Voy al pueblo con una venta para ayudarle a mi máma.

YANQUI.— ¿Tiene mucho amigo en el pueblo, eh?
¡Una muchacha bonita, muchos amigos! (*se ríe*).

SOLEDAD.— *Sonriendo, alza el hombro coquetamente*— ¡Los del gasto...! (*Luego, embarazada por el diálogo, pregunta de pronto:*) ¿Y por qué no se sienta?... Voy a traerle un taburete! (*Entra al rancho a sacar un taburete. En el momento que ella se oculta, el Dr. Fausto se acerca al Yanqui, y cerrando un ojo con malicia le hace un gesto indicativo de que la muchacha "vale la pena" o algo así, excitante, a lo que el yanqui corresponde pronunciando más su infantil entusiasmo, con risas y movimientos de exagerada alegría, donde va perdiendo todo el revestido autoritario y el aire superior con que aparecía en escena. Sale Soledad, casi inmediatamente con un taburete*).



SOLEDAD.— Siéntese, pues, mientras viene mi táta.
(*Vuelve a coger la batea con la ropa*). ¡Voy a tender esta ropa!
¡Con permiso!

YANQUI.— ¡No, no!... Prefiero conversar con usted!
Que se siente el doctor Montes... ¡Sit down, doctor!

El doctor Fausto se sienta un poco apartado y durante todo el tiempo mantiene un aire o una sonrisa burlesca, siguiendo disimulada o abiertamente el diálogo del Teniente Comfort con Soledad.

YANQUI.— *mientras Soledad tiende la ropa en el alambre y le dá la espalda, trata de abrir conversación con frases anodinas—* Muy hermosa tarde, eh?..... ¡Muy bello lugar, sabe?

SOLEDAD.— *Escena muda. Pone su batea en una pata de gallina. Va sacando prendas de ropa —cotonas, pantalones, camisolas— que extiende, sacude y cuelga del alambre. Su actitud es de ingenua coquetería, pero de cierta inquietud, al observar de reojo que el Teniente está pendiente de sus movimientos. Soledad toma de la batea una pieza de ropa femenina. La sacude y al extenderla ve que es ropa íntima y mirando de reojo al yanqui, apenada y rápida, la apretuja nerviosamente, la esconde entre el resto de la ropa en la batea y toma un pantalón que cuelga en el alambre.*

YANQUI.— *Que ha visto la acción y el embarazo de Soledad, ríe con escándalo, muy divertido con el suceso.*

SOLEDAD.— *apenada y casi sin darle el rostro le dice:*
¡Perdone el irrespeto!

YANQUI.— *Con gesto y mímica de cumplido galante pero con absoluta vulgaridad:*— ¡tiéndala! ¡Es una bella bandera!

SOLEDAD.— *ruborizándose*— ¡A mí me han enseñado que la mujer es secreta!

YANQUI.— *Entendiendo muy lentamente*— Ah!... oh!... ¡Habla usted con mucho encanto!

SOLEDAD.— *Por decir algo*— ¡Lo dice por reírse!

YANQUI.— ¡No, no!... Muy bello habla. Tiene lengua muy dulce... pero difícil.

SOLEDAD.— *Sonriendo*— ¿La mía (*Saca la lengua ingenuamente y se ríe infantilmente del Teniente*).

YANQUI.— *exaltándose*— ¡oh, ésa más! (*la coge del brazo*). ¡Yo sería feliz con esa lengua!

SOLEDAD.— *mirándolo algo desconcertada*— ¡Que ocurrencia!

YANQUI.— *más atrevido, le coge ambos brazos y le dice apasionadamente:* — ¡Me gusta usted, muchacha!

SOLEDAD.— *Mira al Teniente en los ojos y comprende como mujer; entrando desde ese momento a la defensiva, con inquietud creciente*— ¡Suélteme!

YANQUI.— *Sin soltarla*— ¡Oh! ¡No me tenga miedo! Yo.....



SOLEDAD.— ¡Déjeme! ¡usted también tiene moscas en los dedos! Creí que era distinto!

YANQUI.— *tratando de recuperarla*— ¿Por qué dice eso, señorita?... Yo puedo quererla.....

SOLEDAD.— *Volviendo a desprenderse*— ¡Tiene los ojos malos! ¡Suélteme!

YANQUI.— *cogiéndole de nuevo el brazo y aproximándole el rostro, mientras ella rehuye*— ¡Sólo quiero hablarle un poco... un poquito!... ¡Oh!... ¡No ser mala conmigo!

SOLEDAD.— *renuente se aleja*— No. No quiero.

YANQUI.— *Sin acercársele trata de convencerla, pero ella al final de la frase le da la espalda*— Si yo le digo que quiero llevarla conmigo... ¿Es correcto? Llevarla... ¿Sabe?... Usted puede vestirse mejor. Yo muy complacido si puedo darle todo. Usted me gusta mucho... ¡Oh! ¡Oigame!

SOLEDAD.— *que le ha dado la espalda y está de nuevo tendiendo nerviosamente ropa*— Estoy oyendo!

YANQUI.— *Volviendo a acercarse por la espalda*— ¡usted se burla de mí! (*penduleando el dedo índice como un profesor que alecciona*) ¡Usted mala muchacha conmigo!...

SOLEDAD.— *Se encoge de hombros.*

YANQUI.— *la agarra del brazo y trata de besarla.*

SOLEDAD.— *Lo aparta con el brazo, en un movimiento rápido. Furiosa— ¡No! ¡Que se aparte le digo... ¡Qué se ha creído usted? (Coge su batea y con humildad pero enojada dice:)* ¡Me voy a ir si sigue molestando!

El Dr. Fausto, dándose una palmada en la pierna se ríe. Lo observa Soledad y se molesta más, decidiéndose a buscar refugio en el rancho con un gesto y movimiento de impaciencia.

YANQUI.— *riéndose apenado, protesta en falso— ¡No; por favor, muchacha!*

SOLEDAD.— *dirigiéndose al rancho. Vuelve a él el rostro, deteniéndose un momento y con gran simplicidad le dice: — ¡No me gusta su modo! Si yo no le conozco a usted ¿Por qué me va a estar tocando?*

YANQUI.— *queriendo aproximarse de nuevo pero inseguro y apenado en su sonrisa y voz— ¡Usted muy linda....! ¿Por qué ser así... usted...?*

SOLEDAD.— *despectiva le vuelve la espalda— ¡Oh! (se mete al rancho).*

YANQUI.— *titubea corrido, riéndose. Saca el pañuelo. Se seca el sudor por hacer algo. Se vuelve al Doctor Fausto que lo observa con expresión irónica y al contacto con el Doctor hace un gesto pueril de malicia— ¡Oh, muy guapa, pero... (hace gesto de que es difícil y se ríe secándose el sudor).*

DR. FAUSTO.— *lo llama con una seña para que se*



aproxime. Habla en voz baja:— ¡Mi querido comandante... muchos rodeos para tomar esa plaza!... ¡Usted no conoce a esta gente!... Es primitiva! ¡Necesita fuerza!... Usted mucho habla! ¡Impóngase como macho! (hace gesto y ríe).

YANQUI.— *Retardado en comprender, pero al cabo se le ilumina la cara y exclama:— ¡Oh, oh, oh? ¡Oh, yes!... Tarzán, eh? (Poniendo en tensión el brazo hace gesto de fuerza y de “machismo”, riéndose gozoso y cerrando el ojo como que ha cogido el consejo).*

DR. FAUSTO.— *sonando los dedos— ¡Llévesela! (se ríe despectivo).*

YANQUI.— *Se acerca al rancho usando gestos de película, como cualquier marino standar que va de conquista galante. Observa el rancho con sonrisa maliciosa y traviesa. Ya no queda nada de su aparatosa arrogancia de autoridad interventora:— ¡Ey! ¡Muchacha!*

SOLEDAD.— *Asoma un poco la cara con inocente recelo.*

YANQUI.— *¿Mucho miedo, muchacha? (Le sonríe queriendo darle confianza. Hace un pequeño ruido con la boca reconviniéndola:)* ¡Th! ¡Ths!... ¡Yo ser bueno!... ¡No hacer nada!

SOLEDAD.— *da un paso, no sin temor y con inocencia, seriamente, le advierte y al mismo tiempo ruega— ¡Ya no me moleste!... ¡Tengo que hacer!*

YANQUI.— ¡Oh, no, no!... Yo sólo mirarla.

Escena muda.

Sale Soledad y comienza a tender de nuevo la ropa. El yanqui va detrás, primero ritmolento, después acelerado, cercano, tratando de "entrarle". Soledad nerviosa no cesa en mirar hacia él tras de cada movimiento. De pronto a Soledad se le cae una pieza de ropa y al agacharse a recogerla, el yanqui también lo hace; la recogen juntos y cuando ella trata de colgarla en el alambre él le toma la mano. Soledad instintivamente la aparta pero el yanqui se la coge con fuerza.

SOLEDAD.— *retrocediendo un paso hacia la derecha sin poder soltarse— ¡Le dije que no me molestara!*

YANQUI.— *Queriéndola atraer y ella, esquivo, tratando de retroceder— Yo querer hablarle ahora.*

SOLEDAD.— *con movimientos bruscos por soltarse— ¡Que me deje, le digo!*

YANQUI.— *apretándola más— ¡Se va a hacer daño!*

SOLEDAD.— *luchando y retrocediendo un poco más— ¡No me importa! ¡No quiero! (Furiosa). ¡No ponga su fuerza en los débiles!*

YANQUI.— *Dando paso a la brutalidad pone toda su fuerza— ya sin control: lleno de cólera y deseo— y tira de ella queriendo abrazarla.*

SOLEDAD.— *Esquiva en lo que puede el rostro cuando trata de besarla. Hace un esfuerzo y logra retroceder, sin soltarse, un paso más, y con el cabello revuelto le grita, for-*



cejeando:— ¡Si no me suelta le grito a mi tata!

YANQUI.— al oír ésto acomete con más fuerza. Están ya por salirse de la escena. Se ve que la agarra y trata de cargarla en brazos.

En la lucha salen de escena. A la derecha. Se oye lucha.

VOCES DE SOLEDAD:— ¡Déjeme!... ¡Déjeme, le digo! (Grita:) Tata! Tataaa!... ¡Tataaaa!... ¡Ta.....!

Una mano tapa su boca. Gritos ahogados. Pasos que le alejan.....

Silencio.

DR. FAUSTO.— En el momento que la lucha está en su climax se ha levantado, observando. Cuando salen de escena se acerca al Rancho para ver desde allí lo que está pasando. Enciende un cigarro y se ríe. La risa crece cuando grita Soledad. Cuando los pasos se alejan y viene el silencio, remeda al yanqui entre risas:— “Yo ser la ley aquí, doctor!”. . . (risa burlona. . .) “¡Nosotros queremos civilizarlos!”. . .

Gran risa. Se sienta en el taburete extendiendo los pies, satisfecho... ¡Yanqui baboso!... ¡Ya sé dónde te aprieta el zapato! (Carcajada de ironía y de triunfo, echando la cabeza hacia atrás).

Está riéndose el Doctor Fausto, de cara al público, cuando a su espalda, por la izquierda, entra Sebastiano, rá-

pido, receloso, inquieto y con el machete en la mano. Al ver al Dr. Fausto riéndose se detiene un instante pero inmediatamente avanza, ensombreciéndose su fisonomía. Cuando el Dr. Fausto siente los pasos y vuelve el rostro cortando en seco su risa, ya Sebastiano está cerca de él, visiblemente furioso, interrogando:

SEBASTIANO.— *¿Dónde está la Soledad?*

DR. FAUSTO.— *Dá un paso atrás, hacia la puerta del rancho, desconcertado y sin hallar qué decir.*

SEBASTIANO.— *Avanzando, más amenazante— ¿Dónde está la Soledad, pregunto?!*

DR. FAUSTO.— *No encuentra otra defensa que tomar un aire cínico: se encoge de hombros y coloca su mano sobre la pistola que lleva al cinto:— ¿Qué Soledad?*

SEBASTIANO.— *avanza tan furioso que el Dr. Fausto retrocede en el propio umbral de la puerta del rancho— ¿Qué hace usted aquí? ¿Dónde está la muchacha? ¡Yo la oí gritar! ¡Dígame dónde está!?*

DR. FAUSTO.— *Se ríe despectivamente sin apartar la mano del revólver— ¿Me la dejó a cuidar a mí?!*

SEBASTIANO.— *ciego de rabia, creyendo que la muchacha está en el rancho embiste sobre el Dr. Fausto— ¡Pues qué hace usted aquí, jodido!*

DR. FAUSTO.— *quiere sacar su pistola y grita: — ¡Si usted da un paso lo tiro!*



Pero Sebastiano se ha echado sobre él, ciego de furia y sin dejarle terminar la frase le agarra la mano de la pistola, lo empuja y entran al rancho en lucha.

SEBASTIANO.— ¡Me va a decir dónde está!..... Exclamaciones.

Ruidos de lucha... Un disparo....

Un ruido de machetazo seguido de un tremendo: “¡Ay!”... y alguien que cae..... Una pausa.....

y luego Sebastiano que sale, con ojos desorbitados, el cabello revuelto, la cotona rota y ensangrentada. En la mano lleva todavía el machete manchado de sangre. Busca a Soledad.

SEBASTIANO.— ¡Soledad!... (Grita, mirando hacia todos lados) ¡Soledad! (Grita más fuerte, avanzando hacia el camino) ¡Soledaaad!

Sale tambaleándose por la derecha, mientras cae el

Telón.

EPILOGO

Cuatro o cinco meses después. Sebastiano, huyendo de la Justicia, vive en la cruda montaña. El escenario es la NOCHE, donde los árboles, como altos perros friolentos, tiemblan bajo la luna.

Sólo se ve una luna enorme. Y a la izquierda, al pie de un árbol seco, un rancho cenizo, semi-derruido, dentro del cual arde una candela o un candelil.

Nota: Al final del acto despiertan las primeras luces del alba.

Sebastiano –solitario– sentado en una piedra frente al rancho, tiene su guitarra en la mano, pero no la toca. Ya no hay música. La canción la dice, la reza, la llora. (Es una canción que se ha secado).

SEBASTIANO.— De dos en dos,
de diez en diez,
de cien en cien,
de mil en mil
descalzos van los campesinos
con la chamarra y el fusil...

De dos en dos los hijos han partido,
de cien en cien las madres han llorado,
de mil en mil los hombres han caído
y hecho polvo ha quedado
su sueño en la chamarra, su vida en el
(fusil...



El rancho abandonado...
la milpa sola... el frijolar quemado...
El pájaro volando
sobre la espiga muda,
y el corazón llorando
su lágrima desnuda...

De dos en dos,
de diez en diez,
de cien en cien,
de mil en mil
descalzos van los campesinos
con la chamarra y el fusil

(Alzando
gradual-
mente la
voz:)

{ ...De dos en dos,
de diez en diez,
de cien en cien,
de mil en mil,
por los caminos van los campesinos
a la guerra civil!

Pone la guitarra lentamente en el suelo. Mira el rancho con la cabeza entre las manos y con un tono de voz más real –pero abatido– dice:

...Y ahora sólo quedó el Sebastiano, sin tierra, sin hijos, sin mujer... íngrimo con su rancho; el pobre buey cansado de mi rancho que ya se echó en la noche para siempre!... (con gesto fatalista) ¡Una guerra se llevó todo!... (Se yergue un poco y su voz cambia como si hablara con alguien). ¡Y la Juana que me decía que la tuerce la endereza el hombre!...

¡La tuerce!... Yo también creí acabar con ella matando al dañino!... *(mueve la cabeza)*— pero erré el tiro! Pisé la muda y dejé viva la serpiente... *(de nuevo fatalista...)* ¡Nadie puede acabar con el Mal! *(Pausa. De pronto con furia, poniéndose de pie:)* ¡Pero lo maté a él! ¡El me trajo la tuerce! ¡El desgració mi pobreza! ¡Bandido!... ¡Se reía de la flaqueza, teniendo a Dios!... ¡Bien muerto estuvo!... *(Dá unos pasos. Se sienta. Y moviendo la cabeza dice con voz desilusionada:)* ¡Eso digo yo, pero erré el tiro! ¿Qué compuse con la sangre?... ¡Tener que huír de la justicia, arrastrar a la pobre Juana a esta inclemencia, para que se consumiera la pobrecita, para que muriera de necesidad, de pura tristeza en estos breñales!... Ah! mi Juana!... ¡Ella sí creyó en todo!... Creyó en los conservadores... Creyó en los liberales... Creyó en los yanquis. Porque era fantaseosa y alegre!... Ella sostenía el rancho con su estrella... *(Con la cabeza entre las manos mira el vacío. Recuerda. Pausa. Luego, como sacando una conclusión:)* ¡Fué la guerra la tuerce! *(poniéndose de pie, con los puños cerrados y en alto, clama su furia impotente contra la Noche:)* ¡Hijueputa guerra que acaba con lo que uno quiere y trae lo que uno maldice!... ¡Fué la Guerra la que trajo al abogado, la que trajo al yanqui, la que trajo la robadera y la matanza! ¡La Guerra fué la que se llevó a mi Pancho, mi mayor! La que se llevó a Margarito! La que se llevó a la Juana! *(Se deja caer sentado en la piedra y casi sollozando, termina:)* ¡La que se llevó a mi muchacha, Soledad... ¡lo que yo más quería!...

Oculta el rostro entre sus manos y llora en silencio. Pausa larga... Entra Soledad, de negro, envuelta en un rebozo negro. Cansada. Envejecida. Registra en silencio las sombras y al ver a su padre vuelve a ser, por momentos, la muchacha de otros días: ingenua, impulsiva, cariñosa. Corre a él.



SOLEDAD.— *Arrojándose a los pies de su padre:—*
¡Táta!... ¡Mi Tatita! ¡Yo lo creía perdido!

SEBASTIANO.— *Vuelve en sí, la mira con grandes ojos*
asombrados, y se levanta para abrazarla, mientras le dice lleno
de ternura:— ¡Soledad!... Mi lindita!

Se abrazan de pie, apretados, adoloridos y felices.

SEBASTIANO.— *Separando un poco a su hija para*
mirarla mientras con sus dos manos estrecha los dos brazos de
ella— ¡Casi no le creo a mis ojos!... ¿Volviste, pues, a tu vie-
jo?...

SOLEDAD.— *¿Dónde no los busqué, táta?... ¿Por*
dónde no anduve?... (mira a su alrededor...) ...¿Y mi má-
ma?...

SEBASTIANO.— *congelando su feliz sonrisa la mi-*
ra en silencio, baja la cabeza; se sienta— ¡La pobre!... ¡Se me
apagó como una candelita de cebo!... (Pausa. Desconsola-
do:) ¡Ya conoció la tierra tu madre!

SOLEDAD.— *que desde el primer silencio comprende,*
vuelve la cabeza —como que no quiere ver en su padre el re-
cuerdo de su madre— y llora calladamente.— Luego dice en-
tre lagrimas: — ¡Si me hubieras mandado a decir algo!

SEBASTIANO.— *con gesto de impotencia— ¿Y có-*
mo?... ¿Qué amigo le queda al que le cac la desgracia?...
(Cabisbajo...) ¡Si por vos maté!... ¡Iba como ciego, como
loco gritándote, hasta que la Juana me cogió de la cotona y
me arrastró a esconderme!... A huír!... ¡Cuántas noches,

cuántas!... ¡Y a quién le iba a decir nada? ¿No me anduvieron buscando mis propios vecinos?

SOLEDAD.— *sentándose cerca de él en otra piedra. Con voz consoladora:*— ¡Después ya no, tata! ¡Después supieron lo del yanqui!

SEBASTIANO.— *ardido*— ¡El te llevó!... ¡Te tuvo en el cuartel!... Se lo gritaron a la Juana los Potosme. Ella me lo dijo. *(Rabioso)* ¡Pero qué hacía yo con la fatalidad?!... ¡Desgraciado yanqui! *(Bronco)*

SOLEDAD.— *con odio:*— ¡Hizo lo que quiso conmigo! *(Silencio amargo. De pronto, en voz dura:)* ¡Pero Pedro Rojas lo matoneó!

SEBASTIANO.— *con gesto de sorpresa*— ¿Pedro Rojas?... *(Afirmado algo que hasta ahora acepta).* ¡Te quería a vos Pedro Rojas!

SOLEDAD.— *Afirma con la cabeza y exclama con desilusión:*— Lo matoneó porque lo había jurado!... Ahora anda huyendo. Le echaron todo el resguardo. ¡Pero no lo agarran!... Pedro conoce la montaña!

SEBASTIANO.— ¡Pedro Rojas!... *(Pausa. Reflexivo y otra vez fatalista:)* ¡Cuánta sangre ha corrido!...

SOLEDAD.— Y el pobre Pedro no sabe.... *(Llora de pronto cubriéndose el rostro con las manos...)* ¡Es horrible que un hijo venga sin que lo llame el cariño!...

SEBASTIANO.— *poniéndose de pie, abre los ojos*



como que ha oído algo inesperado e increíble y en una voz extraña y llena de perplejidad, exclama:— ¿Un hijo?... ¡Un hijo vos?!

SOLEDAD.— *que tenía el rostro cubierto con las manos, al oír la voz de su padre y verle de pie, con un rostro extraño, cree que está enfurecido o que va a hacerle algo. Con voz temerosa, casi desesperada, se encoge, levanta las manos en defensa y grita: — ¡No me toque, tata! ¡No se eche contra mí, que yo no tuve la culpa! ¡Yo no llamé al hijo, pero él vino porque me lo trajo la tuerce!... (viendo la cara de desconcierto de su padre, se yergue y puesta de pie dice con gesto terminante:) ¡Pero eso ya acabó! ¡¡Ya acabó la tuerce!! ¡Pedro Rojas le limpió su destino!*

SEBASTIANO.— *mirándola fijamente. Las lágrimas surcan sus mejillas. . . Luego, en voz resentida pero llena de ternura, le dice: — ¿Me decís eso a mí, Soledad? . . . ¿Y qué te voy a hacer, cuando sos mi única alegría, mi guitarra, el espejito de mis canas, mi lumbre. . . ? (la ha tomado de la mano y ella tiernamente arrecuesta la cabeza contra su pecho). ¿No le decía la niña sol cuando estaba chiquita y me despertaba junto con los gallos? (sonríe recordando. . . Volviéndola frente a sí, mientras sus manos la aprietan de los brazos. . .) Lo que pasa es que me has hecho mirar el mundo como si comenzara otra vez! . . . ¿Vos sabés lo que es un hijo? . . . Cuando ya el viejo Sebastiano creía que su estrella se había apagado, la ve salir otra vez. . . — ¡Tocame!! (Le coge la mano y se toca con ella el corazón). ¡Parece que me estuvieran ladrando dentro todos los perros del alba! . . . (Inspirándose. Señalando a lo lejos su sueño). ¡Es que ya veo venir al hombrecito. . . al último hijo del Sebastiano! . . . ¡Ese sí va a abrir los ojos! ¡Dejalo crecer, Soledad! . . . ¡Dejalo que se haga*

fuerte bajo el sol y venga con su machete a poner las cosas en su lugar!. . . ¡Ah!. . . Entonces sí, Petronio Hernández, vas a saber lo que es mi raza arando tras los bueyes!. . . Y vos, Pedro Potosme, borracho que te burlabas de mis achaques vas a ver a tu hijo dándole los buenos días a mi hijo!. . . Porque los va a juntar a todos, les va a sonar las campanas del cabildo: “¡a juntarse los pobres” va a decirles!. . . ¡Dejalo, Soledad. . . vas a ver a Ruperto Meza, a Juan Zeledón, a Goyo, a Pedro Pablo, siguiéndole los pasos, unidos todos con mi hijo, haciendo la tierra grande!!. . . Ya lo estoy viendo. . . Entonces sí que se acabaron los babosos que pelean por los de arriba!... “¡Aquí no hay más que cristianos trabajando la tierra de los pobres” ¡jay!. . . ¡Eso va a decirles tu hijo!. . . ¡Entonces, sí!. . . *(en el colmo del gozo:)* ¡Qué hubiera dado la Juana por verlo bajar al valle con su cutacha, gritando cosas nuevas!!

SOLEDAD.— *Después de una pausa bronca y exaltada:* — ¡El va a ser su venganza, táta!

SEBASTIANO.— *La mira como a una extraña. Surge algo nuevo y duro en su inteligencia que lo hace variar desde este momento e irse encerrando en sí mismo cada vez más como si acabara de morir y debiera enterrarse en su propio cuerpo. Rotundo:* — ¡No! *(cabisbajo. . .)* No le hagas caso al viejo. . .! ¡Estamos locos pensando en venganzas!! *(Sienta a Soledad en la piedra y se aleja, lúgubre, unos pasos. In promptu medio de espaldas:)* ¡Soledad!. . . ¿Sabes qué?. . . ¡Andate! *(voz dura)* ¡Debés irte! ¡Ya, sí! Ya!. . . No quiero prenderme más!

SOLEDAD.— *incrédula y casi burlesca*— ¡Está loco táta! ¡Qué dice!



SEBASTIANO.— *volviéndose a ella con idea de vencerla*— ¡No tengo derecho a cargar al muchacho con mi tuerce! Vos misma me lo dijiste: “ya Pedro Rojas le limpió su destino”!. . . ¡Volvete, hija!. . . Si se queda aquí va a ser el hijo del coyote, el hijo del tigre herido acosado por los tiradores! ¿Querés que siga la cosa? ¿Querés que nazca torcido? *(con gran ternura)* ¿Querés que se pierda todo lo que soñamos tu máma y yo en cada hijo perdido!. . . *(pausa breve)* ¡Llévate aunque se me parta el alma!. . . Que no conozca su historia, que no sepa nada, Soledad! Ya demasiado hemos peleado por odio. Hemos matado por hombres, por tierras, por hambre. Hasta por sueños hemos matado!. . . *(Sentándose en la piedra. . .)* Tal vez un niño nos salve. . . ¡Un niño!. . . ¡Un niño!. . . *(termina en un susurro como si la voz se le hiciera caricia)*.

SOLEDAD.— *Le mira incomprensiva pero triste y le dice con ternura (pausa)*: —Táta: Qué es lo que está diciendo?. . . ¿Cómo se va a quedar solo?

SEBASTIANO.— No me quedo solo, hija! ¡No me quedo solo! El soy yo. . . ¿no me oíste?. . . El hombre no acaba! Pero él es un niño, un niño limpio, y yo soy un viejo. Un viejo lleno de sangre! *(Con otra voz, poética, profética:)* ¡Los viejos se quedan sentados a la orilla del mundo! ¡Los indios esperan, Soledad!

SOLEDAD.— *Se ha levantado, tras una pausa, y se acerca al Sebastiano semiarrodillándose a su lado para decirle*: — ¡No hable así táta! ¡No diga locuras! *(El Sebastiano reacciona poniendo distancia entre él y ella, levantándose. Soledad, ocupa la piedra y sigue hablando con más fuerza:)* ¡Nadie espera nada!. . . ¡Vámonos para otra tierra! En otra tie-



rra hay otros hombres y allí no lo conocen!

SEBASTIANO.— *Deteniendo la voz de Soledad con la mano y poniendo el oído en algo lejano. Nervioso. . . Imponer silencio:* — ¡Shsst! *(Escucha. Pausa. Luego en voz baja y honda:)* ¿No oís nada?. . . ¡Tengo tanto tiempo de no hablar que me parece que nos están oyendo desde allá abajo!. . . *(Se vuelve a ella de pronto y con gesto impaciente ordena:)* ¡Andate, Soledad!. . . ¡Volvete a tu rancho! ¡Esta no es vida para un inocente!

SOLEDAD.— *Renuente e incomprensiva. Con plantación de niña:* — ¡Pues, no!. . . Mi hijo se queda aquí! Porque es suyo y tiene que correr su suerte!

SEBASTIANO.— ¿Mi suerte? Que no me ves arruinado y. . . temeroso? ¡Loca! *(con furia)* ¡Estás loca? *(Extiende el brazo, terminante; grita:)* ¡Andate ya!

SOLEDAD.— *le mira como asustada, como queriendo medir la decisión que respalda su orden. Con voz débil y de muchachita, que hiere a Sebastiano:* — ¿Quiere desprenderse de mí?

SEBASTIANO.— *contradictorio. Dá la espalda ocultando su lucha. . .* ¡Sí. . . Eso quiero!

SOLEDAD.— *con la voz llena de llanto—* ¿Me corre, pues?

SEBASTIANO.— *luchando siempre consigo mismo—* No, pero andate! ¡Andate ya! ¡Ya viene el alba!



SOLEDAD.— *Llorando, pasando del resentimiento a la indignación— ¡Me corre!. . . ¡Si yo se lo ví en la cara: me corre porque le traigo un hijo del yanqui!. . . ¡No lo quiere! (llora con la cabeza oculta entre las manos).*

SEBASTIANO.— *Volviéndose hacia ella porque no soporta su dolor, pero se refrena cuando ella levanta la cabeza. Vuelve a darle la espalda.*

SOLEDAD.— *Prosiguiendo —increscendo— su llanto y su indignación:— ¡Quiere que me vaya!. . . ¡Prefiere quedarse con la muerte a tener al muchacho ajeno!. . . ¡Pero es su sangre! ¡Es su hijo aunque no lo quiera!*

SEBASTIANO.— *Imponiéndose desesperadamente, grita de espaldas:— ¡Andate!*

SOLEDAD.— *Llora, grita con llanto y malacrianza:— ¡No querés a tu hija! (Llora). ¡No la querés aunque le digás ternuras! (Se levanta gimiendo).*

SEBASTIANO.— *conteniéndose apenas. Saca una voz que casi lo traiciona— ¡Andate! ¡Andate pronto! ¡Ya viene el alba!*

SOLEDAD.— *suelta el llanto sin límite y comienza a retirarse. Da un paso. Se contrae en sollozos.*

SEBASTIANO.— *La mira. Una fuerza tremenda y dolorosa lo empuja hacia ella, pero se refrena y vuelve sus ojos a la sombra, en tensión, como una estatua.*

SOLEDAD.— *Se detiene un momento, mira hacia su*



padre esperando que rectifique, pero al verlo inmóvil, llora de nuevo y va saliendo, hacia el fondo, lentamente entre sollozos. A medida que ella avanza, la aurora comienza a nacer iluminando débil y lentamente la montaña. Ritmo lentísimo.

Sale al fondo, por la derecha.

SEBASTIANO.— ¡Dios mío!. . . ¡Por fin pude! (Se agarra el corazón lleno de dolor y se deja caer sentado en la piedra. . .)

Ahora sí va a nacer un hombre nuevo. . . Ahora sí!. . .

Parece que va a caer sobre sí mismo cuando baja el

Telón

cuentos

Vuelva, Güegüence, vuelva!



Cuando Pablo Antonio Cuadra publicó, por primera vez en Nicaragua –en los Cuadernos del Taller San Lucas (no. 1-1942)– el original de “El GUEGUENCE o MACHO RATON”, escribió el primer borrador de este cuento. El escrito se extravió por años. En 1970 lo publicó en el No.11 de “El Pez y la Serpiente”. En su presentación la revista decía:

“El autor toma un personaje ya elaborado por nuestra literatura en el siglo XVI –El Güegüense, primer personaje de nuestro teatro popular– y lo coloca en nuestro tiempo contrastando así, más violentamente, el desajuste típico del subdesarrollo, que es el de una gran masa marginada, obligada a vivir en el pasado, y un grupo minoritario y privilegiado que vive el presente. Venir de un pueblo del interior a la capital, resulta entonces, efectivamente, venir del tiempo pasado.

Pero el Güegüence es también –desde sus orígenes– un personaje que antagoniza con el Poder. El ingenio, la burla, la mentira, la ironía fueron sus armas frente al Gobernador Tastuanes. El autor vuelve a colocar a los contrincantes frente a frente, pero en los tiempos actuales la lucha es demasiado desigual. Lo cómico solo sirve para agravar la angustia del choque. Un telegrama (una vana promesa ¿no consiste en eso la demagogia del Poder?) arranca al Güegüence y a su familia de su medio y los arroja a un callejón sin salida. A nuestro héroe le es imposible cruzar el umbral.

Otro personaje de la vieja comedia colonial, el “Machoración” reaparece en esta novela junto con su amo, significando, aparentemente la relación “hombre-naturaleza”, vital para el hombre rural pero que la ciudad destruye. El noble mulo (orgu-



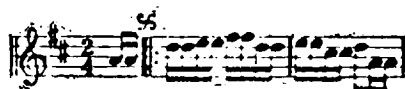
llo poblano del Güegüence) desechado por la ciudad, se refugia en el subconsciente o en el sueño del protagonista: es su último amigo para el diálogo.

El autor toma la vieja lengua del Güegüence —fuente del habla nicaragüense— la reelabora poéticamente y estructura con ella —golpeándola contra el cemento de la ciudad— una nueva picaresca, dolorosa, amarga y derrotada.

Cada parte de este relato lleva como epígrafe una parte musical de la antigua comedia del Güegüence. En cada parte del relato la prosa lleva un ritmo distinto. Es un relato-bailete.

I

(EL TELEGRAMA)



El telegrama pasó de mano en mano, leído, comentado, repetido, gritado de vecino a vecino, de casa a casa, de calle a calle, de solar a solar. El Güegüense lo recibió muy de mañana y tardó bastante en deletrearlo después de dar las gracias al mensajero y de cerrar la puerta para que nadie fuera testigo de sus esfuerzos. —“*Qué dice aquí muchacho?*”—preguntó a Ambrosio, su entenado. (Ya lo había leído pero necesitaba comenzar a transmitir su gozo). Entonces la Golondra, su mujer, se lo arrebató, impaciente y leído por ella salió el papel al vecindario: lo vio el Alcalde, el Comandante, el Cura. Y comenzaron los curiosos a preguntar, los vecinos a llegar y los amigos —pues ya todos eran amigos— a festejar la noticia. Bajaron los del lado del Cementerio. Vieron la estrella del cohete. —“*Qué se tendrán por la plaza?*”, dijeron. Y subieron también los del lado del Rastro. —“*Vamos?*”, se preguntaron unos a otros, y unos a otros se dijeron: “*Vamos*”. Otros cohetes y el rumor de la gente que subía entre las huertas y las calles animó también a los del Trillo. Unos venían emparejados y adelante los muchachos corriendo. Otros en grupos. Y cuando contaban del telegrama daban gritos o se decían: “*Parabienes al Güegüence!*” Y los Ñurindas compraron triquitraques en la esquina de la Chavela. Los Potosme trajeron su marimba. Eustaquio su guitarra. Iban todos llegando. Unos tímidos y dando rodeos para no descubrir desde la entrada su curiosidad; otros con la pregunta gri-



tona y a boca de jarro, o quedándose a la puerta en platicaderas y risas, o saludando a voz en cuello: “*Ideay, Güegüence! Hola, Güegüence!*” y bebiendo, y tomando “*A la salud!*” y escupiendo y borrando la escupida con el pie. Los más jóvenes escapaban al estanco por más aguardiente. Las mujeres se hablaron y acarrearón comida. Se arreglaron mesas. Se enjuagaron jícara y vasos y fue llenándose de taburetes y de bancos la calle y de guitarras y de cantos y de perros que ladraban y corrían y de niños que hacían también su fiesta rodeando de gritos las conversaciones simultáneas de las mujeres y los diálogos de los viejos, mientras el Güegüence entraba y salía, saludaba, bebía a veces pero poco, o se hacía el sordo o no oía, o regañaba al hijo, a Forsico y más al entonado, al mentado Ambrosio —a quien tres veces encontró bebiendo un trago doble de aguardiente detrás de la puerta— o atendía, de preferencia, a las muchachas, aceptando todas las consecuencias del telegrama: honores, felicitaciones, abrazos. Y sentirse sobre el Alcalde, sobre el Comandante, sobre el Cura. Y oír que decían: “*la fiesta del Güegüence*”, la “*suerte del Güegüence*”, y que los borrachos gritaban “*Viva el Güegüence*” Y poder hablar de él, hablar con tanta gente pendiente, creyente, correligionaria, colgada de sus labios. Contarles de él. De sus mazorcas que eran las más grandes del pueblo. De su arrozal que daba más arroz que el arrozal de don Camilo. De su macho —el famoso macho-ratón— que no encontró par en las fiestas de Santa Ana. De su viaje a Veracruz. De su viaje a Verapaz. Y repetía sus historias. Y unos decían que ese cuento ya lo contaba su padre y otros —los más viejos— que también lo contaba su abuelo, porque el Güegüence era hijo y nieto de Güegüences, pero hacía suyo todo lo que estaba en su memoria o en su imaginación y los muchachos y muchachas lo rodeaban para oírle cuando “*venía por una calle derecha y columbró una niña que estaba sentada en una ven-*

tana de oro. Y ella que le dice: “*Qué galán, el Güegüence! Qué bizarro, el Güegüence! Aquí tienes bodega, Güegüence! Entra, Güegüence! Siéntate, Güegüence! Aquí hay dulce, aquí hay limón. Güegüence!*” Pero Ambrosio, el entonado, interrumpe: “*Que mentiras las de mi tatita!*” Y el Güegüence hubiera respondido al muchacho con sapos y culebras si no entra Forsico con el telegrama roto, sudado, gastado y manoscado y se arma el escándalo y los gritos: —*Quién lo puso así?*— Ya arruinaron el papel! Ya le borraron las letras! —Y el Alcalde: — “*Eso sí que no, Güegüence! Hay que ir al telégrafo.*” Y el Comandante: “*Este telegrama no se pierde!*” Y salieron unos y se agregaron otros a golpear la puerta del telegrafista para que repitiera el telegrama: con la misma letra, con la misma tinta, mientras docenas de ojos vigilaban con la respiración contenida la pluma temblorosa y desusada carraspeando sobre el papel.

Cuando volvieron con el telegrama renovado, comendándolo otra vez, dándole de nuevo su importancia y sacándole las conclusiones, el baile apisonaba la calle a la luz de las buenas tardes. Le gritaron entonces al Güegüence palabras alegres y la Golondra, su mujer, que repartía, junto con otras mujeres, pan dulce y rosquillas al gentío, se le acercó para recordarle que ella le había dado la idea de poner el telegrama al Compadre, que si no hubiera sido por ella ni pone el telegrama ni recibe la contestación y que tenía que seguir hablándole, porque, como decía todo el pueblo, si no se aprovechaba ahora no tenía cuando. Y esto inquietó al Güegüence y se echó un trago doble de aguardiente buscando luego al Alcalde para hablar de otra cosa, aunque nadie hablaba más que del telegrama y unos a su modo y otros al suyo, entre baile y baile, entre canto y canto, entre trago y trago, le proponían o le recomendaban o le aconsejaban lo que ya sa-



bía que le iba a decir la Golondra, su mujer, cosa que le gustaba y le disgustaba y que, por lo mismo, le producía desasosiego y angustia y por las dudas se echaba otro trago y otro y otro hasta que, pasada la media noche, Forsico y Ambrosio y tal vez el Alcalde y talvez hasta el Cura y el Comandante lo llevaron a su tapesco, lo desvistieron, lo acostaron, hablaron, y él se dio vuelta y . . . allí estaba el Macho-ratón — ¡vea qué cosa!— su amigo el Macho-ratón!...

MACHO-RATON.— ¡Qué juma!, amigo Güegüence!

GUEGUENCE.— Déjeme, amigo Macho-ratón!

MACHO-RATON.— Déjeme, dónde?

GUEGUENCE.— Donde el conde que me monde.

MACHO-RATON.— Lindo paraje.

GUEGUENCE.— Hijo mío, Macho-ratón: suspenda la ronda en el paraje!

MACHO-RATON.— ¿Ronda, Güegüence? ¡La cabeza que te da vueltas!

GUEGUENCE.— ¡Suspéndase música, bailes, cantos, danzas, sonos, mudanzas, que habla el Güegüence en el Cabillo Real! . . .

MACHO-RATON.— ¡Ah, puta juma!

GUEGUENCE.— ¡Ah, qué congoja, amigo Macho-ratón!

MACHO-RATON.— Cuando ven macho amarrado a todos se les antoja viaje.

GUEGUENCE.— Dice el dicho.

MACHO-RATON.— Pues, por qué dar brincos estando el suelo parejo? ¡Al viaje, Güegüence!

GUEGUENCE.— Nadie ha correteado más que yo! Por dónde no, Macho-ratón? Por los Diriomos, por los Sutiavas, por esas tierras adentro, arreando mi récua, guiando a mis muchachos, comiendo y descargando y vuelta a cargar, pero siempre de paso.

MACHO-RATON.— ¡Si habrá vida aquí, amigo Güegüence! Centaveando! Jodiéndose! A puro sudor cada bocado! Y dígame a mí, con garrapatas en las patas, patacones en los cojones, mazates arriba, pulgas abajo! . . . Pruebe fortuna, Güegüence!

GUEGUENCE.— ¿No te duele dejar?

MACHO-RATON.— No me duelen prendas, Güegüence! Quien nada tiene, nada pierde!

GUEGUENCE.— ¡Ah, qué sentimiento! Dejar en su nidito la torcaz! Dejar la gongolona, la poponé, la totonaca, la urraca, el zenzontle, el güis, el sisitote . . . ¿Quién es el Güegüence? ¡Lo que oye el Güegüence!

MACHO-RATON.— Lo que oye el Güegüense: regaños de la Golondra, pleitos del hijo, malacrianzas del entenado, cobros del Alcalde, impuestos del Comandante, consejos del



Cura, regateos del compadre, gritos del vecino . . . ! ¡Al meado y al bote, Güegüence!

GUEGUENCE.— Ah, Macho ingrato! ¿Acaso digo sólo lo que oigo? Lo que oigo y veo me hacen! Si la laguna, lagunero. Si la sabana, sabanero. Si la montaña, montañero. Y por el ala del sombrero se conoce al iguanero. ¿Quién es el Güegüense? Lo que vive el Güegüence. El camino a la laguna. El adiós del compadre. La voz de la muchacha. El volido del gurrión. La leche de la luna. El coleo del perro. El madero del jicote. La sombra del guayacán. La seña del elequeme. El olor del nance. La flor del jilinjoché . . . Ah, mi tierra! Mi guapinol, mi potrero, mi guayaba, mi limón, mi naranjo, mi pital . . .

MACHO-RATON.— Pues, alzen, muchachos! Miren cuánta hermosura! Cajonería de oro, cajonería de plata, güipil de pecho, güipil de pluma, medias de seda, zapatos de oro, sombrero de castor, estriberos de plata! Cantidad de hermosura! Ofrézcame la estrella de la mañana que relumbra al otro lado del mar!

GUEGUENCE.— Pues bien está el pájaro en su nido!

MACHO-RATON.— Pues al pobre el sol se lo come!

GUEGUENCE.— Pues la ambición rompe el saco.

MACHO-RATON.— Pues a dónde tela si no hay araña?

GUEGUENCE.— Pues más vale pájaro en mano que cien volando.

MACHO-RATON.— Pues por bien estar, poco es mucho andar.

GUEGUENCE.— Pues quien mucho abarca, poco aprieta.

MACHO-RATON.— Pues quien busca, encuentra.

GUEGUENCE.— Pues cuando un pobre se haya un caite, es sin coyunda.

MACHO-RATON.— Pues el que madrugó un taleguito se halló.

GUEGUENCE.— Pues más madrugó el que lo perdió.

MACHO-RATON.— Pues quien tiene plata plastica, y por la plata baila el perro y la buena cena con plata se cocina y en sonando la moneda se llena la bodega. ¡Ah, Güegüence: no hay más tren que el que pita, ni más jabón que el que echa espuma! Tin la moneda, tin riqueza, tin hermosura, tin belleza, tin la muchacha, tin la putita, tin la mochonga, tin la petaca . . .

GUEGUENCE.— ¡So!! Macho hambriento! Macho chiclán! Macho tiñoso! Moto! Trotón! Maneto! Coyote! Chapín! Curcucho! Lunanco! Zonto! Cabresto! Pelado! Pechuza! Pinche!

Cuando abrió los ojos —con una rueda de saliva sobre la almohada— ya los muchachos, Ambrosio y Forsico, rajaban leña en el patio y hablaban de él —“Buena mona” decía el entenado mirándolo de reojo con su mala sonrisa—. El Güe-



güence se sentó en el tapesco y los vio reirse y secretiarse al pie del palo de mamón donde los zanates revoloteaban y chillaban a cada golpe de hacha, mientras sentía que la cabeza se le encendía como una bola de fuego.

Estaba sirviéndose agua de la tinaja, cuando la Golondra, que soplabla las brasas de la cocina con un sombrero viejo, se le fue directa al asunto.

GOLONDRAS.— No hubo uno del pueblo que no me hablara ayer del viaje!

GÜEÜENCE.— No me he ni enjuagado la boca y ya me venís con problemas!

Y allí se trenzó la discusión. La Golondra que sí. El Güegüence que no. Ella, que debía de hacerse el viaje. El, que no debía de hacerse, que era locura. Y la Golondra: Que hay que probar fortuna, que sin merced del grande el pobre no sube. Y el Güegüence: que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena, cuando —*tan! tan!*— sonó la puerta y el Güegüence malhumorado: “*Ya va!*”! —dijo desde dentro y se fue a abrir y al abrir —*¡ay mamita!*— se le fue la sangre a los pies: —*¡Qué ocurrencia!!!* (le habló bajito, soplando las sílabas como si estuvieran calientes) *¿Cómo te aparecés aquí, Bululita?*

Y la vocecita de ella:

—Le vengo a decir, Güegüence, que ya me sembró un hijo.

—Shssssh! (Volvió a ver de reojo, hacia el interior de

la casa) ¡Callate! qué lugar y qué horas para venirme con eso!

Y ella retobada:

—Le digo lo que le digo.

—Pues ya te oí. Ya lo supe. Ahora regresate que ahí te llevo a ver. Todo se arregla, Bululita, todo!

—Ya le he dicho que no me diga Bululita. Tula me llamo. No me apode.

La palmoteó. —Si, Tulita, si, si, todo se arregla, anda— miró hacia adentro otra vez, rápido, sonrió, cerró la puerta. —¿Pues qué me decías?— preguntó obsequioso al volver. Y la Golondra que estaba en sus trece hablando a gritos con los hijos ni le vio la cara de zorro.

—Vení, muchacho! —le dice a Ambrosio,— decile a tu tata, decile lo que dice todo el pueblo, ya que no me cree.

—Si, tata. Todos dicen que es tu hora.

—Hora de qué, muchacho sonso?

El entenado rezongó malas palabras pero la Golondra no estaba dispuesta a perder la batalla.

—¡Si sos mal padre! (y tirándolo de la camisa echó al ruedo a Forsico) —¿También a tu hijo le vas a cerrar las puertas?

—Y yo por qué? Qué puertas cierro?



— Qué no tenían amores Forsico y la Suchita?

(La Suche era la hija del compadre)

—Si, tata, bien me quería,— dijo el muchacho.

—Ajá, y con esa cara de mosca muerta!

Y la Golondra alzando los brazos:

—¿Y si ella vuelve a sus ayeres? ¡Un viejo amor con sólo soplarlo se enciende!

—Amores!— dijo el Güegüence, burlón.

Pero ya iba cuesta abajo.



II

(EL LABERINTO)



Ahora sí estaba afligido. Porque creyó que esa calle llevaba a la casa grande donde había visto un rótulo grande VOTE POR y el retrato pero llevaba a otra esquina de puertas verdes que no había visto y todas las cuentas le salían mal o las señas estaban equivocadas y entonces mejor volverse para contar otra vez desde el principio o dar la vuelta a la manzana y dobló en la esquina y volvió a doblar en la otra esquina pero en vez de salir a la calle por donde venía salió a otra más larga y más ancha y allí sí que nada conocía pero ni dónde era el norte y se detuvo y buscó el sol y por la sombra le pareció que salía por la derecha pero él venía andando por el lado de la sombra y debía estar caminando al contrario y dio la vuelta y sigo recto porque en una esquina o en otra tengo que ver a la derecha (y movió la mano derecha para asegurarse) la casa grande con el rótulo VOTE POR y el retrato pero pasó una esquina y pasó otra y dos más y todavía otra y la casa grande no se divisaba ni a la derecha ni a la izquierda (aunque a la izquierda no podía ser porque le dijeron a la derecha) y ahora la casa grande ya ni le parecía grande comparada con estas que estaba viendo y que no conocía y que no había visto nunca y lo que más le afligía es que el hombre aquel le había dicho que a las diez en punto y por su sombra que ya la venía pisando estaba más cerca del hambre que de las ganas de caminar y el pie derecho que le dolía por los zapatos nuevos se lo dije a la Golondra estos zapatos me



quedan estrechos pero preguntando se llega a Roma y buscó una cara amable pero nadie le daba la cara y todos pasaban a su lado como perseguidos y nada de casa ni por asomo y entre más andaba menos conocía y si preguntaba qué podía preguntar cuando de puro torpe no había pedido nombres sino que se la dieron con números —tres cuadras al norte y cuatro al oriente— y las casas sin bautismo pero se acordó que era una oficina de puertas rojas frente a la casa grande y VOTE POR y el retrato y detuvo al señor que pasaba con el cartapacio y buena catadura y se quitó el sombrero y le preguntó: —perdone el atrevimiento— si conocía la oficina que quedaba enfrente de una casa grande con un rótulo grande VOTE POR y el retrato. *Y cómo la casa?* —Pues así como de puertas rojas —*Y en qué sitio?*— Pues no puse mucho cuidado. —*Pues ya va a llegar*— le dijo el otro con sorna y ahora sí estaba afligido porque antes estaba seguro que la casa era de puertas verdes y ahora había dicho que eran rojas y tal vez eran rojas porque no se puso a aprendérselas de memoria sino que estuvo conversando con la mujer que vendía frutas en la acera y la mujer le dijo que allí enseñara el telegrama y lo enseñó y lo saludaron y lo hicieron pasar donde otro señor que atendía a mucha gente, Ah! pero si esta esquina la conozco! aquí fue donde atravesé para coger aquella calle —y allá como que está VOTE POR y el retrato —y atravesó la calle— “oiga! oiga!” —le gritó el policía y vio que la andanada de automóviles se le venía encima y zas! saltó como en sus buenos tiempos (Putá! qué susto!) y oyó el patinazo de las ruedas y el chofer sacó la cabeza por la ventanilla y le mentó la madre y la otra señora del otro automóvil —“*Viejo loco*”— Pero esta es la calle dijo todavía asustado y esperó para atravesarla, receloso, mirando a todas partes —“*Pase, pase ahora es cuando*”— le gritó el policía y allí, en la otra acera, el muchacho malcriado: —“*Viejito, póngase anteojos!*”— pero tomó su derecha — a

palabras necias oídos sordos — y miró si iba por buen camino y qué engaño el del ojo, dónde estaba la casa? qué casa ni qué niño muerto! Pero si le pareció que sí, pero no! —“*Perdone!*”— le dijeron y dos hombres cargando un vidrio lo apartaron y se vio en el vidrio y no estaban mal los zapatos, pero el dedo del pie seguía gimiendo y llorando y yo creo que si no lo tengo degollado poco le falta —“*Pero fíjese!*”— y tras la palabra el codazo de la señora gorda, y la otra también, la flaca agresiva, y ya no podía ver ni poner atención en las casas porque unos a la derecha, otros a la izquierda lo apartaban, lo volaban y todos tenían prisa por lo visto, pero las casas, ni ésta, ni la otra, ni aquella, ni con letrero grande ni con letrero pequeño y ya no alcanzaba en la acera porque unos venían con canastos, otros iban con compras, unos con bolsas, otros con mal humor —“*Apártese!*” — “*Lugarcito!*” — y aquel empujaba y la mujer — “*Lotería, Lotería!*” y el ciego — “*Una limosna para el cieguito!*” — y la baraúnda de caras y gestos y palabras y gritos y sombreros y cabezas y pies que andaban y pies que tropezaban y pies que pisaban y adiós zapatos nuevos (ay, mi dedo!) y risas y putazos y verbos y gritos y silbidos y olores y malolores de alacena, de botica, de basura, de cloaca, de cocina, de hortaliza, de especies, de jarabes, de verduras, de plumas de pollo, de agua represa, de sudores, de cebolla, y vocinas y ofertas y gritos, y “*Cómpreme! Cómpreme! Cómpreme!*”.

— ¡Compadrito!

El Güegüence se volvió pero no era con él.

Se quitó el sombrero. Se limpió el sudor.

— ¡Señora! — dijo a la vendedora.



— ¿Los quiere al peso o por docena?

— ¿Qué mercado es éste?

Se le acercó un hombrecito sucio.

— ¿Trae quesos, marchante?

— Señora! — repitió. Pero hablaban varios preguntando precios, pidiendo rebaja. — Déme de aquellos! — No, de los otros! — Y éstos, a cuánto? — Y lo apartaban.

— Señora!, pero ni le oía.

Si estos son mis lenguajes asonesepa negualigua. Pero estaba un carretonero sentado en su carretón, comiendo carne frita en una hoja de plátano. Terminó de tragar el bocado, espantó una mosca, se rascó la cabeza.

— ¿Qué es lo que busca, señor? Esas mujeres son malcriadas y no favorecen a alma nacida! Y el Güegüence lo miró:

— Unas señas! — dijo mientras lo calaba. Y el otro: — ¿No gusta compartir? — y le extendió la hoja con carne — Viera, que no, gracias. Ando prisa — y le explicó su enredo. El carretonero volvió a rascarse la cabeza. — ¿Quiere ver el telegrama? — Se encogió de hombros — “Por verlo” — se rió — “No le dentro a la letra” — “Pero eso debe ser en...” — Volvió a rascarse. — “Cómo era el hombre?” — El Güegüence abrió las manos: — Grueso. De anteojos. Un señor respetable. — “Ah, pues si!” “Es en el Distrito! Coja aquí, recto, recto hasta un parque, lo cruza y frente, como quien va

al poniente, va a ver el edificio”. — “El qué?” — “La casa grande, vaya! No se entuma. Entre. Allí tiene que scr. Enseñe el papel. Ese telegrama es una llave de oro”.

Dio las gracias, atravesó la calle. En la esquina, ante la mirada del carretonero, preguntó de nuevo a gritos. — ¿Recto, recto?

— ¡Recto, recto!

Ojalá! dijo, apurando el paso. Otra vez el gentío. Pero recto, Güegüence. Y otra vez andar y el pie que le daba gritos y un tropezón aquí y un codazo allá, pero aprisa Güegüence! Abajáte! Súbete! Sigue el hilo. A lo mejor llegás a tiempo antes que te cierren la puerta. Porque ya tenía ocho días de andar de Herodes a Pilatos queriendo ver al Compadre y unos le decían: “Claro que sí” y otros “mañana es seguro” hasta que su amigo, Chiricano, (el marido de la Brígida) le presentó a la Golondra un abogado y la Golondra que tiene labia se palabreó con el Abogado y quedó en un quedar: que llegara el Güegüence con el telegrama, que todo estaba hecho. Y allá va el Güegüence con el telegrama y le dice: “*Esto, se arregla ya, Güegüence*” y le da una carta para el Ministro. Y allá va el Güegüence para donde el Ministro, pero el Ministro está ocupado y que “*vuelva mañana*” y vuelve mañana y otra vez ocupado y que vuelva y vuelvo y nada y le pregunto cuándo y la Golondra a cada atraso una gritadera: “*Que sos inútil, que no servís para nada, con esta classe de hombres no se llega a ninguna parte*” y vuelta a la audiencia y espera que te espera hasta que el secretario del Ministro le da un papel y ahora — jodido! — pero qué pie para dolerme! — ahora sí, allí está el parque, pero dónde la casa? Al poniente dijo. ¡Ay Dios mío! Al buen día ábrele la puerta porque el malo



solo se dentra! ¡Esa no es la casa ni cosa parecida! Ahora sí que me llevó la mierda! Este es el puro castigo. Ni pensarlo quería. Purito castigo de Dios. Que te pase por tunante, Güegüence! Dañar a la muchacha y allí dejarla con el siembrito, como gatito moto. Buena hora para ternuras! Como si todos no lo hacen! Todos lo hacen! Pero vos, viejo, con una muchacha tan doncella. Pero si se me puso al hilo! Si, cómo no! al hilo! tiempo tenías de venirla asediando! Por eso ahora todo te sale torcido! Resopló angustiado. Ahora sí estaba afligido. Ahora quería comunicarse. Hablar, gritar. Oiga, amigo! A la puta! Cómo salgo de este enredo? Pero con la primera tenía. En boca cerrada no entran moscas. Aquellos muchachos tan gentiles que parecían, la que le hicieron el primer día! Que por favor le cambie el billete, que cuéntelo bien, que esto y lo otro y que la calle es ésta y que por aquí y cuando se dio cuenta se le habían robado cincuenta pesos. Y el policía se lo dijo *“Debe tener malicia. De lejos se le ve que es fuerano”* Pero si se quedaba allí se iba a hacer piedra. Ya no le importaba dar con la casa, ni con el Ministro, ni con el compadre — que se los lleve Judas a todos! — ¡Ah, chocho! cómo me duele el pie! — sino volver a la casa, dar con la casa de la Brígida donde posaba. Le pareció que tomando esa calle, al oriente, llegaría. Iba renqueando. Atravesó la plaza con el sol a plomo. Cerró los párpados y vio verde. Ya me imagino a la Golondra cuando vuelva. La gritadera de la Golondra: *dónde están tus pantalones? Para qué tus tres dedos de frente?* (como ella no es la que se mete en estos berenjenales) y la Brígida, la paisana Brígida, metiendo las narices en todo. Cuando llegaron y le enseñaron el telegrama allí fueron los abrazos y las memorias: — *¡Como voy a olvidarme de mis paisanos? Mi casa es su casa, mi mesa, su mesa, mi cama su cama!* Y los llevó a su aposento y abrazos y zalamerías y *“sus cosas en mi ropero y su*

ropa en mis baúles” y hágale con la casa! día y noche era un hormiguero en tiempo de lluvia llena de mujeres atareadas, de policías, de criaditas y de presos porque la Brígida tenía el negocio (la exclusiva, decía ella) de vender a la Penitenciería la comida de los presos y en el negocio tenía su parte el Alcaide y toda la casa era cocina y donde no era cocina era despensa y donde no era despensa era pulpería y junto a la cama se apilaban los sacos de arroz y de frijoles y latas por aquí y cajones y botellas por allá y en las paredes colgaban las ristras de cebollas o las canastas de chiltomas y las pailas y las porras y corrían los ratones y las cucarachas y para acostarse había que apartar los peroles y sartenes y comales y donde no se cocinaba allí habían mujeres haciendo atole o moliendo maíz o nezquizando y la que no estaba comiendo, pellizcaba y donde no entraba el humo entraban los olores a comida que hasta estragaban el estómago y donde uno se sentaba allí estorbaba — *“por favorcito, déjeme sacar una botella de manteca”* — *“Don-como-se-llama hágase un tantito allá para abrir este saco”* — y si estaba durmiendo, debajo de la cama estaba el perol que necesitaban y si se iba al solar a cumplir con las necesarias, allí llegaba la criadita y se reía en su cara cuando lo veía con los pantalones bajos — *“Perdone, señor, porque se está cagando sobre la leña”* — pero como los días pasaban ya la Brígida no estaba con la sonrisa de antes enseñando el diente de oro sino que salía con impertinencias y comenzaban las indirectas: *que la vida estaba cara, que los víveres por las nubes*, y él, entonces: *“Cóbrenos, paisana!”* *“Cóbrenos; al Güegüence no le duelen prendas”* y la Golondra le retorció los ojos y por la noche contra la oreja le ronroneó furiosa que la tal paisana Brígida era una sinvergüenza, que quería hacer negocio con ellos y que ya le había hecho cuentas flojas con el dinero que le dio a guardar en el ropero y que en el tal negocio de la comida mantenía a los presos a ración



de hambre y los pobres hombres ni quejarse podían porque la Brígida no era socia sino querida del Alcaide y el tal Chiricano, su marido, un cabrón bien hecho y sólo soportaba seguir allí porque no había más remedio pero el Güegüence era el culpable porque nada hacía y era un jugado de cegua y un dejado que no hacía valer su telegrama que era una llave de oro . . .

Llave de oro! — dijo el Güegüence pensando en el carretonero — en buena jaula me encierren por creer en llave de oro! Bien está la puerta en su quicio y el hombre en su oficio. Y otra vez la cara de la Bululita. Ah, qué remordimiento! Y ella: “*Supe que se va*” Y él: “pero no es cierto Tuli-ta, son decires” Y ella: “*lo supe, Güegüence, no me engañe*”. Ese es mi castigo, viejo sin entrañas! Y el pie que le echaba chispas. Y el sol hasta que centelleaba como un diablo amarillo. Y ni un alero.

— ¡Qué solazo! — resopló. Y se acordó de su animal. Porque también su pobre macho se estaba escurriendo día a día, botando pelo, sobándose de los hijares, legañoso y afligido. Si pasaban más días un cacaste iba a ser el regalo para su Compradre! Ciudad desalmada: ni alero para el viandante, ni agua para el sediento, ni hierba para el jumento! Válgame, San Miguel que venció al dragón, no se me enciendan los sesos con este fuego! Y esa es otra en la cuenta: el pobre Macho-ratón también de la seca a la meca. Con las aflixiones que pasaron cuando vinieron a la ciudad, ellos por tren y Ambrosio en el macho! Tres días y Ambrosio que no llegaba y la Golondra comiéndose las uñas: *a lo mejor han asaltado al muchacho en el camino!* Y él: *Eso nunca* — lo digo y lo sostengo — *a ese macho nadie le levanta la mano!* Una vez que yo iba por el camino de Rivas, bajando a Toco,



un mi enemigo saltó del breñal y quiso afianzar al macho de la cabezada . . . Ah, qué macho! Zas! saltó más diestro que un venado! Pero con gente torpe como Ambrosio no hay nobleza! Cómo lo trajo el muy desalmado! trasijado, embarado, chagüiteado, casi muerto! Cómo le metió las espuelas! Se me atravesó un torozón en la garganta; mi pobre animal, tanto tiempo amigos, tanto camino andado! Y apenas lo estaba bañando, amarrado al poste, el policía con su malacrianza hablando de multa. Y lo meto al patio de la Brígida y la mujer que se enciende: *“Cómo vamos a tener ese animal allí, incomodando a la clientela cagándose en la comida? Para que quiere ese macho viejo su compadre?”* Y yo — mejor que me toquen a la mujer — cómo que para qué? No sabré yo lo que aprecia mi compadre este animal? No sabe que mi compadre siempre me decía: “Si algún día lo vende, es mío, Güegüence”. Que no ve la línea? No sabe que es una seda? Porque ella nunca me vio entrar en las ferias, pasitrotero, recogido y galano — traca — traca — traca — traca — *Cómo le va yendo, Güegüence? Qué bestia se gasta! Qué hermoso animal! Con ese macho llega a la luna y regresa silbando como jilguero! Véndalo, Güegüence, pida lo que quiera, Güegüence!* Pero qué sabe de gustos la tortillera? Y allá te va el Güegüence a buscarle posada al animal. Y lo meto al solar de Pito López. (A peso el día) y al rato cae la Sanidad que quiere también multarlo; que no es zona, que no es establo, que no es lugar para animales. Y dónde es lugar para animales? *Fuera del barrio.* Y va de pleito. Puta ciudad, todo es problema!

—“Oiga, Señor” — y se volvió para encontrarse con un extraño que se le emparejaba, sonriente, y le ofrecía algo en la mano. Ya iba a detenerse curioso pero, gato escaldado, apresuró el paso — *“vea, Señor! Estoy en un apuro!”* — No





fumo puros, dijo el Güegüence — *“Estoy en un apuro”,* repitió el otro, *“y vendo esta alhaja a precio de huate mojado porque tengo un hijito enfermo y necesito comprarle unas medicinas”.* Miró de reojo, al paso, y el otro, a la rebeata, alargando la mano y hablándole que *“vea señor, que le conviene”* y él más aprisa ya era más carrera que andadura y el hombre abriendo el pañuelo donde aparecía un anillo deslumbrante con su piedra de rubí que hasta titilaba al sol; *“véala que con verla no hay compromiso”* y lo quería detener pero si hablo más fuerano me delato y ya ni sentía el pie apurando el paso pero el otro: *“véala, que no se va a arrepentir, es una ocasión que le cae del cielo”* y el anillo brillando sobre el pañuelo, hermoso, pesado, puro oro, buena piedra, ¿no seré yo comerciante y entendido en alhajas? ¿no he vendido trucherías en los pueblos y visto lo que he visto? ¡Buena alhaja! ¡Al ojo se le nota! Pero ni lo demuestres, Güegüence, que te joden, te lo digo que te joden. *“Todo un señor anillo”,* dijo el otro, *“que casi lo regalo porque así es la necesidad y más si se trata de un hijo, ¿Qué no hace uno por un hijo, verdad, señor?”* Pero el Güegüence al paso y en boca cerrada no entran moscas. Solo el ojo, oblícuo, mirando como que no quiere y andando, andando, y el hombre insistiendo: *“vea, señor, la propuesta que le voy a hacer, tal vez así comprenda mi necesidad, déme veinte pesos y le doy el anillo, después me paga los cuarenta restantes, el anillo vale el triple, pero si no tiene veinte deme quince, vea qué trato de confianza”.*

—Pero si usted no me conoce! —exclamó el Güegüence ya sin poderse contener. — *“No me importa”.* contestó tranquilamente el otro, *“usted tiene cara de hombre honrado, hombre respetable, usted me da sus señas y yo llego a cobrarle el resto cuando usted me diga”.* Ya iba más despacio, ya



metía la mano en la bolsa, disimulando, ya se tocaba en el fondo del fajo de billetes. Mejor no. Cara de beato, uñas de gato. Ni te metas, Güegüence! Pero el otro al flanco, midiéndolo y otra vez la voz llorosa: *“que vea, amigo que comprenda la desesperación de un padre, esta ciudad sin entrañas, el muchachito enfermito y es mi única creatura, usted se queda con algo bueno y hace una caridad”* y el Güegüence más despacio, medio sacando el fajo de billetes buscando rápido como jugador de naipes un billete de a diez — le ofrezco diez, sólo diez pensó queriendo sacar un billete, sólo un billete con cautela cuando sintió el manotazo y tras el golpe el empujón y la calle dando vueltas y el costalazo contra el suelo y la mano vacía y como un relámpago el puñetazo sobre los ojos y la carrera y, ¡ladrón! quiso gritar porque ya doblaba la esquina y él queriendo levantarse y correr y corre y corre pero qué puede correr un viejo enclenque! ¡Ya me rejodió el hombre, ya me dejó en la desgracia! ¡LADROOÓN! gritó. ¡Ladrón!, pero nadie! Puertas cerradas y la tapia blanca y el sol! Y corrió ¡Ladrón! Ladrón!, requeando hasta la esquina. Nada! ¡Ni mierda! Ahora si me llevó el diablo! Ahora rebuzna, ahora gruñe, berrea, cabeza de ladrillo, topo, atolondrado, que te pase por bruto, Güegüence! por creer que vuela el buey, por avorazado, por noticioso, por aprovechado, por delirante, fátuo, metete-en-todo, perico-curioso, mono-de-milpa, ah! me la dieron, me la dieron en la mitad del culo! Miró por todas partes — allá lejos una muchacha con una canasta allá lejos. . . (creyó ver) no! ni señas! qué va a ser! ese hombre ya se perdió! se hizo humo! ¿para qué estar de baboso ojeando? Se quitó el sombrero. Se limpió el sudor. ¡Te jodieron, Güegüence! ¿Dónde están tus astucias? ¿Dónde está el venado de piedra? No decían en tu pueblo: quién engaña al Güegüence? Quién se tira al urdemales? ¡En esto pararon tus mañas! Bien estabas en tu nido,

pájaro pinto. . . pero la mujer desgraciada debía salirse con la suya! hacirme venir! *“Allá es la fortuna, allá te bañas en aguas rosadas”* y uno que se las cree! Y ella: *Tantos que suben y vos atolondrado!* Y yo: *“Qué quieren? que les baje el lucero?”* Y ella: *“Pues éso, no te creías el gallo del pueblo?”* Y yo: *“Mi lugar en mi lugar!”* Y el entenado, el malcriado de Ambrosio: *“Sólo boca es el viejo! Allá en el pueblo sacaba pecho porque en tierra de ciegos, el tuerto es rey. Pero qué nos daba? Siembras de príncipe y cosechas de esclavo! ¿No andaba por el pueblo diciendo: Vean qué cosecha! 25 fanegas la manzana! Y llenaba de piedras los sacos y allá te va Ambrosio cargando piedras para que el cura se quitara el bonete: Buenos días, Güegüence. Y el Comandante: Adiós, Güegüence. Y el Alcalde: Buenas tardes, Güegüence! . . . la casa pintada pero el comején en la solera”* y eso es lo que me arde, el bocatero, el desagradecido de Ambrosio sacándome los trapos al sol y la Brígida riéndose con su diente de oro y el Chiricano (el marido de la Brígida) *“no se deje, Güegüence, que estas putas mujeres si se descuida lo despellejan!”*. Y me hace señas y me habla aparte: *“Ni tenga en un dedo a la gritona de su mujer; cuando usted anda en sus andares, sudando la gota gorda buscando ver al Compadre, se le sale la vieja con el abogado, toda empericuetada. Ah, Güegüence! y le viera los aires; yo que la he visto con estos ojos, se lo digo”*. — Ahora verá, dije yo, en cuanto la tenga sola! Y en la noche la agarro del pelo y la zarandeo y le doy por aquí y le doy por allá con la escoba, con la sartén, con lo que podía, vieja relinchona que andás parejeando con el abogado como si no tenés hombre! — *“Y quién te ha dicho semejante cosa?”* — Pues y quién ¡El Chiricano que te vio con sus ojos. — *“Ese borracho hablador!”* Dejámelo mañana y le voy a decir lo que ni su mujer le ha dicho porque esa sí que se las pega hasta con el sol en alto”. — Pues esa es la que te enreda: en



el valle de santa Justa una puta a otra busca! Esa era tu angina para el viaje! Pero le dí sus cuatro golpes y al día siguiente ni la reconocía de tan palomita llevándome el tiste y las rosquillas y Güegüence aquí, y Güegüence allá, y coma mi viejo, porque hoy tiene que ir donde el hombre, ahora es la cita con el Ministro y qué cita de mis tormentos! venir a parar en ésto! ¡Te jodieron, Güegüence! Te jodieron. Te jodieron!!! Y echó a andar sofocateado, ni sabía para dónde. La cabeza dándole vueltas. Ahora sí que estaba afligido. Hijo de la gran puta! ladrón, reladrón! Y el desalmado hablándome del hijito enfermo: si tiene hijo que se le reviente, si tiene mujer que se la atraviesen y que te caiga la maldición del duende sarnoso y las siete chonelas de Egipto! Y comenzó a bolsearse. ¿Y el telegrama? ¡Ay, Virgencita! Y se registró y se palpó de nuevo ¡Ay, mamita linda! ¡Ni pirinola! ¡Ahora sí que me quedé en las latas! Y otra vez la Bululita: “Si, Güegüence, yo sé que se va. No me engaña. Vuelva, Güegüence, vuelva!”

Vio un parquesito solitario. Le dolía el pie. Le dolía el alma. Se sentó en la banca todavía caliente del solazo. Me lo decía mi madre — la Ñurinda —: “No seas comunicativo, Güegüence!” Se quitó el zapato y dio un suspiro de alivio. Entonces pitó el tren y oyó acercarse el resoplido de la locomotora. Pasó trepidando y vio la gente en las ventanillas. Los árboles se movieron. Digo yo, Güegüence. Pensándolo, Güegüence, en la torre cae la centella y no en la cueva. Se te llenó de pájaros la cabeza. Que no te ví orondo y pavoneando? Que no te ví ese día zapatos que brillaban, vestido de primera, sombrero de pita, más arrogante que el rey moro? Y vamos para la estación. Y tiran los cohetes y los morteros. Allí estaban los amigos rodeándome y hablando. Allí estaban las amigas, sentadas con la Golondra en la banca del andén.



Llegaban los correligionarios en grupos, en parlamentos, y el vocerío creciendo. El Güegüence se levantaba. Abrazaba a unos. Daba la mano a otros. Oía recomendaciones. Y las vendedoras gritaban. *El pan!* las panaderas. *Las rosquillas!* las rosquilleras. *Los quesillos!* las quesilleras. Y a cada rato los muchachos gritando *¡Ya viene!* Y las mujeres levantándose. Y los hombres moviendo la cabeza: *“Déjense de cosas!”* Y los amigos de Forsico el oído sobre los rieles: *“Ya se oye”* y volvían todos a mirar la vía recta, cerrándose vacía en el horizonte; hasta que sonó el pitazo y se vio la trenza de humo y luego la máquina haciéndose grande, cada vez más grande. Entonces todos se movieron. Y las mujeres gritaron a los muchachos y se arremolinó la gente y volvieron las voces y los gritos y los vivos — *“Viva el Güegüence!”* — *“Viva la esperanza del pueblo!”* — *“Déjeme llevarle la valija!”* — *“Yo le ayudo con la canasta”* — *“Suba, Güegüence!”* — *Suba, Golondra!”* — *“Siéntese, Güegüence!”* — y le sacuden el asiento. Y se sienta. Y hay un gentío en el carro y un gentío en el andén y se apretujan en la ventanilla. — *“No se olvide de pedirle la luz al Hombre”*.

— *“Se acuerda de mi asuntito!”*

— *“Y lo del camino!”*

— *“Y de la escuela!”*

Y allí está el Alcalde, al oído: — *“Si tenés ocasión arreglame lo del crédito”*. Y el cura: — *“Hay que enladrillar la nave del Sacramento, Güegüence!”* — *“Claro, tata Cura, claro!”* Y suena la campana. *“Bueno, bueno!”* — palmadas, abrazos — *“Buen viaje! Buen viaje!”* — y se bajaban los de arriba y se apretaban más los de las ventanillas — *“Se acuer-*

da del pueblo, Güegüence!” — Ahora es cuando, Güegüence!” — Y los del andén: “Viva el Güegüence!” Y más adioses y más recomendaciones y todos gritando. Y risas y pañuelos y manos y vamos andando. Y el muchacho con cara de alegría viendo cosas nuevas. Asomándose; y yo llevándole el hilo, alegre:

— Te conocerá la Suchita?

— ¡Ah, pues no?

— Te daba amores?

— Ah, pues no!

— ¡Qué muchacho! — Y la Golondra riéndose — “Si yo lo veía! Si se la empuurraba!

— ¿Y qué vas a hacer ahora?

— Pues arrimármele.

Ah! Y entonces sí le dolió el corazón. Siempre que lo pensaba se lo quitaba como mal pensamiento pero volvía. Volvía y se lo quitaba. El pobre muchacho, mi pobre Forsico, tan ilusionado que venía! Qué golpe le habrá sido, digo yo, porque se perdió tres días y la Golondra angustiada y yo buscándolo. ¡Qué vueltas no dimos! De amigo en amigo. ¿Y si fue accidente? Y vamos a los hospitales. Pero tampoco. Y vamos con la Brígida a la policía. — “*Que sí, que lo buscaremos. Que ahorita no tenemos números. Que mañana*”. Pero ni se movían. Más bien se secreteaban. Más bien se reían. Y la Golondra hablando hasta con las paredes: “*Es*



que ustedes no aflojan la mosca!" dijo la Brígida. "*Qué mosca?"* gritó la Golondra. "*Hay que pagar también a estos haraganes?"* — Y el Chiricano callándola: — "*Te van a echar al bote, Golondra. Hágame caso, Güegüence, búsquelo en las cantinas.*

— Pero si el muchacho no bebe.

— Algún día se empieza.

— ¡Si será de tu sangre! — gritaba la Golondra.

— ¡Lo cree una joya! — gritaba la Brígida.

—Vea, Güegüence, hágame caso, véngase conmigo. Y allá te va el Güegüence de cantina en cantina, de burdel en burdel. Hasta que entramos donde la Cigua Mostega:

— ¿Un muchacho envaselinado, medio poblano, medio entumido?

— Ah, pues no es, dije yo,

— Ah, pues ése es, dijo Chiricano.

— Macrina! — gritó la vieja — Macrina! — Y nadie llegaba.

— No viene —dijo la vieja— está con él, tiene dos días de estar con él. ¡Dentren! — y entramos a la putería. Y allí estaba el muchacho, ojiazul, inflamado, trasijado, con la putita sentada en el borde del catre.



— ¿Ideay? — dije yo.

— No lo regañe —me dice la putita— está muy sentido. Y era ñatita, julunquita la Macrina y le pasaba las manitas regordetas por la frente.

— ¿Qué te pasó, pues?

— Nada, tata, mejor váyase!

— Cómo que váyase? Allí está en la casa tu mama bajando todos los santos del cielo y comiéndose las uñas de aflicta.

— Decíselo, Forsico. Que lo sepa el viejo.

— Me le arriné a la Suche.

— Y eso, qué?

— Le dije como le decía siempre, le dije Suchita.

— Y ella?

Ya no pudo hablar el muchacho.

— Yo se lo voy a contar — dijo la putita — yo estaba en la acera — Yo ví.

— Para qué hablar babosadas?

— Yo ví cuando entró.

— Dejala hablar.



— Pues entró la engolillada, la princesa en bicicleta, la niña Xotchitl, taconeando.

— ¿Engolillada la Suchita? No llegaba donde mí, humilde y descalzita: Buenos días padrino?

— Engolillada y tufosa, pura alcurnia! Y éste que la saluda. . .

— ¡Jodido!!! — gritó Forsico.

— ¡Qué boca de malcriado! ¿Voy a enterarme o no voy a enterarme?

— Ha estado bebiendo el pobre y está algo alterado — dijo la putita.

— Pues sí, le dije: “Suchita” y me volteó la cara. ¿Eso quiere saber?

— Y volteando ella la cara le cae un teniente al muchacho — “respete a la señorita!” — y le deja ir una trompada entre las luces. Y ni se había enderezado cuando entran unos civiles de la Seguridad, y los desalmados lo aporrean a golpes y patadas. ¡Va preso!

— ¿Pero qué hizo?

— ¿Y qué va a hacer? ¡Hablarle a la Reina! Tocar el cielo con la mano! ¡Viera cómo lo llevaban! Se me partía el alma!

— ¿Te echaron preso, también?

— ¿Y de dónde cree que lo traje? Allí estuve llorándoles “Dénme al muchacho! Si nada hizo. Si es fuerano que ni sabe de estas malicias. Y un Polis que es cliente de aquí me dijo: “Tiene un clavo”. — “Qué clavo, le digo yo, si nada hizo?” — “Irrespeto a la autoridad”. — “Y cuánto le cae?” — “Pues cuarenta de multa!” — Y me vengo donde la Cigua y me le empeño. Pero la Mostega es buena. Me dio la plata y lo saqué.

— Y tu Suche supo éso?

— A la mierda Suche!! — gritó el muchacho. Le brillaban los ojos.

Duele un hijo (pensó el Güegüence)

Digo yo. Pensándolo, Güegüence: te pasa por bolinero, por sacafiestas sin vigiliass, por piloto de altura. Ahora sí que ya le llegó la sombra al lirio! Allí estás: solo y perdido. — ¡Mejor, Güegüence! digo yo. ¡Mejor estar perdido en la cola del mundo. Mejor solo. Mejor ni pensar.

Recostó la cabeza en la banca. Ya andaba la tarde llevándose los pájaros. Cerró los ojos al vientecito.

Cuando vio que allí estaba el Macho-ratón. ¡Vea que cosa! Su amigo el Macho-ratón!

GUEGUENCE.— ¡Ah, mi amigo Macho-ratón! Sea mi consuelo! Sea mi paño de lágrimas!

MACHO-RATON.— ¿Llorando, Güegüence?



GUEGUENCE.— Suspenda música, bailes, cantos, danzas, sonos, mudanzas. . . !

MACHO-RATON.— El que nació para triste tras de la música llora.

GUEGUENCE.— Así es, Macho-ratón. El que nació para tamal del cielo le llueven las hojas.

MACHO-RATON.— Pues, qué tripa se le ha roto, amigo Güegüence? ¿A quién llora?

GUEGUENCE.— Lloro el tiempo.

MACHO-RATON.— Se murió, Güegüence?

GUEGUENCE.— Murió de paso.

MACHO-RATON.— Pues a cada tiempo, su tiento, Güegüence!

GUEGUENCE.— Dice el dicho. Pero en una orilla el día y en la otra la noche. Allá en mi pueblo era de mi tiempo, aquí soy pasado.

MACHO-RATON.— ¡Ah, Güegüence; yo conozco al Tío Patiño, que por huir de la muerte, se hizo niño!

GUEGUENCE.— ¡Ah, Macho-ratón! Yo conozco al tío Chamarra, que parece que se cae, pero se agarra!

MACHO-RATON.— Y cómo, Güegüence?



GUEGUENCE.— Pues volviendo, Macho-ratón. A tu casa garza aunque sea en una pata.

MACHO-RATON.— Pues el tiempo no es mula, y no recula.

GUEGUENCE.— ¿No me llevas, Macho-ratón? Ah, mal amigo, mala casta! ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!

MACHO-RATON.— Salir montado para volver arrastrado? Ah, qué cabeza, Güegüence! Ya oigo al Cura: “pobre Güegüence!” Ya oigo al Alcalde: “Inútil, Güegüence!” Ya oigo al Comandante: “Mentiroso el Güegüence!” Salió con cohetes, lo recibirán con palos. Vuelva, Güegüence, vuelva! . . . Donde las dan las toman!

GUEGUENCE.— Llueve, Macho-ratón?

MACHO-RATON.— Llueve sobre mojado.

GUEGUENCE.— Pues el mismo aguacero moja a la mula y al mulero!

MACHO-RATON.— Dígamelo a mí, que me llueven piedras. Estoy como el chanco de la tía Lacha, amarrado y sin qué comer. Ni siquiera una mulita rabicana para regocijo. ¡A esto me traje!

GUEGUENCE.— Ah, macho boca floja, mal consejero! ¿Y quién me decía: pruebe fortuna, Güegüence?

MACHO-RATON.— Las ganas, Güegüence; el cebo es el que engaña, no el pescador ni la caña.



GUEGUENCE.— Ah, qué disputa! Perro es el tiempo
y ladra a los de caite!

MACHO-RATON.— Pues a mal tiempo, buena cara.

GUEGUENCE.— Pues el tiempo quiebra, sin canto ni
piedra.

MACHO-RATON.— Déjese de remilgos, amigo Güe-
güence! El toro a los cuernos!

GUEGUENCE.— ¿Remilgos, Macho-ratón?

MACHO-RATON.— Melindres, Güegüence!

GUEGUENCE.— ¿Melindres, Macho-ratón?

MACHO-RATON.— Papeles, Güegüence!

GUEGUENCE.— ¿Papeles, Macho-ratón?

— Sus papeles, oyó que le decían

Abrió los ojos, asustado.

— Sus, qué?

— ¡Sus papeles!!

Se enderezó en la banca. Había entrado la noche y en
lo oscuro perdió el hilo. Ya no supo ni el qué ni el cómo.

— ¿Qué no me oye? — El Policía rajaba el silencio del

parque — ¡Enséñeme sus papeles!!

El Güegüence se acordó que era el Güegüence. El perdido. El robado. Le subió el miedo. Miró al policía temblequeándole la solera. Pero debajo de la sombra del casco la cara del hablante se le hizo conocida.

— ¿No sos vos Chico Zapote? ¿Ya no conocés al Güegüence?

Y allí fue la risa del Policía:

— “Vea que viejo jodido! ¿Y de dónde aparece? ¿Y qué anda haciendo?

— ¡Ah, si te contara! — dijo el Güegüence — Pero sentate, aquí, sentate! Y se sentó en la banca y comienza a recordar al pueblo, a los de arriba y a los de abajo, a los del Cementerio y a los de la Plaza, a los del centro y a los del Trillo y a hablar hasta por los codos y a ponerlo al tanto, desde el principio, desde el telegrama, desde que salió en tren con la Golondra y Forsico su hijo; desde que mandó por el camino real al Macho con el tal Ambrosio, su entenado, un grandísimo malcriado que por poco mata al animal, tan fino, tan noble, tan agradecido, su Macho-ratón; hasta la desventura del ladrón y su tuerce y aquí me tiene, por el petate, todo desgraciado, perdido, robado, hecho mierda. ¡Vea qué suerte más negra, amigo Chico Zapote!

Y allí cogió fuego el rancho. Mentarle ladrón a Chico Zapote era darle un sombrero a una lora: Juró que lo agarraba — “por esta cruz que lo agarro”. Se lo agarro y lo cachimbeo. Se lo agarro y no le queda anillo, ni piedra rubí, ni



hueso sano, ni ganas de joder para toda su vida!” Y le dio lástima el viejo. ¡Robarle a su paisano! Al amigo del Hombre! — “Va a ver Güegüence, lo que soy yo; pero usted Güegüence, déjese de andar por las ramas. Yo lo llevo donde su compadre. Yo lo pongo en la misma puerta. Tengo allí un amigo. Yo lo llevo. Hoy no, ni mañana, pero pasado sí. Pero se echa un trago doble para que le hable al Hombre. Al Hombre le gusta que le hablen como hombre. Si se entume le pasa la rueda”.

— ¡Ah, Chico Zapote! ¿Será tonto el Güegüence? ¿No tendrá suelta la lengua de tanto trato y contrato por los caminos? “Si estos son mis lenguajes asonesepa negualigua, seno libro de romance”, decía el viejo!

Se rió Chico Zapote. ¡Qué risa le dio recordar los tiempos! ¡Ah, qué tiempos aquellos!

Y ya cobró ánimo el Güegüence y hasta ganas tenía de echarse un trago, de echarse un socoroco con su amigo el Policía, pero Chico Zapote estaba pegado al yugo, cuidando la noche, y pensó el Güegüence en la vuelta.

— ¿Y ahora, cómo me desenredo, amigo Chico Zapote; si me perdí en las claras, cuándo me abro paso en las oscuras?

Pero el Policía le dio señas — ¡Ponga cuidado, Güegüence, si se fija no se enreda — y otra vez le repite, y el Güegüence queriéndose poner el zapato y sólo quejidos era: — ¡Ay, mamita, este pie ya se me hizo sapo! — Y dale pujando, y dale gimiendo y el zapato ya no le entraba ni con una yunta de bueyes hasta que resolvió quitárselo y avanzar des-

calzo con los zapatos colgados al hombro. Y otra vez se hizo repetir las señas y un rato con miedo y otro rato con temor se fue por esas calles de Dios, renqueando, un paso cabizbajo, otro paso cabialto, pensando que todo es así en la vida, que una es de cal y otra de arena, porque quién le iba a decir después de todo? encontrarse con Chico Zapote, su conocido, su paisano, buen muchacho el hijo de la Candelaria! — De la edad de Ambrosio, sería. Digo yo. Porque hasta me acuerdo cuando pasaba vendiendo tabaco y cargaba el macho mohino:

— Güegüence, álzeme el fardo.

— Calentar el jarro?

— Alzar el fardo!

— Ah! el fardo! ¿Dónde está el fardo?

— Aquí está, Güegüence!

— ¡Ah, mi tiempo, cuando fuí muchacho! El tiempo del hilo azul, cuando me veí en aquellos campos de los Diriosmos alzando aquellos fardos de guayabas. Esos sí eran fardos!

— ¡Date prisa, Güegüense!



III

(EL UMBRAL)



Afuera el que demanda. Adentro el que manda.

Afuera el Güegüence demanda al portero entrada. Es menester licencia.

Adentro el “Hombre” en su escritorio. Allí está: mandando. Dice “SI” y sube la bandera y salen órdenes y ordenanzas, hombres y mujeres, camiones, ferrocarriles, tropas, gente y más gente haciendo lo que dice. Y dice “NO” y baja la bandera y se paran los trenes y se disuelven las manifestaciones y se cierran las puertas y tocan la queda los clarines, y las bocas callan y dan vuelta las llaves en los candados.

Allí estaba el Hombre firmando. Salían del despacho los ayudantes, y entraban. Se abría la puerta y se cerraba:

— *¿Menester licencia? Válgame Dios, señor portero! Cuando yo anduve por esas tierras adentro. . .*

Se cerraba la puerta y se abría.

— *Por Veracruz, por Verapaz, comerciando y vendiendo por plazas y mercados, en ferias y cabildos, quién me pedía licencia?*

Levantó la cabeza. Puso oído. Firmaba: Que se haga. Que se diga. Que se vaya. Que te quito. Que te pongo. Esa fue su vida desde que apuntaron los rifles; mandando y ordenando: de Cabo. De Sargento. De Coronel. De General. Mando que te mando hasta que dio el cuartelazo para seguir mandando.

— *“Viniedo yo por una calle derecha me columbró una niña que estaba sentada en una ventana de oro, y me dice: Qué galán el Güegüence, qué bizarro el Güegüence. Aquí tienes bodega, Güegüence! Entra, Güegüence, Siéntate, Güegüence; aquí hay dulce, Güegüence, aquí hay limón. . .*

Levantó la cabeza; puso oído. Estaba entrando el pasado.

— *“Y así una niña me dio licencia!”*

“Pues una niña no debe dar licencia”, pensó sonriendo. ¡Bien que se acuerda! Bien que le llega el tiempo. Bien que conoce la voz. Válgame Dios, se estaba riendo. El Gobernante riendo. El Señor Presidente riendo. Y el ordenanza riendo. Y el ayudante riendo. Y el Coronel. Y el Sargento. Y riendo el portero. Iba la risa saliendo. Entrando y saliendo.

— *“Ah! válgame Dios! No seremos guanacos, no seremos amigos, desde aquellos tiempos, no será el compadre, mi compadre. Y es menester licencia?”*

Puso oído. Estaba entrando el pasado. Cosas que ya no contaba. Cosas con tierra encima. Tiempos de caite y cõtona: Las mañanas tras la yunta. Las tardes de carretero. Frunce el ceño.



— “Pues es menester licencia!

— *Válgame Dios, señor portero! Qué es lo que vale entonces? Pues no anduvimos juntos mi compadre y yo, por aquellos caminos, arriando la récua, y opa Güegüence! tropezamos con una cususera y se baja el compadre de su mula y ¡sírvasse un trago! le dice al mesonero, y nos echamos el trago y vamos bebiendo y vamos andando y si el compadre no tiene, lo paga el Güegüence, y el que paga, paga y no es menester licencia!*

Frunce el ceño. De reojo mira a sus hombres. Mulero. Arriero de récuas el Gobernante supremo. Bebedor de cususa el Reformador de las Leyes. Se ensucia la página blanca. Se mancha la Historia Patria. El Presidente está serio. Sale serio el ayudante. Lo mira serio el Sargento. Responde serio el portero. En silencio entran y salen. Salen y entran.

— “Somos o no somos? grita el Güegüence afuera. — No éramos vecinos, tapia de por medio? ¿No llevé a la pila a la Suchita? No llegaba por el rey, mañanita con el sol, mañanita con lluvia descalzita y mocosa a darme los buenos días?”

Levantó la cabeza. — ¡“Cierre esa puerta!!” — grita — ¡Oh, Válgame Dios! De coraje golpea la mesa. De coraje rompe el papel. De coraje rompe la pluma.

Rompe la soga por lo más delgado.

Managua 1956—1969.

Agosto

A:
PEDRO JAVIER,
*El más pequeño y entusiasta lector
de este cuento.*

La trama de este cuento se desarrolla en la región ganadera de Nicaragua, Chontales. Ahí la selva, los llanos, el ganado, las quemas, los hombres, los ancestros indígenas, el lago de Nicaragua, la Costa Atlántica, las fieras, todo confluye y le confiere un toque de magnificencia, misterio, rudeza y ternura.

El antagonismo “Hombre-Poder” o la defensa del hombre contra el Poder —que ha sido la grande y desigual lucha de casi todos los poetas nicaragüenses desde Rubén Darío hasta la actualidad— circula internamente a través de este relato en la modelación del mito de la lucha del Toro y el Tigre. El Tigre entra a devorar los ganados por donde entraban las revoluciones y los generales —por el “Confín del Abandono”— y en la “historia patria” queda, sobre fango y sangre, la huella de la zarpa. Hay un momento de la lucha entre el toro y el jaguar en que el coro de balidos de la vacada se vincula en una siniestra y poética metáfora, con los lamentos de las viudas ante los muros de las ciudades arrasadas por la guerra civil.

Pero un día el crimen del “rampante monarca” hace nacer al futuro libertador. El cuento en su calendario, no descuida la referencia al tiempo, siempre presente, minuto a minuto: es el tiempo de Agosto, el mes dedicado a Augusto o el Poder que lentamente llega a su crepúsculo.

La lengua del protagonista es una revivencia idiomática del joven poeta que escribió “Poemas Nicaragüenses”: el relato perfora su propio realismo y hace brotar un idioma épico que va humedeciendo insensiblemente la prosa narrativa para cantar la victoria sobre el poder de la zarpa y constatar que el sagrado furor de la libertad no ha deshumanizado esa victoria.



“AGOSTO” se publicó en el número 1 de la revista “El
Pez y la Serpiente” en 1961 y luego en minilibro en Editorial y
Distribuidora Cultural Centroamericana en 1969. Ha aparecido
en numerosas antologías hispanoamericanas y ha sido traducido
al italiano, y al inglés.

PALO ALTO” o “el confín del abandono” como le llamaron los viejos, es la última llanería antes del gran misterio: detrás se inicia la selva, levanta su cortina de árboles gigantes y torpes, de verde húmedo tiniebla, apretados sobre el fango, solidarios contra el viento y contra el colérico sol que, día a día, ataca y se retira babeado por los sapos, hostigado por erizos gavilanes, impotente y cárdeno.

Bordeamos el silencio. La tarde todavía juega sus últimos azules en la sabana y un pequeño cielo gris—claro se refleja en cada huella en el fango del caballo de Villagra. Por aquí hemos pasado muchas veces. No más lejos. Nunca al territorio prohibido de la serpiente, donde los madereros y los raicilleros, con sus capas de hule, recogen leyendas oscuras o gritan lejanos para nunca volver. “Un campisto aquí termina su oficio” —dice Villagra, señalando el final del llano—. “El caballo es para cielo abierto”.

Hemos venido conversando. Hijo y nieto de campistos, Villagra hijo de Villagras, Nicanor, se hastió del Instituto de Granada y volvió a los llanos. “Historia patria!”, dice burlón. Y repite de corrido párrafos escolares de memoria, para concluir: —“Mi abuelo y mi tata anduvieron la historia rifle al hombro. . .! para esos cuentos me querían arrancar del caballo!”

Me lleva diez años. “Yo nací cuando la revolución contra Zelaya, vos cuando la guerra de Mena”. Ataba sus memorias a sucesos como su caballo a los postes del cerco. Su madre llevaba la historia por embarazos. “Cuando la barriga de Concho fue la gran llena”. Y más dramática su abuela en-



terraba un hijo al pie de cada fecha histórica. “Cuando el 93 me mataron a Bernabé” o bien, “fue cuando la guerra contra el yanqui que perdí a Genaro”.

De pronto los ruidos de la selva se apagan. Miles de insectos, miles de alas, antenas y aguijones suspenden su infatigable labor: ¡Conozco ese silencio!

— “¡Mira!”

Nicanor Villagra baja del caballo. —“Esta vez ni siquiera esperó la noche!”

Inclinándose examina la huella. Atrás venía mi perro, cansado y lastimoso, esquivando los lugares hondos de fango y deteniéndose sobre las matas de zacate con la lengua sucia y babeante. Olfatea la huella y llora. “Se está meando”, digo. Villagra lo aparta. Es injusto con el perro. Le niega raza porque viene de la ciudad. Se inclina y mide la huella, la marca enemiga.

—“Historia patria!” —vuelve a decir. No es profunda, pero sí áspera; pesada y sin embargo liviana, ágil, tal como racimo de cólera apretado sobre la tierra: ¡La zarpa! Conozco ese leve temblor en las orejas de mi potro. ¡La zarpa!, la firma del rey brutal ordenando su miedo y el de toda carne sujeta a su imperio nocturno.

— “Esta es historia patria!” —dice, escupiendo el suelo. Señala con el cabo del *rebenque* el rumbo. Historia impresa sobre fango y sangre, como toda historia.

— “Lleva siete años”, dice. Yo guardo silencio. ¡La zarpa! ¿De quién era la zarpa en esos largos siete años de obsesión? —Dos veces fue llamado para una revolución y dos veces regresó por veredas porque el movimiento había fracasado. Entonces volvía al “confín del abandono” a repasar las páginas de la muerte: el ternero devorado, el potrillo perseguido y sacrificado casi frente a la puerta del rancho; la vaca herida a mansalva, en el atolladero, con el salvaje mordisco en la ubre henchida. Y siempre la huella, ancha, no profunda, pero sí áspera, pesada y sin embargo liviana y siempre la misma denuncia deprimente del silencio.

— ¡Que se calle ese perro!— Tengo que golpearlo.

“Aquí hay huellas de coyote” —digo.

Va para Palo Alto, —insiste Villagra, sin oírme, hundiéndose con cólera hasta la ceja, el sombrero. Inclínados seguimos, en el llano fangoso, la marcha armoniosa y elástica, como leyendo los signos de una partitura. Aquí gira y escapa la huella loca —el casquito profundo y la carrera burguesa— del sahino. Aquí salta el venado: sus tensos delgados músculos de ballesta hundieron el fino miembro para la estampida. Todos abren paso, todos ceden al sigiloso poder, el llano; la felpuda alfombra al rampante monarca.

Mi perro, atrás, vuelve a llorar. No es llanto de dolor, repetido y lastimero. Gime en bajo y el gemido se prolonga hacia lo alto, erizo, aullando miedo, como un sonido lineal y negro sobre la tarde. Lo callo. Asoma la luna sobre el fondo de la selva, humeando. Su lechosa claridad empalidece y



hace profundo, anémico, el crepúsculo.

— “Se está metiendo entre dos luces”,— dice Villagra, deteniendo, un instante su caballo. Es la primera vez que sonríe. Vuelve el rostro hacia la selva que ha quedado atrás entintando el horizonte entre el llano y la luna. Quiebra la escopeta, sopla el cañón con fuerza como quien insufla espíritu demoledor, mete dos cartuchos y cierra. —“ ¡Vamos!”

Entonces vemos contra el camino del sol la silueta alargada de los campistos. Vienen gritando. Villagra se alza sobre los estribos:

— ¡Hijos de su madre. . . Todo lo hacen grito!

Aún no distingo la voz distante; pero veo el salto gallardo de los potros. Uno de los hombres agita el sombrero, avanza, hasta que su palabra crece, golpea, cincela el escudo de la luna pétrea con un nombre: “EL TIGRE”. El grito se repite atrás, regresa, ¡El Tigre! Llena el llano de un nombre feudal y agresivo.

Villagra quiere callarlos, pero de nuevo avisan señalando al oeste: —“El tigre ataca al rodeo de Palo Alto!”.

Frena en seco el potro. En su rostro se dibuja un gesto doloroso. Me mira como quien cita un testigo. Es “Palo Alto!” El rodeo de su infancia, con su cielo sabanero sostenido por el árbol, el alto árbol, el guanacaste donde hacen alto las loras, las urracas, los güises matinales y los pájaros emigrantes. El árbol de los balidos. De la vacada paridora, de la ye-



guada chúcara. Y “La Lirio” de blancos cuernos, la madre antigua, caída acaso. Y “La Enlutada”, negra y mugidora sacrificada talvez por la ciega crueldad; las vacas de honor, las que dieron a la hacienda su orgullo y su precio, las del rodeo de “Palo Alto” custodiadas por el bronco “Clarín”, tu preferido, tu aguerrido toro tigrero: allí está; ¡a prueba! Lo leo en tus ojos, Villagra, y tú también lees en mi corazón el texto de una rebeldía ¡Es la hora!

— Llévense ese perro y cuiden desde “el breñal de los pijules” — grita a los sabaneros. Luego, con la mano que empuña el fusil, hace un gesto: — ¡Adentro!! —gesto de ataque, de rebelión, gesto de guerra contra ti augusto, alevoso Poder.

Galopamos.

Manuelita, Virginia —en honor a mi abuela, “la santa señora” que decía el viejo Villagra— y Nicanor, eran los tres últimos de los doce hijos. Nicanor estaba destinado a alcanzar la ciudad, los números y las letras. Pero se dormía de aburrimiento, entre cuatro paredes, montado sobre el inmóvil pupitre. Hizo la primaria. Cumplió los diez y ocho años. Se fugó del Instituto a la primera revolución. Lo detuvieron a tiempo mis padres, arrastrando un largo rifle “Mauser” y echando rosquillas en el salveque de balas mientras esperaba la partida del tren de guerra en la estación de Granada. Lo devolvieron a la hacienda. El viejo Villagra lo recibió con una vara de tamarindo y le cruzó las espaldas.

—Si no quisistes ser don, ahora vas a ser duro. Chontales pide hombres!

Manuelita y Virginia lloraron. Pero lo madrugaron, con los tres sabaneros, a “Palo Alto”, el confín del abandono, como le decían los viejos; allí donde pastaba el ganado viejo; la última sabana reservada sólo para la crianza; el fin de la historia donde lloraba Diciembre sobre los cueros, casi genealógicos, de las reses bisabuelas que caían en el año y nacía la raza chúcara entre la libertad y el fango. Se acabó el diminutivo, el muchachito, el “cumiche”. Pero eso quería. En eso soñaba sobre cada página de la gramática.

(Galopamos)

En eso soñaba cuando tragaba, párrafo a párrafo, el áspero alcohol de la “Historia Patria”. Detrás quedaba la selva. La espalda de la República. El sombrío origen de las tribus, reemplazado, de tiempo en tiempo, por el avance de las revoluciones, por la llegada de las tropas que surgían de la manigua devorando los ganados. Por allí aparecían los generales. Por la línea alta, de verde húmedo tiniebla; hechos de lodo y oscuros como el canto del Pájaro-León, envenenados por la toboba, silenciosos, desconocidos; pero sus nombres numerosamente pronunciados por la muerte. Allí, junto al gran misterio, aquella mañana, lanzó el potro sobre el coyote, a rienda suelta aventando sus gritos que recogían los loros y las lapas en la algarabía verdi-roja del amanecer. El coyote se disparó sobre el charrial de los pijules, azorado, deseoso de no correr, indeciso, mirando de reojo si la persecución merecía avanzar sobre el cansancio o bien utilizar una pequeña estratagema, ocultarse en el charrial o despedirse. Y entonces titubeó. Llegó algo a su olfato alerta y titubeó y Nicanor ya no tuvo tiempo de descargar su machete. Vió levantarse so-



bre las altas hierbas y espinos el brillante, manchado, poderoso tigre. No escuchó ruido. Fue un relámpago sólido, concretado en músculos tensos, silencioso, potente, surgido del suelo, que cruzó un segundo sobre las más altas hierbas y espinos y desapareció. Su piel brilló a la luz y pareció detenerse mucho tiempo en el aire, lustroso, como un tronco robusto y brillante arrojado a lo alto, pero arrojado por su propio impulso, convertido, solidificado en el puro impulso, sin que quedara una línea del cuerpo o una mancha ajena a aquel salto poderoso, limpio y solitario. Nicanor, frenó. Fue su mano la que tiró a fondo de las riendas, mientras el ojo se entregaba todo a retener el silencioso, eléctrico, muscular relámpago. Y el potro paró en seco y hundió los cascos al borde del charrial y quedó tembloroso, agitado pero inmóvil, posesionado, pidiendo a su complemento humano la orden que lo sacara de su perplejidad y su temor. Pero Nicanor le bajó el tapojo, amarró del jinetillo, tensas, las riendas, y saltó a tierra. Fue una operación de segundos. Detrás del salto había oído, un sonido opaco y mortal. Se abrió paso entre espinas, arrayanes y hierbas a machetazos. El coyote ya lejano, miró hacia él, curioso, interrogante desde la llanura. Su corazón se lo había dicho y allí estaba: caída, abierto el pecho, asfixiándose en el hervidero de su propia sangre, sus grandes desorbitados ojos mirando a Nicanor, espionando su llegada con un dolor profundo y una ternura casi humana en la vidriosa pupila: “La Viuda”, la que ordeñaba de niño. Allí, en esas ubres pálidas de la vaca negra, había aprendido a presionar sus dedos suave y fuertemente para hacer brotar el fino chorro de leche. La vaca estaba caída de costado, agitándose, tratando de ponerse en pie pero queriendo abrir, loca, desesperadamente las extremidades. Al ver a Nicanor se revolvió una vez más, le-

vantó la cabeza, pero un borbollón de sangre brotó del pecho desgarrado. Nicanor se echó sobre ella. Estaba alumbrando. Entre sus piernas traseras pujaba por llegar a la vida un pequeño y ciego animal. La madre trataba de lanzarlo a la tierra, pero a cada esfuerzo la vida se escapaba, caliente y sorda por el brutal mordisco. La zarpa había dejado también su huella, honda, posesiva sobre el lomo. Nicanor apretó las venas y las arterias, para detener la muerte. Se abrazó a su pecho. —“Vamos, muchacha! Despacio. Despacio!” Y ella aspiraba el aire, anhelante, movía la testa golpeando con el cuerno la tierra, aspiraba lo inasible, tragaba vida y la empujaba hacia sus entrañas. Pero la sangre volvía al cuello, con furia; saltaba sobre las manos de Nicanor, empapaba sus brazos y su pecho. —“¡Con calma, muchacha!— En los ojos de la madre agonizante y parturienta fue reclinándose una luz azul, pálida, desgarradora, como un crepúsculo dolorosamente íntimo. Quiso pronunciar un balido y abrió la boca, pero su lengua áspera y seca quedó colgada sin fuerza. Su respiración comenzó a arrastrar un gemido ronco. —“¡VIUDA! ¡VIUDA!”, le gritó al oído Nicanor. Ella abrió con un brillo nuevo y desesperado los ojos. Aspiró otra vez, con todas sus fuerzas, como un fuelle terrible, como un suspiro terrestre y abismal que robara a la naturaleza toda su última reserva y presionó sobre su vientre tensamente, brutalmente, empujándose ella misma hacia su fondo. Luego alzó la testa, miró, quiso mirar hacia la vida que brotaba de su vientre, pero una sombra helada penetró en sus ojos y de un golpe dejó caer, sin vida, la cabeza sobre la tierra. Nicanor corrió hacia el ternero medio hundido aún en el pozo oscuro del sexo. La sangre encharcaba la tierra. Tiró del asfixiado animalito, tiró con fuerza y sintió que se desprendía, que salía hacia afuera, fácil, aceitoso, elás-



tico. Rasgó la bolsa. Rompió el ombligo. Le palmeó nerviosamente sobre el pulmón y luego le limpió paternalmente las narices con el borde de su cotona. Vió los ojos extrañados y tiernos, torpes todavía, deletreando la luz, y creyó oír un balido lejano, casi celeste, un balido que transportaran garzas y oropéndolas sobre las ténues serranías del Este.

(Galopamos)

Casi Villagra llegó a ser el ternero: creado junto a las enaguas de Virginia, manso, casero y consentido. Nicanor lo cargaba día a día hasta que ya becerro dejó de hacerlo por miedo a una hernia. Al crecer en estatura, crecieron los desastres que ocasionaba y las protestas de Manuelita, pues entraba a la casa como perro, mascaba o ensuciaba la ropa tendida, echaba al suelo muebles y quebraba trastes, inocente de su tamaño y de su fuerza.

Una tarde, agradeciendo a la abuela un puñado de sal que lamió golosamente de su mano temblorosa, intentó un cariño exagerado y la empujó de espaldas produciéndole una caída mortal. La misma noche de la vela el viejo Villagra —con la aprobación de la familia, excepto de Nicanor y Virginia, que no se atrevieron a protestar— decretó su castigo: —“Hay que castrar ese animal y echarlo al repasto”. Andrés Villagra, el mayor de los hermanos —llegado de Juigalpa por el duelo— agravó el fallo del viejo: —“Animal de campo criado casero, ni sirve para la casa, ni sirve para el potrero”. Los campistos oyeron. Bajo la gran luna de verano bebían café negro y aguardiente y se burlaban de la suerte del torete. Se gozaban de verlo regresar sin privilegios al mundo de los hu-



millados. Pero Nicanor salió de la casa y les habló con furia, en voz baja, contra el rostro: —“El que toque a ese animal se las ve conmigo!” Entonces baló el hijo de “La Viuda”. Estaba amarrado al bramadero y baló con fuerza de toro, baló abandonando su edad y saltando a la soledad y al poder del macho, a la jefatura altiva del rejego, rasgando la noche, abriendo sus negras tranqueras en el reclamo de una vacada y de una libertad que sentía suyas en el torrente nuevo de su sexo y de sus cuernos. Alguien dijo: —“Tiene la voz potente del padre”. Y desde esa noche Nicanor le dió nombre. Lo llamó “Clarín”.

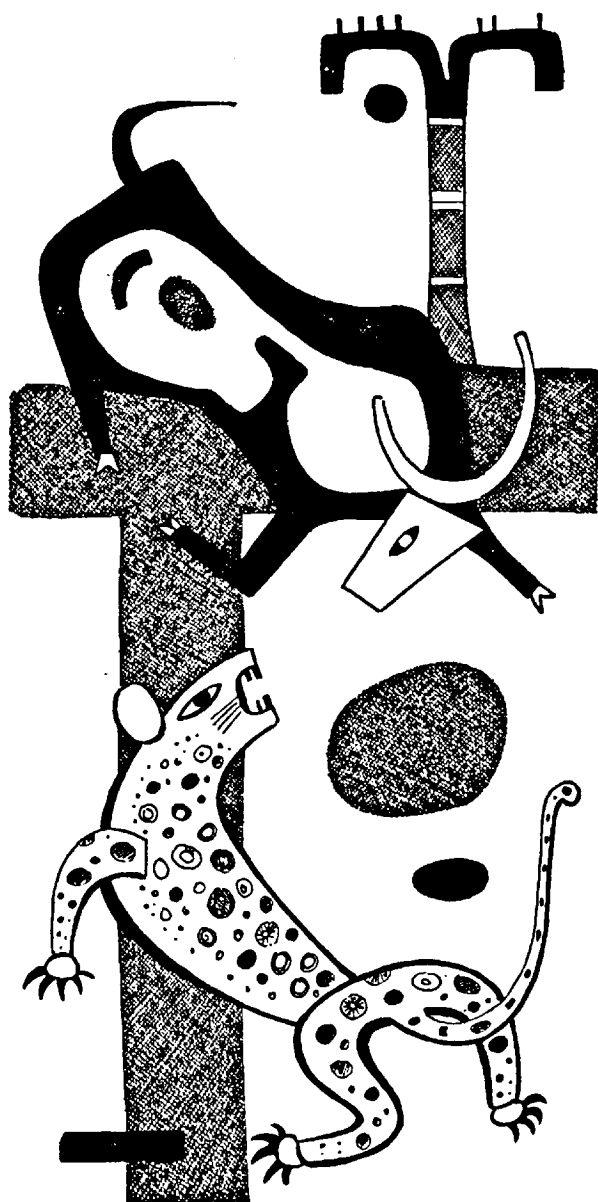
Desde los primeros ganados venía ese nombre, por línea de osadía, designando a los defensores de la frontera de la hacienda, a los padrotes que guardaban la marca contra el jaguar: ¡Eso quería decir Nicanor Villagra: toro tigrero, “toro Clarín”!

Se lo llevó a Laguna Seca, al otro lado del río, cerca de “Palo Alto”, donde los patos salvajes cruzaban el aire solitario graznando asustados por la presencia del hombre. A veces la yeguada, en épocas de sequía, saltaba el barranco y se embolsaba en el silencioso pastizal. Era un lugar triste, pero el heredero estaba condenado al exilio y en el exilio debía educarse para conquistar el trono. Su preceptor le enseñó a embestir. Le enseñó a espumar de rabia contra el cuero del tigre. A defender su derecho y el territorio de su rodeo. Nicanor era casi un misterio para los sabaneros. Toda historia es misterio y él estaba en la edad intrépida: por la noche cruzaba la llanería de San José para verse, a escondidas, con Isaura Gadea —los Villagras y los Gadea eran enemigos— y por las

mañanas se perdía en la distancia con un cuero de tigre amarrado en el jinete. Cuando “Clarín” cumplió cuatro años, Nicanor lo llevó al rodeo de Palo Alto. La vacada, con ojos displicentes y a ratos curiosos, lo vio avanzar, joven, poderoso, con los cuernos pintados de rojo, caminando como un perro detrás de Nicanor. Pero el viejo toro —el “Cantaclaro” de Palo Alto— levantó la cabeza intranquilo. Retrocedió balando, hirsuto, y rascó la tierra aventando polvo sobre su lomo. —“Esta es tu hora” —le dijo Nicanor, tocando a “Clarín” los testículos con la tahona. “O le cogés el patio o te castro”. Lanzó un grito, se montó en su caballo y sin volver el rostro se alejó hacia el rancho.

Pasado el mediodía, el viejo Villagra y los sabaneros que curaban terneros en el corral vieron llegar a la carrera, atropellado y sangrante al “Cantaclaro”. Todos miraron en silencio, desconcertados, al nervioso y pesado rejego que daba vueltas inútiles alrededor del corral. —“Debe ser el tigre”— dijo el mandador de campo. El viejo Villagra corrió a traer su escopeta. Los demás campistas soltaron a los terneros y corrieron a los caballos. —“Nicanor!” gritaron. Nicanor salió detrás de ellos, pálido pero feliz. Cuando llegaron a Palo Alto, tendidos en línea vieron de lejos a “Clarín” pastando, todavía exitado junto a su nuevo rodeo. Los sabaneros comenzaron a reír. —“¿Qué toro es ese?” —preguntó el viejo Villagra; pero su pregunta la hizo por romper el silencio y dar algún cauce a su cólera; su ojo de viejo ganadero ya había reconocido al hijo de “La Viuda”. —“¿Qué toro es ese?”, —gritó, mirando de soslayo a Nicanor.

—“Allí lo tiene” —contestó—; “si le cumplo la palabra



por sentimiento, vea lo que hubiera perdido!”.

“Clarín” alzó la testa, miró hacia ellos altivo, rascó la tierra conquistada, y entre una nube de polvo resonó su balido, penetrante, imperioso, que fue a levantar ecos lejanos en el borde negro de la selva, más allá del Confín del Abandono.

—Dejemos aquí los caballos — dice Nicanor.

Amarramos los dos potros a un pequeño jícara, les bajamos los tapojos y nos despojamos de las espuelas.

Nicanor, inclinado, observa las huellas del tigre. —“Le veníamos pisando los talones!” —exclama. La hierba apenas comienza a desentumirse doblada por la áspera, opresora y sin embargo liviana, casi aérea, pisada del tigre. Oímos el balido del toro. Agachados, silenciosos como delincuentes, abandonamos la ruta de la huella y nos desviamos para ganar un árbol de nancite de ramas bajas, rodeado de zarzas que espinan mis manos. La luz de la tarde se fuga más a prisa que nuestros pasos y va quedando el día en cenizas, gris, —como si todos los colores de la llanura y del cielo hubieran pasado a manifestarse en mármol—. Nicanor tira el lazo al gancho, me da la mano y ante mis ojos se abre la sabana en círculo, con su erguido guanacaste —Palo Alto— sosteniendo el toldo del cielo descolorido y viejo como una carpa. La vacada revuelta, en pánico, se apretuja y gira trazando órbitas de fango y hierba pisoteada. Trata torpemente de elaborar una forma de solidaridad, pero la rompe, vuelve a buscarla, salta una madre a empujar a su ternero, tropieza allá con otra, embiste a su



compañera pero se arrepiente y se une a ella y gira de nuevo para crear el círculo mágico, apretado, solidario, del rodeo. El toro ordena, golpea a las remisas, corre colérico sobre las torpes, va formando a cornadas y balidos el círculo, la rueda sagrada, cuando de pronto se queda inmóvil, recortada su negra silueta contra el crepúsculo, alta la cabeza, tensas y atentas las orejas. Nos empinamos sobre la rama en silencio. Veo a Nicanor levantar lentamente, hasta la altura de mis ojos, la escopeta, y entonces salta del breñal una vaca melada. El toro ha balado de nuevo y la vaca corre a él moviendo nerviosa la cabeza. Tras de ella un ternero recién nacido, lleno de fango, da unos pasos rápidos pero tambaleantes, y cae. La vaca oye el balido del toro, ronco, perentorio, y el balido del ternero, débil, suplicante. Duda. Retorna nerviosa y ayuda al ternero empujándolo, alentándolo suavemente con el cuerno, pero la hierba se mueve atrás no por la brisa sino por una oscura, oculta amenaza, sin susurro, en entero silencio, en un temblor levemente inquietante y no natural que asusta a la vaca. Pasa un pájaro, revolotea alarmado y chilla. La vaca otra vez duda; interroga, sacude la cabeza como si tratara de desembarazarse de un tábano necio e insistente; da unos pasos para animar al ternero a seguirla, pero el ingenuo y torpe animalito se planta a balar. Entonces —“¡Nicanor!”—. —exclamo, y él también ve: arrastrándose entre el pajonal, lento, creyéndose oculto todavía pero ya descubierto en parte su brillante y manchado lomo, avanzando rastrero por un movimiento casi natatorio de las manos, mientras sus patas traseras más bien parecen sólo ocupadas en calcular el ángulo exacto del músculo para el salto, tensas, y el elástico rabo moviéndose con golpes de cronómetro, marcando en oro y sombra el tiempo, el instante calculado y subitáneo. “La his-

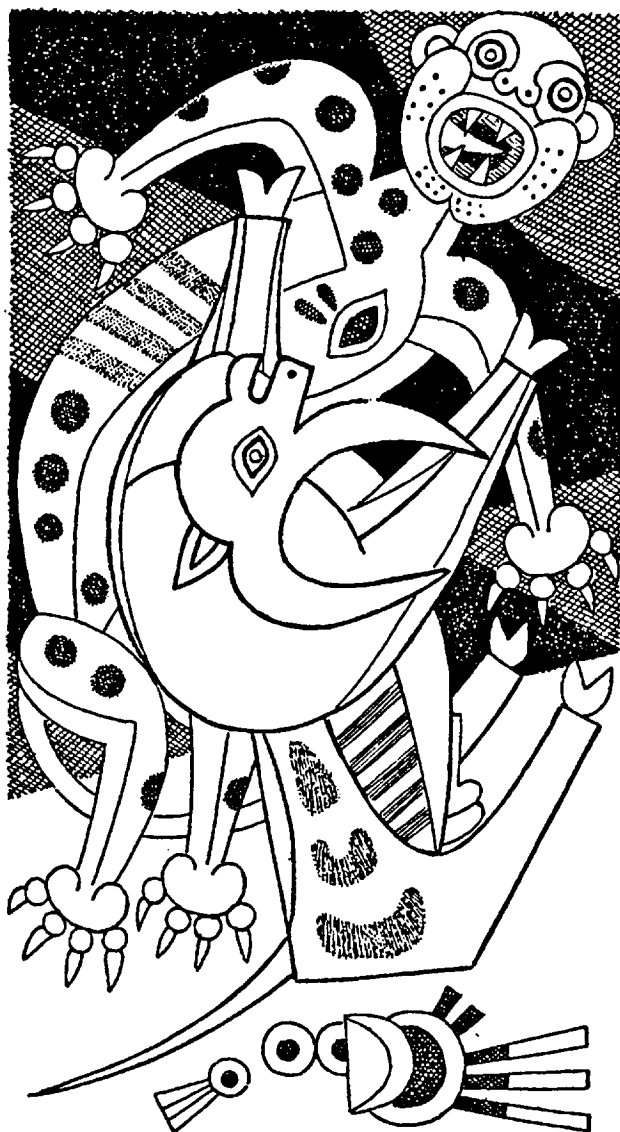
toria se repite”, “la historia se repite”: creo oír el murmullo de la voz de Nicanor y su mano apretada y colérica es también mía sobre el arma, apuntando, colocando el ojo y la mira sobre el rastrero asechante bulto que ahora se mueve de nuevo, se encoge, comba su poderosa fuerza elástica y va a saltar. . . —“¡Ahora, ahora, Nicanor!!” —digo yo creyendo gritar, pero apenas he murmurado una trunca e inepta frase cuando vemos al toro arrancar vertiginoso, brutal; digo veo una súbita mancha de furia o cólera volcánica que arremete y oigo, estrepitosas sobre el fango, las pezuñas y el resoplido de su ira rasgar el aire, pero el tigre, simultáneo, sin ruido salta en arco, cae, aplasta al ternero, óyese el crugir de los huesos y, sobre el golpe, cae fulminante el rayo de la zarpa y ¡arriba! instantáneo de nuevo salta, maullando, el enorme cuerpo abierto, brillante —como piel clavada sobre el cielo— y sus manos y patas erizadas de uñas arañando el viento, y gira, doblándose aéreo y lanzándose más allá sin tomar tierra, mientras el toro tira en falso, frena en el lodo, muge de indignación, vuelve y embiste con una carga de cornadas baldías la sombra que salta y que huye. Y salta. Y silencio. . .

Nicanor baja el arma furioso.

— Perdimos!— digo.

— Pendejo!!— grita. ¡Pendejo!!

Un silencio de derrota amarga el cielo como la boca de un desilusionado. Trato de empujar mis ojos y perforar la equívoca vaguedad violeta del llano. ¡Nada se mueve! Ni la estatua negra, humillada, del toro. Ni el círculo, paralizado



por el miedo, del rodeo. Ni el árbol. Ni el viento. . . Solamente allá, sobre su sangre tenue e inocente, leves convulsiones agitan el pequeñísimo despojo del ternero, reducido por la muerte y por el crepúsculo, como si invisibles hormigas lo alejaran lentamente hacia el oscuro vientre del mundo.

— Vámonos!— me dice Villagra.

Se le hace insoportable la derrota.

Salta del árbol. Lo sigo. Oímos los gritos lejanos de los campistos. Gritos. Gritos lejanos. “Hijueputean” al tigre. Quizás huye.

—Debe haber saltado por el breñal— pienso en voz alta.

Busco en la penumbra al toro. Clarín retrocede lentamente sin volver la cabeza. De pronto su pezuña pisa la sangre del ternero y se detiene. Olfatea. Alza al aire la testa en un gesto casi humano de imprecación y muge. Es un balido fúnebre y salvaje que la vacada secunda en coro, agitándose, levantando ecos sombríos que rodean la noche.

¡Oh fogata negra! ¿Donde escuchó mi corazón este coro mortal? Pienso en una noche antigua y en las cenicientas madres rodeando con plañidos los muros calcinados.

— ¡Fíjate! ¡Fíjate! — me dice al oído Villagra con voz apresurada, montando el arma. Busco inquieto en las sombras. El toro quiebra su mugido, se mueve nervioso, embiste



autoritario a su rebaño y gira ahora a su alrededor obligándolo a compactarse. La vacada obediente y medrosa reconstruye la rueda del rodeo, erizada de cuernos, resguardando en el centro, detrás de las ancas, los terneros que balan amiedados y tímidos.

—¿Dónde?— pregunto. La noche devora las formas y yo dilato inútilmente mis pupilas.

—¿Dónde?

Villagra me acerca su rostro y señala hacia el pajonal. . . ¡Sí! ¡Veó!. . . Una sombra ronda. ¡Vuelve!. . . Oh Dios, dame mis pupilas campesinas limpias de duda y claras de certeza, líbrame del ojo lector, imaginario y distraído! ¡El tigre está ahí! Saltamos de nuevo, apresuradamente, al árbol. Está allí. Acabamos de oírlo lejos, despertando el miedo y el grito tras el breñal, pero está ahí, no llegando sino surgiendo de la noche, como si la selva viniera tras él, con su tiniebla torpe y húmeda robando llano; ya no oculto sino dominador, oculto en sí mismo pero manifiesto como el crimen; decidido, avanzando hacia la carne sangrante.

¡Cóbrale! ¡Cóbrale! —pienso yo, grito en mi pensamiento. ¡No! ¡No pienses! ¡Mira!

Clarín ya no se fía de la furia ciega. Tan solamente arde como quien quema el oscuro soterrado carbón: avanza despacio, encendido pero cauteloso, la cabeza inclinada, doblado en arco el poderoso cuello y los cuernos bajos como si su empresa fuera arar la tierra.

El tigre se detiene. Como las estrellas sobre la gasa gris de Agosto, los astros de sus ojos fríos deben mirar la nueva órbita, la fuerza negra y lenta que avanza al choque. Pero se detiene. Comprende que un extraño poder interpone su límite. ¡Clarín: oh furia nuestra, avanza!

El tigre se agazapa. Un golpe de luna rebota en sus dientes, de brillo fatídico, que descubre amenazantes: es la fiera investida por sus crueles signos, el poder del colmillo y la luz argentina sobre su manchada túnica de sangre y tiranía. Se agazapa más, se apretuja sobre su sombra, se esconde en sí mismo; se arrastra, busca el ataque bajo, al cuello y oigo su bufido de saliva y odio. Pero el toro avanza. Avanza.

Y ahora. . .! ¡éso! ¡éso! ¡embiste! ¡Lo coge! ¡Ataca! ¡Derriba! ¡Atropella! Oímos el maullido. ¡Lo ha cogido! ¡Adentro! ¡Toda la llanería, la vieja hacienda toda te pone sus siglos en el asta!. . . ¡Ahora! ¡ahora! ¡Adentro, muchacho! ¡Adentro, toro Clarín, rejego, adentro! (¿soy yo? ¿quién? ¡Me grita el alma y mugen por leguas los ganados, los ecos, el vocerío, tu grito Villagra, el mío!) ¡Acomete, acomete con tus diez generaciones de balidos! ¡Rempuja, muchacho, hunde al tope el cuerno, atropella, tumba, arrolla, embiste, mata!

Pero salta. Lleva sangre. ¡Oh, luna! ¡Está herido! Cae, lo recoge. ¡No lo dejes, Clarín! Y el tigre cae, reniega, da el zarpazo frenético a la vaca, mata — ¡mata el asesino!— otra vez mata y ¡oh estallido! oímos, sólo oímos el golpe, el resoplido de la cólera, sólo oímos el cuerpo otra vez defondado y el maullido y luego veo la testa que se sacia y



aprieta, que levanta, que recoge al felino y lo arrolla y lo arrastra y lo sella contra el árbol y el ruido del cuerpo destripado y el maullido de dolor y otra vez contra el árbol que se sacude y otra vez el golpe y el ruido de las entrañas aplastadas y otra vez el golpe y ya sólo el aire que expelle sangre y otra vez. ¡No! No acabará nunca la furia. Golpea, vuelve a golpear. Villagra aprieta con su mano mi brazo como una tenaza. Abajo, casi a nuestros pies la furia repite su golpe enloquecido, ciego, haciendo polvo al enemigo, polvo su memoria, polvo arrastrándolo, embistiéndolo, mugiendo sobre él y de nuevo hundiéndolo, de nuevo, el insaciable cuerno.

No acabará nunca. Se retira. Mira encendido y febril al Norte, al Sur, al Este, olfatea y vuelve y se clava sobre el destrozado, sanguinolento, monstruoso despojo. Cada golpe enumera un recuerdo de muerte: enumera el delito y su venganza: por Azabache, la flor de San Miguel, por el tierno Ursulo, por tí Golondrina, por Griselda y la Lirio, la dulce Lirio, de blancos cuernos, por el célebre vástago de la Luna, por la Rosa, por la Palangana, por la devorada y fina Reina del Soroncontil, por ti, última, desconocida, anónima víctima.

La vacada es una muralla de balidos. Gritamos a la altura de los astros. Nicanor me abraza loco y se tira del árbol:

—Muchacho huebón! — grita, arrojando el arma al suelo.

— ¡Loco! ¡Villagra, no!

No me oye. Va hacia el toro temblando de gloria.

— ¡Clarín, muchacho rejego!

— ¡ Ese toro está rabioso, Villagra!!

— ¡ Villagra!!

Pero él no me oye.

— ¡ Clarín! ¡ Clarín muchacho!!...

Va despacio a él. Lo llama y dos ojos inyectados en sangre, fijos, lo miran.

— ¡ Villagra, loco! ¡ Villagra!

El toro inclina la cabeza. Arroja el denso fango sangriento con la pezuña. Retrocede.

— ¡ Clarín!... ¡ Clarín!... ¡ Muchacho!

Y yo grito: —No te acerques!

— ¡ Villagra! ¡ Cuidado!

Pero va. Su voz es un murmullo. Le habla. Se adelanta.

— ¡ Clarín: te portastes como todo un hombre!

— ¡ Clarín!

— ¡ ESTA ES MI FIRMA!— me grita levantando el pu-



ño bajo la luna mientras el toro manso, agachando la cabeza
con gesto de infancia, se deja besar la frente.

**Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos de
TREJOS HNOS. SUCS., S. A.
San José, Costa Rica**

*"Pablo Antonio: una tierra que ha llegado a pensar,
a pensar por sí, para decir todo lo que lleva dentro
(...) para decir siempre(...) cómo nació esa tierra honda
que es él, de la que él nació y que de él ha nacido."* Angel Martínez



Pablo Antonio en Hato Grande con un campisto y cantor chontaleño

Libro Libre publica en esta colección el corpus completo de la obra poética del nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, porque es fundamento y cúspide de la cultura centro-americana contemporánea. La edición ha sido revisada y autorizada por el autor.

Este octavo volumen reúne la principal pieza teatral de Cuadra –*Por los caminos van los campesinos*–, y dos de sus cuentos más importantes –*¡Vuelva, Güegüense!* y *Agosto*–.

En los *Poemas Nicaragüenses* Pablo Antonio había evocado el “temblosa epítaphio del rancho deshabitado”. En *Por los caminos...*, escrito cuatro años más tarde (1937), ese mismo rancho campesino asume un papel protagonista –al lado de *El Sebastiano*, *La Juana o Soledad*–: “ese rancho nomada... que va quedando vacío por las guerras, por las intervenciones, por las revoluciones y la miseria... –simbolizando la tragedia y angustia de miles de familias de las aldeas y campos nicaragüenses”. En *¡Vuelva, Güegüense!*, el primer personaje del teatro popular nicaragüense se torna protagonista “de una nueva picaresca, dolorosa, amarga y derrotada”. *Agosto*, entreverando realismo y magia, elabora una bella fábula de la defensa del hombre contra el Poder.